

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXX

Nº 10

NOVIEMBRE 2007



NUESTRA PORTADA:

El anuncio de su propia muerte (a San Rosendo).

Tabla del coro bajo de la iglesia del monasterio de San Salvador
Parroquia de San Rosendo de Celanova

“Estando un día en oración, le favoreció Cristo avisándole como estaba cercano el día que había de pasar a recibir los premios de sus servicios.”

San Rosendo aparece de rodillas y en actitud orante ante una imagen que tiene como peana unas nubes. Sobre su cabeza, dos diminutos ángeles conducen un alma al cielo. No se conserva la figura, aunque puede ser la del propio Cristo anunciándole su muerte.

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Beati Misericordes

Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXX

Noviembre 2007

Nº 10

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Homilía del Sr. Obispo en la Misa de Acción de Gracias por la Beatificación de nueve Mártires ourensanos en la Catedral de Ourense	1535
Homilía del Sr. Obispo en la Clausura del Año Jubilar de San Rosendo	1542
Carta del Sr. Obispo en el 50 Aniversario de la Asociación de los Amigos del Asilo	1546
Actividades del Sr. Obispo	1548

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Defunciones.....	1553
Vicaría General	
Circular sobre obras en cementerios, reformas y construcciones de panteones	1554
Decreto	1555
Vicaría de Pastoral	
Delegación de Liturgia. “Los cantos en la celebración de la Misa”	1556
Seminario Diocesano. Conferencia en la Fiesta del “Divino Maestro”	1557

IGLESIA EN ESPAÑA

Discurso de Mons. Ricardo Blázquez Pérez en la XC Asamblea General de la CEE	1585
Discurso de Mons. Manuel Monteiro de Castro en la XC Asamblea General de la CEE	1592
Exhortación pastoral con motivo del 40 aniversario de la Encíclica Populorum Progressio de Pablo VI y en el 20 aniversario de la Encíclica Sollicitudo Rei Socialis de Juan Pablo II	1594
Nombramiento. P. Juan Antonio Martínez Camino, Obispo Auxiliar de Madrid	1601

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus	1605
Audiencias Generales.....	1611
Cartas.....	1624
Discursos.....	1629
Homilías	1658
Mensajes	1668
Santa Sede	
Homilía del Cardenal, Tarcisio Bertone, en la Misa de Acción de Gracias por la beatificación de 498 mártires españoles	1674

CRÓNICA DIOCESANA

Noviembre	1681
-----------------	------

LA VOZ DEL PRELADO

HOMILÍAS

Homilía del Sr. Obispo Misa de Acción de Gracias por la Beatificación de nueve Mártires ourensanos en la Catedral de Ourense

Queridos hermanos y hermanas:

Excmo. Cabildo, amados sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y fieles laicos:

La Beatificación de nueve mártires de nuestra Diócesis de Ourense que ha tenido lugar en la Plaza de San Pedro de Roma el pasado Domingo, veinte y ocho de octubre, en la más numerosa ceremonia de beatificación de la Historia de la Iglesia, ha sido una ocasión para constatar una vez más cómo la cadena de cristianos que han sido atraídos por el ejemplo de Jesús y sostenidos por su amor no se ha interrumpido desde los comienzos de la predicación apostólica, en feliz expresión del Cardenal Secretario de Estado con ocasión de Misa de Acción de Gracias, celebrada al día siguiente en la Basílica de San Pedro.

Hoy nos encontramos también nosotros en la Iglesia Catedral para dar fervientes gracias a Dios por este acontecimiento eclesial del cual nueve hijos de esta Diócesis han sido protagonistas ejemplares. Éstos son sus nombres y sus parroquias: Victoriano Fernández Reinoso, de Olás; Pió Conde Conde, de Allariz; Manuel Borrajo Míguez, de Seoane de Allariz; Antonio Cid

Rodríguez, de Seoane de Allariz; José Blanco Salgado, de Ganade; Francisco Míguez Fernández, de Corbillón; Manuel Fernández Ferro, de Paradiñas en Torneiros. Todos salesianos. Y José López Piteira, nacido en Arroyo Blanco (Cuba) de padres de Dacón; Manuel Formigo Giraldez, de Pazos-Hermos en San Lorenzo de Pena. Éstos, Agustinos.

Quiero comenzar poniendo a toda la Diócesis y a todos nuestros emigrantes que viven en tierras lejanas bajo la intercesión de estos hermanos nuestros, cuya vida se ha convertido para nosotros en un potente foco de luz y en una apremiante invitación a vivir el Evangelio radicalmente y con sencillez, dando testimonio público y valiente de la fe que profesamos.

Como nos decía el Cardenal Bertone en la Misa de Acción de Gracias: “Todo martirio tiene lugar ciertamente en circunstancias históricas trágicas que lleven a una muerte violenta por causa de la fe. Pero, en medio de ese drama, el mártir sabe trascender el momento histórico concreto y contemplar a sus semejantes desde el corazón de Dios. Gracias a esa luz que le viene de lo alto, y en virtud de la sangre del Cordero (cf. Ap 12,11), el mártir antepone la

confesión de la fe a su propia vida, contrarrestando así la agresión con la plegaria y con la entrega heroica de sí mismo. Amando a sus enemigos y rogando por los que lo persiguen (cf. *Mt* 5,44), el mártir hace visible el misterio de la fe recibida y se convierte en un gran signo de esperanza, anunciando con su testimonio la redención para todos. Al unir su sangre a la de Cristo sacrificado en la cruz, la inmolación del mártir se transforma en ofrenda ante el trono de Dios, implorando clemencia y misericordia para sus perseguidores. Como nos enseña el Papa, Juan Pablo II, «ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución... hasta el testimonio supremo de la sangre... Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia... Más radicalmente aún, demuestran que el martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza» (*Ecclesia in Europa*, 13).”

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que “el martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe” (CIC, 2473). Por ello la Iglesia siempre ha recogido con el más exquisito cuidado los recuerdos de quienes llegaron hasta el extremo para dar testimonio de su fe. Son las Actas de los Mártires que constituyen los archivos de la Verdad escritos con letras de sangre. Así, a través del testimonio de la vida y de la muerte de los Mártires es como llegamos a la comprensión de que el martirio es para la Iglesia un signo elocuente de cómo su vitalidad no depende de meros proyectos o cálculos humanos,

sino que brota más bien de la total adhesión a Cristo y a su mensaje salvador. Nuestros Mártires buscaron su fuerza no en el afán de protagonismo, sino en el amor absoluto a Jesucristo, a costa incluso de la propia vida. Ellos, con su ejemplo, nos han confiado un testamento escrito en sus vidas y que nos habla de fe, de fortaleza, de generosa valentía y de ardiente caridad, frente a una cultura que trata de apartar o menospreciar los valores morales y humanos que nos enseña el propio Evangelio.

En la citada homilía de la Misa de Acción de Gracias, se nos decía que “estos mártires no han sido propuestos al pueblo de Dios por su implicación política, ni por luchar contra nadie, sino por ofrecer sus vidas como testimonio de amor a Cristo y con la plena conciencia de sentirse miembros de la Iglesia. Por eso, en el momento de la muerte, todos coincidían en dirigirse a quienes les mataban con palabras de perdón y de misericordia.”

Por eso, estos nuevos Beatos han enriquecido providencialmente a nuestra Iglesia Diocesana con su sacrificio, siendo hoy para nosotros testimonio de fe, de esperanza firme contra todo temor y de un amor hasta el extremo (cf. *Jn* 13,1). Su muerte constituye para todos un importante acicate que nos estimula a superar divisiones, a revitalizar nuestro compromiso eclesial y social, buscando siempre el bien común, la concordia y la paz.

Estos hermanos, proclamados solemnemente beatos por la Santa Madre Iglesia, vivieron una vida ejemplar, convencidos de la opción religiosa que habían hecho. Por todo ello, estos testigos humildes y decididos del Evangelio son luminarias que orientan nuestra peregrinación terrena. Al venerarlos hoy, suplicamos al Señor que nos conceda su fe intrépida, su firme esperanza y su profunda caridad.

Queridos hermanos y hermanas, vivimos en una Diócesis a la que el Señor, a lo largo de su historia, ha dado permanentes muestras de amor y de predilección. Tanto nuestros antepasados cristianos, cuyas vidas nunca recordaremos y agradeceremos lo suficiente, como nuestros hermanos que acaban de ser beatificados, no sólo han de suscitar en nosotros un mero sentimiento de admiración. Ellos no son simples héroes o personajes de una época lejana. Su palabra y sus gestos nos hablan a nosotros y nos impulsan a configurarnos cada vez más plenamente con Cristo, encontrando en Él la fuente de la que brota la auténtica comunión eclesial, para dar en la sociedad actual un testimonio coherente de nuestro amor y entrega a Dios y a nuestros hermanos. Ellos nos ayudan con su ejemplo y su intercesión para que, en este momento de nuestra vida, no nos dejemos vencer por el desaliento o la confusión, evitando la inercia o el lamento estéril. Porque éste es también, como lo fue el suyo, un tiempo de gracia, una ocasión propicia para

compartir con los demás el gozo de ser discípulos de Cristo.

Abramos, pues, nuestro corazón y nuestras vidas al maravilloso testimonio de la vida y de la muerte de nuestros mártires. Su testimonio y su recuerdo sigue vivo entre nosotros, especialmente en aquellas familias y parroquias a las que pertenecieron. Permitidme que recuerde con profundo gozo algunas frases del artículo “*Un Mártir na familia*” de D. Manuel Fernández Vidal, Párroco de Sandiás y sobrino del Beato Manuel Fernández Ferro, publicado en el número 24 de la Revista *Pastoralia*. Después de un emocionado recuerdo de cómo la memoria de su tío Beato se convirtió en la memoria familiar por excelencia, concluye D. Manuel su testimonio con estas frases, llenas de sentido y convicción: “Ter un Mártir na familia supón: un fortalecemento da fe en Xesús Cristo, un fortalecemento da fe na vida eterna, unha axuda para vivirlo Evanxeo como servicio ós irmáns, un pulo forte para a unidade de familia, un basamento para a esperanza, un agradecemento a Deus, que fai forte a debilidade humana e fai cousas grandes nos humildes.

Por tanto, un Mártir na familia é motivo de fe, de amor, de unidade, de alegría, de esperanza cristiá; un apoio nas fraquezas xa que é un amigo de Deus e un modelo para ter sempre en conta e un intercesor no ceo. ¡Tío Manuel, por todo iso, moitas grazas!”.

Dios quiera que estos nuestros Beatos susciten en nuestra Diócesis una fuerte llamada a reavivar la fe cristiana y a intensificar la comunión eclesial, pidiendo al Señor que la sangre de estos mártires sea semilla fecunda de perdón, de amor, de reconciliación y de paz.

Que la llamada de Jesús a Zaqueo, proclamada en el Evangelio, se renueve hoy en nuestras vidas a través de la

mediación de la vida y del martirio de nuestros Beatos y que la Virgen María, Reina de los Mártires, nos obtenga de su divino Hijo esta gracia que ahora, con total confianza, ponemos en sus manos de Madre. Amén

Sábado, 3 de Noviembre de 2007

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo Misa de Acción de Grazas pola Beatificación de nove Mártires ourensanos na Catedral de Ourense

Queridos irmáns e irmás:

Excmo. Cabido, amados sacerdotes, relixiosos, relixiosas, seminaristas e fieis leigos:

A Beatificación de nove mártires da nosa Diocese de Ourense que tivo lugar na Praza de San Pedro de Roma o pasado Domingo, vinte e oito de outubro, na máis numerosa cerimonia de beatificación A historia da Igrexa, foi unha ocasión para constatar unha vez máis como a cadea de cristiáns que foron atraídos polo exemplo de Xesús e sostidos polo seu amor non se interrompeu dende os comezos da predicación apostólica”, en feliz expresión do Cardeal Secretario de Estado con ocasión de Misa de Acción de Grazas, celebrada ó día seguinte na Basílica de San Pedro.

Hoxe atopámonos tamén nós na Igrexa Catedral para dar ferventes grazas a Deus por este acontecemento eclesial do cal nove fillos desta Diocese foron protagonistas exemplares. Éstes son os seus nomes e as súas parroquias: Victoriano Fernández Reinoso, de Olás; Pío Conde Conde, de Allariz; Manuel Borrajo Míguez, de Seoane de Allariz; Antonio Cid Rodríguez, de Seoane de Allariz; Xosé Branco Salgado, de Ganade; Francisco Míguez Fernández, de Corbillón; Manuel Fernández Ferro, de Paradiñas en Torneiros. Todos Salesianos. E Xosé López Piteira, nado en Regato Branco (Cuba) de pais de Dacón; Manuel Formigo Giraldez, de Pazos-Hermos en San Lorenzo de Pena. Estes, Agustinos.

Quero comezar poñendo a toda a Diocese e a tódolos nosos emigrantes

que viven en terras lonxanas baixo a intercesión destes irmáns nosos, dos que a súa vida converteuse para nós nun potente foco de luz e nunha urxente invitación a vivi-lo Evanxeo radicalmente e con sinxeleza, dando testemuño público e valente da fe que profesamos.

Como nos dicía o Cardeal Bertone na Misa de Acción de Grazas: “Todo martirio ten lugar certamente en circunstancias históricas trágicas que levan a unha morte violenta por causa da fe. Pero, en medio dese drama, o mártir sabe transcender o momento histórico concreto e contemplar ós seus semellantes dende o corazón de Deus. Grazas a esa luz que lle vén do alto, e en virtude da sangue do Año (cf. *Ap* 12,11), o mártir antepón a confesión da fe á súa propia vida, contrarrestando así a agresión coa pregaria e a entrega heroica de si mesmo. Amando ós seus inimigos e rogando polos que o perseguen (cf. *Mt* 5,44), o mártir fai visible o misterio da fe recibida e convértese nun gran signo de esperanza, anunciando co seu testemuño a redención para todos. Ó uni-lo seu sangue ó de Cristo sacrificado na cruz, a inmolación do mártir transfórmase en ofrenda ante o trono de Deus, implorando clemencia e misericordia para os seus perseguidores. Como nos ensina o Papa, Xoán Paulo II, «eles souberon vivi-lo Evanxeo en situacións de hostilidade e persecución... ata o testemuño supremo do sangue... Eles amosan a vitalidade da Igrexa... Máis radicalmente aínda, demostran que o martirio é a

encarnación suprema do Evanxeo da esperanza» (*Ecclesia in Europa*, 13).”

O Catecismo da Igrexa Católica dinos que “o martirio é o supremo testemuño da verdade da fe” (CIC, 2473). Por elo a Igrexa sempre recolleu co máis exquisito coidado as lembranzas de quen chegaron ata o extremo para dar testemuño da súa fe. Son as Actas dos Mártires que constitúen os arquivos da Verdade escritos con letras de sangue. Así, a través do testemuño da vida e da morte dos Mártires é como chegamos á comprensión de que o martirio é para a Igrexa un signo elocuente de como a súa vitalidade non depende de meros proxectos ou cálculos humanos, senón que xermola máis ben da total adhesión a Cristo e á súa mensaxe salvadora. Os nosos Mártires procuraron a súa forza non no afán de protagonismo, senón no amor absoluto a Xesuscristo, a costa incluso da propia vida. Eles, co seu exemplo, confiáronnos un testamento escrito nas súas vidas que nos fala de fe, de fortaleza, de xenerosa valentía e de ardente caridade, fronte a unha cultura que trata de afastar ou menospreza-los valores morais e humanos que nos ensina o propio Evanxeo.

Na citada homilía da Misa de Acción de Grazas, dicíásenos que “estes mártires non foron propostos ó pobo de Deus pola súa implicación política, nin por loitar contra ninguén, senón por ofrece-las súas vidas como testemuño de amor a Cristo e coa plena conciencia de se sentir membros da

Igrexa. Por iso, no momento da morte, todos coincidían en se dirixir a quen lles mataban con palabras de perdón e de misericordia.”

Por iso, estes novos Beatos enriqueceron providencialmente á nosa Igrexa Diocesana co seu sacrificio, sendo hoxe para nós testemuño de fe, de esperanza firme contra todo temor e dun amor ata o extremo (cf. *Xn 13,1*). A súa morte constitúe para todos un importante acicate que nos estimula a superar divisións, a revitaliza-lo noso compromiso eclesial e social, procurando sempre o ben común, a concordia e a paz.

Estes irmáns, proclamados solemnemente beatos pola Santa Nai Igrexa, viviron unha vida exemplar, convencidos da opción relixiosa que fixeran. Por todo elo, estes testemuñas humildes e decididos do Evanxeo son luminarias que orientan a nosa peregrinación terrea. Ó veneralos hoxe, suplicámoslle ó Señor que nos conceda a súa fe intrépida, a súa firme esperanza e a súa fonda caridade.

Queridos irmáns e irmás, vivimos nunha Diocese á que o Señor, ó longo da súa historia, deu permanentes mostras de amor e de predilección. Tanto os nosos devanceiros cristiáns, os quen nunca lembraremos e agradecerémo-lo suficiente as súas vidas, como os nosos irmáns que rematan de ser beatificados, non só teñen que suscitar en nós un mero sentimento de admiración. Eles non son simples heroes ou perso-

naxes dunha época lonxana. A súa palabra e os seus xestos fálannos a nós e impúlsannos a configurarnos cada vez máis plenamente con Cristo, atopando nel a fonte da que xermola a auténtica comunión eclesial, para dar na sociedade actual un testemuño coherente do noso amor e entrega a Deus e ós nosos irmáns. Eles axúdannos co seu exemplo e a súa intercesión para que, neste momento da nosa vida, non nos deixemos vencer polo desalento ou a confusión, evitando a inercia ou o lamento estéril. Porque este é tamén, como no foi o seu, un tempo de graza, unha ocasión propicia para compartir cos demais o gozo de ser discípulos de Cristo.

Abramos, pois, o noso corazón e as nosas vidas ó maravilloso testemuño da vida e da morte dos nosos mártires. O seu testemuño e a súa lembranza segue vivo entre nós, especialmente naquelas familias e parroquias ás que pertenceron. Permitídemme que lembre con fondo gozo algunhas frases do artigo “*Un Mártir na familia*” de D. Manuel Fernández Vidal, Párroco de Sandiás e sobriño do Beato Manuel Fernández Ferro, publicado no número 24 da Revista *Pastoralia*. Despois dunha emocionada lembranza de como a memoria do seu tío Beato converteuse na memoria familiar por excelencia, conclúe D. Manuel o seu testemuño con estas frases, cheas de sentido e convicción: “Ter un Mártir na familia supón: un fortalecemento da fe en Xesús Cristo, un fortalecemento da fe na vida eterna, unha axuda para vivi-lo Evanxeo como

servizo vos irmáns, un pulo forte para a unidade de familia, un baseamento para a esperanza, un agradecemento a Deus, que fai forte a debilidade humana e fai cousas grandes nos humildes.

Polo tanto, un Mártir na familia é motivo de fe, de amor, de unidade, de ledicia, de esperanza cristiá; un apoio nas fraquezas xa que é un amigo de Deus e un modelo para ter sempre en conta e un intercesor non ceo. ¡Tío Manuel, por todo iso, moitas grazas!

Deus queira que estes os nosos Beatos susciten na nosa Diocese unha forte chamada a reaviva-la fe cristiá e a intensificar a comunión eclesial, pedin-

do ó Señor que o sangue destes mártires sexa semente fecunda de perdón, de amor, de reconciliación e de paz.

Que a chamada de Xesús a Zaqueo, proclamada no Evanxeo, renóvese hoxe nas nosas vidas a través da mediación da vida e do martirio dos nosos Beatos e que a Virxe María, Raíña dos Mártires, obtéñanos do seu divino Fillo esta graza que agora, con total confianza, poñemos nas súas mans de Nai. Amén

Sábado 3 de Novembro de 2007

+ Luís Quintero Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo en la Clausura del Año Jubilar de San Rosendo

Excelentísimos Sres. Arzobispos y Obispos, Excelentísimas e Ilmas. Autoridades, Amados sacerdotes, religiosos y religiosas, Queridos seminaristas y fieles laicos, Queridos hermanos y hermanas:

Sean mis primeras palabras de profundo agradecimiento a todos los que habéis querido acompañarnos en esta Eucaristía con la que la Diócesis de Ourense clausura el Año Jubilar que el Santo Padre, Benedicto XVI, nos ha concedido con paternal solicitud a las diócesis de Ourense y de Mondoñedo-Ferrol con ocasión del mil cien aniversario del nacimiento de San Rosendo.

El Año Jubilar, que en nuestra Diócesis ha tenido su centro en esta parroquia de Celanova, ha sido ante todo un momento privilegiado de encuentro con el Señor para miles de fieles que desde las más diversas procedencias han peregrinado a este lugar santo. Aquí se han encontrado, a veces sorprendidos y siempre maravillados, con un espacio sagrado de belleza sublime en el que el legado de santidad de San Rosendo mostraba una actualidad insospechada a través de los compromisos vitales de un hombre de esta tierra por la que trabajó incansablemente hace más de mil años. Aquí, al calor de la memoria y de la intercesión de nuestro Santo, la presencia real del Señor en su Palabra y en sus sacramentos, especialmente

de la Penitencia y de la Eucaristía, ha tenido unas connotaciones que la han hecho especialmente perceptible ante esta sagrada urna.

La Palabra de Dios, que acaba de ser proclamada en esta celebración, no sólo reconforta nuestra fe y esperanza, sino que nos impulsa, siguiendo el ejemplo de San Rosendo, a renovar nuestro compromiso cristiano en la vivencia y en la defensa de las verdades que nos propone. El profeta Isaías nos recuerda las palabras que el Señor le dirige para que no desista en el anuncio de la Buena Noticia a los pobres, en la recomposición de los corazones desgarrados, en el anuncio de la liberación a los oprimidos. Por su parte, la segunda lectura renueva en medio de nuestra asamblea las recomendaciones de fidelidad a las Sagradas Escrituras que San Pablo le recuerda a su discípulo Timoteo. Las Bienaventuranzas del Evangelio son, como nos dice Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret*, “la transposición de la cruz y la resurrección a la existencia del discípulo”. Y si son válidas para los discípulos porque primero se han hecho realidad en Cristo como prototipo, agradecemos el maravilloso testimonio de la vida santa de San Rosendo que nos ilumina y nos alienta en este camino.

En la proclamación del Año Jubilar que dirigí hace un año a toda la Diócesis

desde esta Iglesia de Celanova recordaba que “volver a fijar nuestros ojos en la persona y testimonio de San Rosendo reclama recordar a los que nos han transmitido la fe, avivar nuestra memoria de creyentes y seguir el camino de la imitación de Aquél por quién San Rosendo entregó toda su existencia”.

Dirigiendo nuestros ojos a la hermosa realidad de este año de gracia que hemos vivido, no podemos decir que hayamos alcanzado todos los objetivos posibles. Sin embargo nos mostramos profundamente satisfechos por la reconfortante experiencia de vida eclesial que el Señor a través de San Rosendo nos ha regalado. A lo largo de este año, nuestra Diócesis ha volcado con generosidad todas sus energías e ilusiones en una ejemplar comunión eclesial. Esta parroquia de Celanova ha dado lo mejor de sí misma, algo que nunca olvidaré. Las diócesis hermanas de Galicia, del norte de Portugal y otras de España junto con sus Pastores nos han dado muestras muy concretas de su estima y de su comunión en testimonios inolvidables. Muchos de nuestros hermanos emigrantes han vivido momentos emocionantes de retorno a sus raíces cristianas. Las distintas administraciones han colaborado en la mejor marcha de esta singular efemérides histórica y eclesial. Que San Rosendo os bendiga y proteja a todos.

A celebración de este Ano Xubilar fíxonos conscientes, unha vez máis, da importancia de afrontar os grandes re-

tos do presente sen esquecer a grande riqueza da nosa historia. Por elo, poñer a nosa mirada en San Rosendo e no seu tempo é unha chamada a agradecer a nosa historia nun momento que sufrimos a tentación de non tela en conta e terxiversala, chegando a considérala como unha alienación e como a causa de tódolos males.

Como Igrexa que peregrina en Ourense e en tódalas igrexas particulares da Gallaecia de San Rosendo, sentimos a obriga de descubrir a grandeza dos que nos transmitiron a fe e, deste xeito, fortalécela e poder seguir entregándonos á transmisión da herdanza que nos legaron aqueles que nos precederon.

San Rosendo foi un santo exemplar nun tempo, o século X, e nunha sociedade que precisaban dun pulo innovador, froito da sabedoría e da grandeza moral. O seu exemplo de santidad e o seu legado histórico é un tesouro que non podemos desbotar.

A sociedade galega vive hoxe nunha encrucillada que precisa de accións decididas, capaces de respostar os retos plantexados para garantir o futuro. Galicia xógase nestes intreos o seu ser, co risco de perder boa parte dos seus sinais de identidade e ser incapaz de incardinarse nun modelo ética e socialmente sostible.

A sociedade galega está inmersa nunha situación delicada, derivada da

desaparición de modelos sociais tradicionais, seculares en moitos casos, absorbidos ou anulados pola propia evolución social e tecnolóxica. Os cambios introducidos no sistema productivo do sector agrario por mor dos avances técnicos, obrigan a unha modificación dos hábitos e comportamentos vitais nunha sociedade ata o de agora eminentemente rural.

Atopar o camino da adaptación ós novos esquemas que deteñan o despoboamento do campo e manteñan o equilibrio, forma parte dos retos plantexados e sitúase como un proceso básico para construír a identidade do futuro. É preciso un esforzo sen reservas na procura de modelos de referencia claros que ofrezan saídas cribles e solventes fronte á ambigüidade actual en aras de encauzar os novos hábitos e costumes de xeito natural.

O camino non é doado, xa que nos atopamos con graves problemas de comunicación entre grupos sociais, que atinxen a aspectos básicos que rixen as pautas de convivencia e lastran as relacións políticas, económicas e ata familiares dos cidadáns.

Por unha banda, os grupos políticos asumen cuestións que teñen unha implantación moitas veces transversal na acción programática e mesmo ideolóxica dos partidos, que provocan a existencia de escenarios comúns en moitos aspectos da xestión pública, modelos familiares ou no rexeitamento de lacras

como a dolorosa violencia da que son obxecto tantas mulleres.

Eses escenarios comúns, non obstante, non poden ser paraugas para actitudes oportunistas próximas a lexitimación de que o fin xustifica os medios, pero moi alonxados da honestidade esixible os servidores públicos.

Por outra banda, a lexítima aspiración ó benestar sen as debidas referencias vitais provoca un desaforado consumo e desemboca nun estado de insatisfacción e ansiedade, sobre todo cando mediatiza ou dificulta as relacións persoais e de convivencia.

Neste estado de cousas, conviría chamar a atención do papel que xogan a familia e o ensino. A misión da institución da familia, cerne e guía para educar as persoas a desenvolverse na vida, foi derivada paulatinamente á escola, pero so no que atinxe á labora formadora, trasladándolle responsabilidades indelegables da educación dos fillos. Tal comportamento da casa e a escola tradúcense nunha deixación de funcións que, paradoxicamente, constitúe o baldeiro existencial que propicia o déficit moral, persoal e intelectual para os homes e mulleres chamados a garantir o futuro desta sociedade.

Neste contexto social cheo de retos e posibilidades, os cristiáns estamos chamados a implicarnos fundamente no artellamento dun modelo de socie-

dade axeitado que garanta os sagrados dereitos da persoa no horizonte da súa dignidade creatural. Así o fixo San Rosendo no seu tempo e así estamos chamados a facelo, contando coa súa intercesión e seguindo o seu exemplo,

tódolos cristiáns da nosa sociedade xunto con tódolos os homes e mulleres de boa vontade. Amén.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

CARTAS

**Carta del Sr. Obispo
en el 50 Aniversario de la Asociación de los Amigos del Asilo**

Desde mi llegada a la Diócesis de Ourense, siempre me ha llamado gratamente la atención el cuidado y esmero con que son tratados los ancianos que se encuentran en el Asilo de nuestra ciudad. Cabe destacar la labor constante de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, entregadas cada día a su vocación de consagradas para Dios y para quien necesita cuidado humano y espiritual.

Al lado de estas Hermanitas han estado, desde hace mucho tiempo, voluntarios que, desinteresadamente, se han puesto al servicio del tesoro más valioso del Asilo: nuestros ancianos. La Asociación Amigos del Asilo es posible gracias a tantas vidas entregadas, con generosidad, a muchas personas a las que habéis tendido vuestra mano a lo largo de estos años.

Nuestros ancianos, que viven una etapa a la que todos llegaremos, merecen encontrar una mano amiga, que les

acoge y les brinda el afecto que ellos mismos ofrecieron a lo largo de su vida, y que continúan ofreciendo a quienes se acercan a ayudarles y acompañarles.

Los que formáis esta Asociación vivís de forma especial esas palabras de la Escritura que nos recuerdan *“hay más alegría en dar que en recibir”* (Hch. 20, 35). La fuerza que tan bien conocéis en nuestra amiga Raquel, brota de este convencimiento.

Gracias por vuestra ilusión y entrega generosa. La Virgen, Nuestra Señora de los Desamparados, os ayudará a continuar con vuestra labor, ayudando a quienes lo han dado todo a lo largo de su vida, y hoy necesitan nuestro cariño y atención.

Con cariño, os felicita y bendice vuestro Obispo.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

**Carta do Sr. Bispo
no 50 Aniversario da Asociación dos Amigos do Asilo**

Dende a miña chegada á Diocese de Ourense, sempre me chamou gratamente a atención o coidado e esmero con que son tratados os an-

ciáns que se atopan no Asilo da nosa cidade. Cabe destaca-la laboura constante das Hermanitas dos Anciáns Desamparados, entregadas cada día á

súa vocación de consagradas para Deus e para quen precisa coidado humano e espiritual.

Á beira destas Hermanitas estiveron, dende fai moito tempo, voluntarios que, desinteresadamente, se puxeron ó servizo do tesouro máis valioso do Asilo: os nosos anciáns. A Asociación Amigos do Asilo é posible grazas a tantas vidas entregadas, con xenerosidade, a moitas persoas ás que tendestes a vosa man ó longo destes anos.

Os nosos anciáns, que viven unha etapa á que todos chegaremos, merecen atopar unha man amiga, que lles acolle e bríndalle-lo afecto que eles mesmos ofreceron ó longo da súa vida, e que continúan ofrecendo a quen se achegan a lles axudar e lles acompañar.

Os que formades esta Asociación vivides de forma especial esas palabras da Escritura que nos lembran “*hai máis ledicia en dar que en recibir*” (Hch. 20, 35). A forza que tan ben coñecesdes na nosa amiga Raquel, agroma deste convencemento.

Grazas pola vosa ilusión e entrega xenerosa. A Virxe, A nosa Señora dos Desamparados, axudaravos a continuar coa vosa laboura, axudando a quen o deron todo ó longo da súa vida, e hoxe precisan o noso cariño e atención.

Con cariño, felicitavos e bendí o voso Bispo.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

OCTUBRE

Días 25-29: Peregrinación diocesana a Roma con motivo de la Beatificación de 498 mártires españoles.

Día 31: Preside la firma de un Convenio en el Obispado en favor de la Misión Diocesana de Jipijapa en Ecuador.

NOVIEMBRE

Día 1: Misa de Coro en la S. I. Catedral.

Visita los cementerios de la ciudad: As Caldas, Santa Mariña y San Francisco.

Día 3: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de una Hija de la Caridad en la Parroquia de la Santísima Trinidad.

Misa de Acción de gracias con motivo de la Beatificación de los mártires españoles en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.

Día 4: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa María de Mesiego.

Día 5: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del P. Antonio Parente Fernández en la Parroquia de la Milagrosa.

Día 6: Inaugura y preside las VII Jornadas para rectores de Santuarios de las Diócesis de Galicia en el Santuario de los Milagros.

Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los rectores de los Santuarios de Galicia que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.

Asiste a la Conferencia “Los estados de vida y su espiritualidad en los escritos de Sor Isabel de la Trinidad” pronunciada por varios seminaristas y el rector del Santuario de los Milagros en el Liceo de Ourense.

Día 7: Clausura las VII Jornadas para rectores de Santuarios de las Diócesis de Galicia en el Santuario de los Milagros.

Día 8: Preside la Solemne Eucaristía de Clausura del Centenario de la muerte de la Beata Sor Isabel de la Trinidad en el Convento de las Carmelitas Descalzas.

Entrega de premios a varios niños de colegios de nuestra Diócesis con motivo de esta efemérides de la Beata Isabel de la Trinidad.

Día 10: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los miembros de la Adoración nocturna de Galicia que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.

Día 11: Solemne Concelebración Eucarística en la S. I. Catedral Basílica en la fiesta de San Martín de Tours, Patrono de la Catedral, de la Ciudad y de la Diócesis.

Asiste a la Inauguración Oficial de la XVII Exposición de San Martín organizada por la Sociedad Filatélica Numismática y Vitolfilica “Miño” en el Aula Cultural del Liceo.

Día 12: Preside la Celebración Eucarística a los formadores, profesores religiosas y seminaristas del Seminario Mayor en la fiesta de Jesús Divino Maestro, Patrono del Instituto Teológico.

Día 13: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 16: Asiste a la Inauguración y bendice un Centro de acogida de Inmigrantes.

Día 17: Inaugura y Clausura el cursillo “O domingo, día do Señor. (Recuperar o sentido do domingo)” en el Seminario Mayor.

Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a las Religiosas Franciscanas de la Provincia de Galicia que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.

Misa de Acción de gracias con motivo de la Beatificación de los mártires españoles en la iglesia de las Religiosas Clarisas de Allariz.

Días 19-22: Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Día 23: Preside la Celebración Eucarística con motivo de la Novena a la Virgen de la Medalla Milagrosa en la iglesia de Santa María Madre.

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Sor María José del Amor Divino, O.S.C.** Fallecida el 31 de octubre de 2007. Ingresó en el Monasterio de las Clarisas de Allariz en el año 1965 a los cuarenta y un años de edad. Fue siempre una amante de la vida comunitaria y muy participativa en las fiestas de la comunidad. Los últimos años de su vida fueron de enfermedad que aceptó con paz y resignación.

+ **P. Antonio Parente Fernández, O.M.** Fallecido el 2 de noviembre de 2007. Había nacido el 29-09-1937 en Tioira (Maceda). El quinto de siete hermanos. Estudió en los Milagros y Villafranca del Bierzo, realizando el Noviciado de Limpias en Santander, Filosofía en Madrid y Teología y Pastoral en Salamanca. Ordenado sacerdote el 29-06-1962 en Salamanca. Ejerció su ministerio pastoral en: Canarias-Tenerife, Ayamonte (Huelva), Córdoba, Jerez de la Frontera (Cádiz) y Gijón. Los últimos años de su vida estuvo en Ourense, ya enfermo.

VICARÍA GENERAL

Circular sobre obras en cementerios, reformas y construcciones de panteones

Las reformas que se hagan en sepulturas y panteones y la construcción de nuevos panteones en cementerios inmediatos a las iglesias o ampliaciones de cementerios deben contar con la aprobación de la Dirección Xeral de Patrimonio de la Xunta de Galicia previa tramitación en la Subcomisión Mixta Xunta-Iglesia, para lo cual debe presentarse por parte de los promotores:

- Proyecto de la reforma o construcción indicando, la altura, el diseño y los materiales así como señalando en un plano el lugar donde se ubica o quiere construir la sepultura.
- Se recuerda que no están permitidos los granitos pulimentados, aluminios o plásticos.
- Las alturas permitidas son tres más la posibilidad de un cenicero subterráneo.
- No se permiten panteones adosados a los muros de los templos ni sepulturas subterráneas en su inmediatez que pueden suponer peligro para la cimentación de la iglesia.
- En caso de excavación es preceptivo un control arqueológico.
- La Xunta puede prohibir la construcción de panteones en altura si por su situación afectan a la visibilidad del bien protegido.

Esta documentación debe presentarse por duplicado en el Obispado y en la Delegación Provincial de la Consellería de Cultura (Pudiendo entregarse esta también en el Obispado, que la tramitará por medio de la Delegación Diocesana de Patrimonio a la Xunta).

Se recuerda que el incumplimiento de esta normativa puede motivar por parte de la Dirección Xeral de Patrimonio de la Xunta de Galicia la apertura de un expediente sancionador a los responsables de la obra. (Las multas pueden llegar hasta 60.000 €), El obispado no dará autorización sin contar con la aprobación por parte de Patrimonio de la Xunta de la obras solicitadas.

Ourense, noviembre 2007

DECRETO

JOSÉ ESTEVEZ ARMADA, VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE OURENSE.-

HAGO CONSTAR

Que la adjunta **CIRCULAR SOBRE OBRAS EN CEMENTERIOS, REFORMAS Y CONSTRUCCIONES DE PANTEONES**, redactada, a petición mía, por el Muy. Illre. Sr. Delegado Diocesano de Patrimonio, cuenta con la aprobación y el refrendo de esta Vicaría en todos sus términos.

En consecuencia, **a partir del día quince de este mes de noviembre de dos mil siete no se admitirán solicitudes de obras en cementerios parroquiales, que no se ajusten a las exigencias que señala dicha CIRCULAR. Ni se despacharán títulos o permisos sin constancia previa de la autorización por parte del Organismo correspondiente de la Xunta de Galicia.**

Se exceptúan únicamente las solicitudes relativas a cementerios, ampliaciones y obras concretas, que ya cuenten con todos los requisitos legales previamente aprobados, y se ajusten a las previsiones del respectivo proyecto.

También se exceptúan las solicitudes relativas a cementerios alejados de cualquier iglesia, u otros bienes protegidos por la Ley de Protección del Patrimonio, y que no hayan sido inventariados por el municipio correspondiente como bienes de interés cultural.

Ourense, a nueve de noviembre de dos mil siete.

EL VICARIO GENERAL

José Estévez Armada

Por mandato del Vicario General

EL VICECANCILLER-SECRETARIO

Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

VICARÍA DE PASTORAL

DELEGACIÓN DE LITURGIA

Los cantos de la celebración de la Misa

(Breve orientación pastoral)

Canto de entrada. Se ordena a: abrir la celebración, fomentar la unión, introducir en el misterio del tiempo litúrgico o de la fiesta y acompañar la procesión de los ministros (OGMR 47). Recomendamos encarecidamente los cantos aprobados por la Conferencia Episcopal para los distintos tiempos litúrgicos y los domingos.

“Kyries”. Pertenecen al número de los cantos del “Ordinario de la Misa”. Debe respetarse siempre su letra en los idiomas que se utilicen y debe participar siempre el pueblo, aunque cante el coro.

Gloria. Pertenecen a los cantos del “Ordinario”. Habitualmente puede recitarse o cantarse. Y se respetará siempre el texto sin utilizar paráfrasis o textos sustitutivos.

Salmo responsorial. Forma parte integrante de la Liturgia de la Palabra. Ha de responder a la lectura y por lo general ha de tomarse del Leccionario. Cuando se canta, el pueblo ha de responder al menos con el canto del estribillo, porque es un modo de que la asamblea ejercite su sacerdocio bautismal. No se sustituirá por otro canto que no sea bíblico y que exprese el

sentido general del salmo. Cuando no se pueda cantar, que al menos un buen lector lo recite, respondiendo el pueblo con el estribillo (Cf. OGMR 61).

Aclamación antes del Evangelio. Se canta el aleluya, si procede, acompañado del versículo que se toma del Leccionario. En Cuaresma se canta el versículo propuesto por el Leccionario. Este canto debe ser ejecutado por toda la comunidad (OGMR 62-63).

Santo. Pertenecen al Ordinario de la Misa. Es una aclamación que se integra en la Plegaria Eucarística. Goza por tanto, de la condición privilegiada de la Gran oración eclesial. Debe cantarlo toda la comunidad con el sacerdote. Si interviene el coro, debe hacerlo en las partes más difíciles, pero sin excluir la participación del pueblo (OGMR 79 b).

Cordero de Dios. Pertenecen al Ordinario de la Misa. Debe acompañar a la fracción del Pan. Por eso, puede repetirse más de tres veces mientras dure aquella. Normalmente lo inicia el coro o un cantor y el pueblo responde “Ten piedad...” (n 83).

Canto de comunión. Se ordena a: expresar, por la unión de voces, la

unión espiritual de quienes comulgan, demostrar la alegría del corazón y manifestar el sentido comunitario de la procesión para recibir el Cuerpo del Señor. Este canto dura de ordinario lo que dure la distribución de la comunión. Debe elegirse a partir de la antífona del mismo nombre y eventual-

mente el salmo, del que se toma tal antífona (OGMR 86). Si interviene un coro, no deje que el pueblo quede sin participar algo.

Canto final. Es uno de los cantos facultativos y en realidad en muchas ocasiones no será necesario.

SEMINARIO DIOCESANO

Conferencia en la Fiesta del “Divino Maestro”

El tema fe y razón en la actualidad: Comentario a la lección magistral de Benedicto XVI en Ratisbona, por D. José Iglesias Iglesias

Introducción

Un martes, el 12 de Septiembre de 2006, hace hoy exactamente catorce meses, el Papa, Benedicto XVI pronunció una lección magistral en el Aula Magna de su antigua universidad de Ratisbona, que lleva por título, “Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones”.

Esa lección se hizo famosa porque suscitó, como ustedes recuerdan, en los días inmediatamente posteriores, una anormal polémica, en nuestro mundo globalizado.

Algunos medios de comunicación occidentales han sacado de contexto, distorsionado y manipulado sus palabras, interpretando el discurso en clave

política de conflicto o enfrentamiento entre el Papa, o la Iglesia, y el mundo islámico.

Se levantó tal polvareda que lo más radical del mundo islámico se puso en plan gritón y amenazante, y lo más progre de occidente echó mano a los papeles para decir lo que el Papa no debía haber dicho.

El objetivo de esta ponencia no es, evidentemente, el profundizar las afirmaciones de Benedicto XVI en ese discurso, ni siquiera una presentación completa de las mismas, sino únicamente una introducción a ellas, ofreciendo unas líneas de orientación y claves de interpretación, a la luz de su magisterio y de su precedente trabajo como teólogo.

Aunque tiene sumo cuidado en distinguir entre su magisterio de Pontífice y su trabajo de teólogo, hay una profunda correspondencia y unidad entre su magisterio y su teología. Sus intervenciones como Papa tienen detrás un rico y dilatado itinerario teológico, primero como profesor y, posteriormente como cardenal, a la luz del cual tenemos que leer e interpretar sus enseñanzas magisteriales como sucesor de Pedro.

Importancia de la lección

La Lección magistral de *Benedicto XVI en Ratisbona*, situada en el marco global de la encíclica *Fides et Ratio* de Juan Pablo II, fue seguramente el texto del Papa más difundido en aquellos días, e incluso hoy, en Internet, pero es también uno de los más brillantes discursos sobre la relación entre razón y fe que hemos leído últimamente.

El padre Juan Antonio Martínez Camino, Secretario General de la Conferencia Episcopal Española decía en *Alfa y Omega*: “me quedé profundamente impactado, ante todo, por la satisfacción intelectual que proporciona una pieza maestra en la que se conjugan serios conocimientos de la historia de la filosofía y de la teología, penetración sistemática en el planteamiento del tema elegido, y clarividencia analítica de la situación cultural y espiritual presente, con su correspondiente mirada hacia el futuro, tan clara como suavemente sugerida”.

Fue escogida como el «discurso del año» en lengua alemana; uno de los premios más prestigiosos de la lengua alemana.

La decisión ha sido tomada por (el «Seminar der Allgemeine Rhetorik»,) la conocida Escuela de Retórica General, de la Universidad de Tubinga, que otorga el citado premio desde el año 1998 a “aquellos discursos que hayan influido en la discusión pública y que estén dotados de una especial calidad estilística”.

La conferencia del 12 de septiembre, afirma el jurado, presidido por Gert Ueding, «está construida magistralmente en su composición directa pero llena de niveles» y matices.

El discurso fue «magistral» y considera que la versión que ofrecieron los medios de comunicación fue «simplificadora», llevando a «malentender el texto», aclara la Escuela.

En particular, defiende la «valentía y determinación con que el Papa produjo su discurso, sin la disposición a complacer y acomodarse que frecuentemente pasa por diálogo».

El discurso, que los medios presentaron como una condena del islam, sacando fuera de contexto una cita del emperador bizantino Manuel II, versaba «en realidad sobre la relación entre razón y fe y la afirmación de la convicción cristiana de que actuar conforme a razón corresponde a la

propia naturaleza de Dios», asegura el jurado.

La Universidad de Tubinga recalcó también que la cita del emperador bizantino del siglo XIV y las protestas y polémicas que surgieron en todo el mundo, demuestran “la relevancia y la actualidad de la que goza hoy en día ese tema, pese a que han pasado 500 años”.

La importancia de esta lección magistral dio y da lugar a la organización de conferencias, semanas teológicas o cursos de verano.

El contexto de la lección

La lección de Ratisbona está enmarcada en el viaje del Benedicto XVI a Baviera, su tierra de origen. El objetivo del viaje era poner de relieve el tema de “Dios”. El gran problema de Occidente es el olvido de Dios. Occidente parece tener un “defecto de oído” y lo que se dice de Dios “parece pre-científico, ya no parece adecuado a nuestro tiempo” dijo en la explanada de la Nueva Feria de Múnich. ¿El cristianismo puede resultar todavía razonable a los ojos del hombre de hoy? ¿La fe “es algo razonable?” se preguntó en la explanada de Islinger.

El discurso se realiza en el marco de un encuentro con el mundo universitario e intelectual alemán, un gran auditorio de unos 1500 profesores y estudiantes de la Universidad

de Ratisbona. Llevaba además para el Santo Padre una enorme carga afectiva, ya que Ratzinger había sido catedrático de esa universidad, de la que fue vicerrector, y significaba para él un reencuentro con su vocación intelectual y el mundo universitario que, durante un largo período de su vida, fue su patria espiritual.

Se trata de una lección magistral de un profesor universitario, dirigida a intelectuales como él, con una profundidad teológica, filosófica e histórica nada desdeñables.

Sin embargo la lección de Ratisbona no fue para el Papa un ejercicio académico. No dejó allí las vestiduras papales para hablar la lengua sofisticada de un teólogo a un público formado por especialistas. El papa y el teólogo son en él un todo para todos.

El tema y su por qué

El por qué del tema nos lo da el propio Benedicto XVI en su Discurso a la Curia Romana el 22 de diciembre de 2006 en el que hace una cierta revisión de sus cuatro viajes apostólicos realizados ese año. Después de citar el tema de su viaje a Baviera, dice que: “El encuentro con la Universidad, como corresponde a ese lugar, estuvo dedicado al diálogo entre la fe y la razón. Con ocasión de mi encuentro con el filósofo Jürgen Habermas, hace algunos años en Múnich, él dijo que nos hacían falta pensadores capaces de traducir las con-

vicciones cifradas de la fe cristiana al lenguaje del mundo secularizado para hacerlas así eficaces de nuevo. De hecho resulta cada vez más evidente la gran necesidad que tiene el mundo del diálogo entre la fe y la razón”.

Jürgen Habermas, el último gran representante de la célebre escuela filosófica de Frankfurt, y el entonces Cardenal J. Ratzinger tuvieron en la Academia Católica de Múnich el 19 de enero de 2004 un memorable debate público, mas tarde convertido en libro en diversos idiomas. Aquí en España lo tenemos Ediciones Encuentro con el título de “Dialéctica de la Secularización” sobre la razón y la religión. El debate versaba sobre *los Fundamentos de los Modernos Estados Liberales*. Ambos pensadores se preguntaban qué podía ofrecer la religión a esta fundamentación de los estados modernos, y ambos, de modo diferente, proponían una renovada alianza entre fe y razón. Habermas dijo en ese debate, y lo repitió más tarde, como respuesta y crítica del discurso de Ratisbona, que hacían falta pensadores capaces de traducir las convicciones cifradas de la fe cristiana al lenguaje del mundo secularizado para hacerlas así eficaces de nuevo.

El encuentro con el mundo laico, o con la razón secular, fue uno de los aspectos que más interesaron al cardenal J. Ratzinger, de modo especial después de la caída del Muro de Berlín, y se concretó en los diálogos, que mantuvo, entre otros, con J. Habermas, con

Marcelo Pera, con Flores de Archais y con Ernesto Galli della Logia.

El fallecido Uxio Romero Pose, en su ponencia “*La armonía fe-razón como promesa de auténtica convivencia social*” en la *XL Semana Social en España*, celebrada en Toledo en noviembre de 2006, decía: “En la lección de Ratisbona, ... Benedicto XVI no quiso enunciar más que aquello que había sido el programa de toda su vida, desde los inicios como docente en el 1959: mostrar la necesidad y la posibilidad de la conciliación de la fe y la razón como respuesta a los problemas de la modernidad y como la clave existencial en la construcción de la historia”. “La lección de Ratisbona ha querido ser el panorama y herencia del profesor universitario que ahora como Papa quiere entregar su legado intelectual y espiritual insistiendo en que es urgente dar la primacía al entendimiento fe/razón aprisionados por una cultura y una sociedad transida de escepticismo radical”.

La misión de la universidad, exordio del discurso

Dirigiéndose a un público académico y universitario, Benedicto XVI quiso introducir el tema que más le interesa - la armonía entre fe y razón - mediante un juicio sobre lo que la universidad debería ser: el lugar en el que, más allá de las múltiples especialidades, todos y cada uno trabajan “en el todo de la única razón” constituyendo así una verdadera *Universitas*.

La interdisciplinariedad y los contactos son la experiencia - reflejada, en los años del joven profesor J. Ratzinger, en la celebración del *dies academicus* - de formar parte de un mismo cuerpo y de comprometerse, bajo la guía de la única razón con todas sus dimensiones, en la búsqueda y hallazgo de la verdad.

La universidad aparece como el reino de la libertad y de la razón, donde el escepticismo de unos y la creencia de otros encuentran lo común en la búsqueda de la verdad mediante el diálogo, y donde la teología, interrogándose sobre la racionalidad de la fe, se une a las otras ciencias en una cohesión interior en el cosmos de la razón.

Ya desde el principio está invitando a descubrir la Universitas, origen del Occidente cristiano, es decir, ese obrar con la razón, manifestado por el diálogo entre razón y fe.

Los párrafos de la polémica

Decía el Papa, una semana después, en la audiencia general del miércoles 20 de septiembre de 2006 “Para introducir al auditorio en el carácter dramático y actual del tema, cité algunas palabras de un diálogo cristiano-islámico del siglo XIV, con las que el interlocutor cristiano -el emperador bizantino Manuel II Paleólogo- de forma incomprensiblemente brusca para nosotros, presentó al interlocutor islámico el problema de la relación entre religión y violencia”.

Voy a prescindir totalmente de las reacciones y manifestaciones violentas que se produjeron en el mundo islámico; de cómo esas reacciones estuvieron provocadas y alentadas por ciertos grandes medios de comunicación occidentales, que malinterpretaron y distorsionaron el texto, y del proceso diplomático religioso con que la Santa Sede los Nuncios y el propio Papa trataron de que no se rompan, sino que se consoliden y fortalezcan los vínculos de amistad y solidaridad entre la Santa Sede y las comunidades musulmanas del mundo. Dejando esto pasamos a

Las tesis o afirmaciones del discurso

En la edición definitiva de la lección magistral, al final de la cita de este diálogo cristiano - islámico hay una nota que dice “En esta argumentación contra la conversión mediante la violencia, la afirmación decisiva es: *no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios*”. Esta afirmación se repite varias veces en el discurso.

Para el emperador Manuel II, como bizantino educado en la filosofía griega, como representante de la razón y la ilustración griega, la afirmación de que “no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios” es, de suyo evidente.

Benedicto XVI se pregunta si esta convicción es sólo un pensamiento griego, de la filosofía griega, o es siempre y universalmente válido.

Lo que pretende Benedicto XVI en Ratisbona es replantear la relación entre fe y razón a la luz de la “intrínseca” articulación existente entre la fe cristiana y la filosofía griega.

Es ciertamente verdadero, como nos dice en la encíclica (*“Deus caritas est”*, I) que el cristianismo no es ante todo una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con una persona, con un acontecimiento, con la Persona de Jesucristo; pero es también verdad que *la opción por el logos y no por el mito, ha caracterizado desde el inicio, al mismo cristianismo.*

El Cristianismo no se vinculó nunca a ninguno de los mitos, sino con la verdad del “logos”. Es la religión según la razón. Se refiere a Dios como Ser, como la Verdad. Es la religión de la Verdad; si bien, el Dios cristiano no es sólo la Verdad, sino también el Amor.

La primera tesis o la tesis básica del discurso de Ratisbona, es que el encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no es una simple casualidad, sino que hay una necesidad intrínseca de ese acercamiento entre la fe bíblica y la filosofía griega.

Ya en el Antiguo Testamento el Dios de Israel es un Dios que se distingue del conjunto de las otras divinidades, con múltiples nombres, que son puras creaciones humanas. Yahvé es el auténtico Dios, el Dios de verdad. Por eso la fe bíblica reclama para

sí la verdad, estar de acuerdo con la realidad.

Israel contrapuso el *ser*, el “*es*” de su Dios, al cambiar y pasar del mundo y de sus dioses, de los dioses de la tierra, de la fertilidad y de la nación.

Según Benedicto XVI, en el desarrollo de la fe bíblica, en la explicitación de su idea de Dios, hay algo muy importante; y es el encuentro de la fe bíblica, de la fe en Yahvé, con el logos helénico, con la razón del mundo griego, que también ella había hecho una ilustración, una crítica de los mitos y de la religión, que tenía únicamente una función civil y política.

Israel intentó traducir a los demás pueblos lo específico y lo característico de su fe. Necesitaba un discurso comprensible, lógico, racional e inteligible sobre Dios.

Es aquí donde se produce el encuentro entre la fe bíblica y la racionalidad griega. Hay un cierto paralelismo. También la filosofía griega trata de buscar, detrás de las múltiples y cambiantes manifestaciones de las cosas, la auténtica realidad, el auténtico ser. No se contentaba con las religiones tradicionales ni con las imágenes del mito, no se contentaba con las apariencias, sino que, con toda seriedad indaga acerca de la realidad y de la verdad. Los filósofos griegos ya habían hecho una crítica de la religión y se preguntaban por la naturaleza o esencia de lo divino y por el modo adecuado de hablar de Dios.

Este encuentro entre la fe bíblica y la razón griega ya lo defiende J. Ratzinger en el año 1959 en su primera lección magistral cuando fue llamado para la cátedra de Teología Fundamental de la Facultad Católica de Teología de la Universidad de Bonn, titulada “*el Dios de la Fe y el Dios de los Filósofos*”. En ella defiende que la fe bíblica necesita de la filosofía y la racionalidad griega “en la medida en que se ve forzada a pronunciar lo suyo propio y especial, su fe en el auténtico Dios, en el Dios real, frente al mundo de los pueblos, y en un lenguaje general, esto es, comprensible para el mundo todo, por encima del propio espacio interior” (“*El Dios de la Fe y el Dios de los Filósofos, Ediciones Encuentro 2006 página 29.*)

La fe cristiana se entronca con el concepto filosófico de Dios y dice “lo absoluto, del que vosotros sabías ya por sospechas de alguna manera, es el absoluto que habla en Jesucristo (que es “palabra”) y que puede ser apelado. Con ello no se suprime sin más la diferencia de fe y filosofía y ni mucho menos lo que hasta ahora era filosofía se transforma en fe. La filosofía sigue siendo más bien como tal lo otro, a lo que se refiere la fe para expresarse en ella como en lo otro y hacerse comprensible”. (“El Dios de la Fe y el Dios de los Filósofos, páginas 30 – 31).

Benedicto XVI defiende la profunda consonancia entre lo griego en su mejor sentido y la fe en Dios según la Biblia.

Lo griego en su mejor sentido es el pensamiento filosófico, que busca el auténtico ser y fundamento de la multiplicidad de las cosas, que trata de conocer la verdad de lo real y también la verdad del ser divino, que, como auténtica ilustración, desmitifica y critica las diversas fábulas de los dioses, y se sitúa en una actitud de auténtica búsqueda o apertura.

El cristianismo tiene algo que es comunicable y ante lo cual la razón, que lo estaba esperando, sale al encuentro. Es comunicable por ser capaz de conectar con la razón universal, común a todos los hombres.

San Juan nos dice: “en el principio era el Logos y el Logos era Dios”. Hay un encuentro entre mensaje bíblico y el pensamiento griego, que no es una pura casualidad, sino que lo utilizó Dios para revelarse al modo humano, para comunicarse a los hombres al modo de los hombres. ¿Cómo? Por medio de la Palabra. Cristo es el Diálogo entre Dios y la humanidad. Es el arquetipo de todo diálogo, en el que se deben fundar todos los otros diálogos.

Benedicto XVI hace un cierto desarrollo histórico de este acercamiento de la fe Bíblica con la cultura griega y la razón helénica. Dice que había comenzado mucho tiempo antes, muchos siglos antes de la aparición de Jesucristo.

1-. “*Ya el nombre misterioso de Dios pronunciado en la zarza ardiente, que*

distingue a este Dios del conjunto de las divinidades con múltiples nombres, y que afirma de él simplemente «Yo soy», su ser, es una contraposición al mito, que tiene una estrecha analogía con el intento de Sócrates de batir y superar el mito mismo.” (*Discurso de Ratisbona*) Hay una nota que dice “Para la interpretación ampliamente discutida del episodio de la zarza que ardía sin consumirse, quisiera remitir a mi libro *Introducción al Cristianismo, Versión española en Sígueme en la 14 edición páginas 99-115*. Creo que las afirmaciones que hago en ese libro, no obstante del desarrollo ulterior de la discusión, siguen siendo válidas”.

- ¿Qué significa el nombre de Yahvé y su explicación mediante la palabra ser? Seguramente la identificación del nombre bíblico de Dios con la idea global del “ser” de los griegos, es decir, con el concepto filosófico de Dios no se produce hasta la versión de los setenta. El acontecimiento explicativo que se ofrece en el relato, no se acaba en él, sino que continúa y se comprende de nuevo a lo largo de la historia del combate bíblico por Dios” (*Introducción al Cristianismo página 110*).

2-. “El proceso iniciado en la zarza llega a un nuevo desarrollo *durante el destierro*, donde el Dios de Israel, entonces privado de la tierra y del culto, se proclama como *el Dios del cielo y de la tierra*. Juntamente con este nuevo conocimiento de Dios se da una espe-

cie de Ilustración, que se expresa drásticamente con la burla de las divinidades que no son sino obra de las manos del hombre (cf. Sal 115)”. *Discurso de Ratisbona*.

Esta idea la tenemos ampliada en la conferencia titulada “La fe entre la razón y el sentimiento” pronunciada por el cardenal Ratzinger en Hamburgo en el año 1998 y recogida en el libro de Ediciones Sígueme, “Fe, Verdad y Tolerancia” págs 131-132

Normalmente un dios que pierde su país, que abandona a su pueblo derrotado y que no es capaz de proteger su propio santuario, es un dios destronado. No tiene nada que decir, desaparece de la historia. Asombrosamente en el destierro de Israel sucede todo lo contrario. Resalta entonces la grandeza de ese Dios, su total diferencia con respecto a las deidades de las religiones del mundo; la fe de Israel adquiere entonces su grandiosa forma. *Ese Dios puede permitirse abandonar un país en manos de otros, porque no está ligado a ningún país.*

Puede permitir que su pueblo sea vencido. Dios no depende de ese pueblo. No depende tampoco del templo ni del culto que en él se celebra. Israel no tiene ningún Dios especial, sino que adora solamente al único Dios, *al Dios del cielo y de la tierra*. Este Dios habló a Abrahán y escogió a Israel, pero es en realidad *el Dios de todas las naciones*, el Dios común, que dirige el curso de toda la historia.

Esto lleva consigo la purificación de la idea del culto. “Dios no necesita sacrificios, no necesita ser mantenido por los hombres porque todo le pertenece a él. El verdadero sacrificio es el hombre que llega a ser conforme con los deseos de Dios”. (Cfr. *Fe, Verdad y Tolerancia*” págs.. 131-132.)

3-. El nombre de Yahvé, el “Yo soy” de la zarza ardiente, expresa también *duración y actualidad*. Dios es el ser en contraposición al hacerse; permanece inmutable por encima de la mutabilidad del devenir. Lo vemos especialmente al final del destierro babilónico en el *Deuteronomio*.

A Israel se le creía muerto para siempre, pero ahora renace de sus ruinas. Por eso uno de los pensamientos centrales de los profetas es este: los dioses pasan, Dios, en cambio, “es”.

“Yo, Yahvé, que era al principio, y soy el mismo siempre, y seré en los últimos tiempos”(Is. 41, 4) “*Yo soy el primero y el último y no hay otro Dios fuera de mí*” (Is. 44, 6).

La sucinta frase enigmática “yo soy” se convierte en eje de la predicación de los profetas, donde aparece la lucha contra los demás dioses, la lucha contra la desesperación de Israel y su mensaje de esperanza y seguridad. El Dios de Israel se contrapone a los demás dioses y se muestra como lo que es frente a los que cesan y pasan (*Introducción al Cristianismo* páginas 109 -111).

4-. Después del destierro hasta la actividad de Cristo destaca como elemento relevante la literatura sapiencial y el movimiento espiritual que constituye su fondo.

En la literatura sapiencial hay un ensayo de comprensión racional del mundo. La racionalidad que aparece en la estructura del mundo se entiende como un reflejo de la sabiduría creadora de la cual procede. El pensamiento sapiencial concibe el mundo como reflejo de la racionalidad del Creador, y conecta también esta comprensión del mundo con la moralidad, porque la sabiduría que edifica la materia y el mundo es a la vez sabiduría moral, que enuncia direcciones esenciales de la existencia.

La Ley, la Torá, se concibe ahora como manifestación de la sabiduría, como su traducción a palabras e instrucciones humanas.

Tenemos aquí una clara aproximación a la racionalidad griega; por un lado a motivos platónicos, y, por otro, al estoicismo con su interpretación divina del mundo y de la moral. (Cfr. Fe, Verdad y Tolerancia” págs.. 132-134.)

Sintetizando maravillosamente esto Benedicto XVI en Ratisbona nos dice que: “la fe bíblica, durante la época helénística, salía desde sí misma al encuentro de lo mejor del pensamiento griego, hasta llegar a un contacto recíproco que después tuvo lugar especialmente en la literatura sapiencial tardía.”

5-. Se produjo también un tránsito del judaísmo al mundo griego y el acontecimiento más importante en este proceso fue la traducción del Antiguo Testamento al griego, que se conoce con el nombre de *la traducción de los Setenta*.

Los traductores tendieron el puente que une el concepto bíblico de Dios con el pensamiento griego al traducir Ex. 3, 14 “Yo soy el que soy” por “Yo soy el que es”. Como se ve, el nombre bíblico de Dios se identifica aquí con el concepto filosófico de Dios.

Los Padres de la Iglesia vieron aquí la unidad más profunda de filosofía y fe, de Platón y Moisés, de tal modo que creyeron que Platón había conocido el Antiguo Testamento y había tomado de él sus ideas.

Ratzinger en la *Introducción al Cristianismo* página 101 dice que “pudo también pasar lo contrario, que quienes tradujeron la Biblia hebrea al griego estuvieran influidos por el pensamiento filosófico griego y desde él leyeran y entendieran el texto hebreo”.

En Ratisbona nos dice “... la traducción de «los Setenta», que se hizo en Alejandría, es algo más que una simple traducción del texto hebreo (la cual tal vez podría juzgarse poco positivamente); en efecto, es en sí mismo un testimonio textual y un importante paso específico de la historia de la Revelación, en el cual se realizó este encuentro de

un modo que tuvo un significado decisivo para el nacimiento y difusión del cristianismo”.

Tenemos aquí una tesis importante: El Papa nos dice que la traducción de los 70 (que en los libros del Pentateuco estaría hecha unos 300 años antes de Cristo) no es una simple traducción sino un cierto repensar la Revelación Bíblica en relación estrecha con las categorías de la razón helénica, con la filosofía griega.

Es más que una traducción, representa una cierta fusión crítica de la fe y la tradición bíblica con la razón y la filosofía griega y forma parte integrante de la auto revelación de Dios, “Constituye un importante paso específico de la historia de la Revelación”

Es una tesis importante porque según esto no se puede decir que hubo una helenización del cristianismo posterior a Cristo hecha por la Iglesia en los primeros concilios. El encuentro entre el pensamiento griego y la fe bíblica no se llevó a cabo por primera vez en la Iglesia primitiva, sino que se produjo ya dentro del mismo camino bíblico.

El encuentro con la ontología de los griegos, su traducción al lenguaje del ser, de la realidad, de la verdad, característico de la razón y la filosofía griega, no es una alienación filosófica de la fe cristiana, sino que llegó a ser su expresión indispensable.

6-. Con esta versión de los setenta se acentuó el carácter universalista de la religión de Israel

La fe de Israel, traducida al griego, tal como esta fe se reflejaba en los libros sagrados, conectaba con las mentes ilustradas de la antigüedad, cuyas religiones, desde la crítica socrática, habían ido perdiendo cada vez más su credibilidad.

Se fue creando y extendiendo por el mundo antiguo una red de los llamados “temerosos de Dios” que se acercaban o incluso se ajustaban a la fe de Israel que se había helenizado y fue la condición preliminar para la difusión y la misión cristiana.

La fe de Israel, presentada en la versión de los setenta, conecta con la razón y la filosofía helénica y acentúa su carácter universalista. Sin embargo todavía faltaba algo: el Dios universal se hallaba ligado, no obstante, a un pueblo determinado; la moral universal estaba asociada con formas de vida muy particulares que fuera de Israel no podían vivirse en modo alguno. Un no-judío podía situarse únicamente en un círculo exterior de esa religión. Seguía siendo un “prosélito”, porque la plena pertenencia a esa religión seguía estando ligada al hecho de ser descendientes de Abrahán según la carne, al hecho de formar parte de una comunidad nacional.

El cristianismo fue el que realizó por primera vez la apertura, derribando “el

muro de la separación” (Ef. 2, 14); ya no son necesarios los vínculos de sangre con el Patriarca, porque la adhesión a Jesús obra la plena pertenencia, el verdadero parentesco. En Jesucristo el único Dios se propone como salvador, sin discriminación, de todos los pueblos.

Ya en el Nuevo Testamento:

En el evangelio de Juan encontramos aquella línea que sitúa la idea de Dios a la luz de la idea de ser y que explica a Dios como el simple “yo soy”. Jesús se aplica a sí mismo varias veces el “yo soy” del Exodo y de Isaías 43. Juan convierte la frase “yo soy” en la fórmula central de su fe en Dios, pero lo hace de tal manera que constituye la expresión central de su cristología.

Jesús es el revelador del nombre de Dios, como vemos en el capítulo 17, la llamada oración sacerdotal. “He manifestado tu nombre a los hombres que de este mundo me has dado (v. 6). Y les he dado a conocer tu nombre, y se lo haré conocer” (v. 26). Cristo es la misma zarza ardiente en la que se revela a los hombres el nombre de Dios. (Introducción al cristianismo págs. 111 -112.)

Modificando el primer versículo del libro del Génesis, el primer versículo de toda la sagrada Escritura, san Juan comienza el prólogo de su Evangelio con las palabras: «En el principio ya existía el Logos». Logos significa tanto razón como palabra, una razón que es creadora y capaz de comunicarse, pero pre-

cisamente como razón. De este modo, san Juan nos ha brindado la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, la palabra con la que todos los caminos de la fe bíblica, a menudo arduos y tortuosos, alcanzan su meta y encuentran su síntesis. (*Cfr. Discurso de Ratisbona*).

“Desde el prólogo de Juan, el concepto Logos ocupa el punto clave de nuestra fe cristiana en Dios. El Dios que es *Logos* nos garantiza la racionalidad del mundo, la racionalidad de nuestro ser, la adecuación de la razón a Dios y la adecuación de Dios a la razón, aún cuando su razón supere infinitamente a la nuestra y a menudo nos parezca oscuridad. El mundo viene de la razón y esta razón es persona, es amor, - esto es lo que la fe bíblica dice sobre Dios- .La razón puede hablar de Dios, debe hablar de Dios, si no quiere verse disminuida”. (*Introducción al Cristianismo prólogo a la nueva edición del año 2000. Pág. 29*).

El discurso de Pablo en el Areópago (*Hch. 17, 23 y ss*) muestra como el Dios del cristianismo no es ninguno de aquellos dioses de los mitos o de las religiones paganas, sino “el Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, que es Señor del cielo y de la tierra” (*Hch. 17, 24*), es el ser mismo, el que los filósofos consideran el fundamento de todo ser, al que han ensalzado como Dios de todos los poderes. Esta elección significa una opción a favor del Logos frente a cualquier forma de

mito. (*Introducción al Cristianismo” págs 117- 118*)

La fe cristiana optó por el Dios de los filósofos, frente a los dioses de las religiones, es decir, por la verdad del ser mismo frente al mito de la costumbre. Frente a la divinización de la consuetudo romana, de la “costumbre” de la ciudad de Roma, *Tertuliano* (en “*De virgíribus velandis*”) enfatizó con palabras extraordinariamente valientes y majestuosas la postura cristiana cuando dijo: “*Cristo no se llamó a sí mismo costumbre, sino verdad*”. (*Introducción al Cristianismo, pág. 120*).

San Agustín, en confrontación con la filosofía de la religión de Marco Terencio Varrón (116-27 a.C.), coloca resueltamente el cristianismo en el ámbito de la “teología física, en el ámbito de la racionalidad o de la ilustración filosófica y no en el de la “teología mítica” de los poetas, o de la “teología civil” de los estados y de los políticos.

El cristianismo, desde el discurso de Pablo en el Areópago, se presenta con la pretensión de ser la “*religión verdadera*”, a diferencia de las religiones paganas, ya privadas de verdad a los ojos de la misma racionalidad griega. El cristianismo se entendía a sí mismo como ilustración, como la victoria de la desmitologización, como la victoria del conocimiento, como la victoria de la verdad; por esta misma razón tuvo que considerarse a sí mismo como universal y destinado a todos los pueblos,

no como una religión entre otras, como una religión que desplaza a otras, o se impone a otras de una manera imperialista, sino como la verdad que hace superflua la apariencia.

El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento filosófico griego no ha sido simple casualidad, sino la concretización histórica de la relación intrínseca entre la Revelación y la racionalidad.

Y esto es también uno de los motivos fundamentales de la fuerza impactante y de penetración del cristianismo en el mundo greco-romano (Cfr. “Fe, Verdad y Tolerancia”, págs. 144-150).

Este acercamiento entre la fe bíblica y el pensamiento filosófico del mundo griego es un dato de importancia decisiva, incluso desde el punto de vista de la historia universal. Este encuentro, al que se une sucesivamente el patrimonio de Roma, creó a Europa y permanece como fundamento de lo que, con razón, se puede llamar Europa.

La segunda tesis

La afirmación de que el acercamiento recíproco del cristianismo y el pensamiento filosófico griego no es algo accidental sino que pertenece a la esencia de la Revelación Bíblica incluso ya antes de Cristo es una tesis importante del discurso de Ratisbona.

Pero *hay una segunda tesis que está constituida por la novedad radical y la*

diferencia profunda de la Revelación Bíblica respecto a la racionalidad griega, ante todo en la concepción de Dios.

J. Ratzinger pone gran esfuerzo en mostrar que el único Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento es el Ser que existe por sí mismo y eternamente, buscado por los filósofos (Cfr. “Introducción al Cristianismo” págs. 99-112)

Pero él subraya con igual fuerza que *este Dios supera radicalmente lo que los filósofos habían pensado de Él.*

En efecto, en primer lugar, Dios es netamente distinto de la naturaleza, del mundo creado por Él. El Dios de los cristianos, a diferencia de los dioses míticos y políticos, satisface las exigencias de la racionalidad filosófica: es Dios por naturaleza, pero, la naturaleza como tal no es Dios. Se produce una separación entre la naturaleza universal y el Ser que la fundamenta y le da origen. El Dios real, a quien nosotros -pensando- llegamos a conocer en la naturaleza, es anterior a la naturaleza y ésta es creatura suya.

Un segundo elemento: ese Dios, que la filosofía concebía como puro ser y puro pensar, eternamente recluso en sí mismo, sin ninguna proyección hacia el hombre; ese Dios de los filósofos, pura eternidad e inmutabilidad, que excluye toda relación con lo mudable y contingente, según la fe bíblica es un Dios que entró en la historia, vino al

encuentro del hombre y, precisamente por eso, el hombre puede ir al encuentro de Dios.

El Dios de la fe cristiana es sí el Ser absoluto, el Dios de la metafísica, pero es también, e idénticamente, el Dios de la historia, es decir el Dios que entra en la historia y en la más íntima relación con nosotros. Es esta, según J. Ratzinger, la única respuesta adecuada a la cuestión del Dios de la fe y el Dios de los filósofos. (Cfr. “*Fe, Verdad y Tolerancia*”, págs. 151-152).

Los dos principios fundamentales, que aparentemente son contradictorios, - la vinculación con la metafísica y la vinculación con la historia - en el cristianismo se condicionan mutuamente y forman un todo inseparable.

Ese Dios no es una realidad inaccesible para nosotros, que no podemos encontrar y a la que es inútil dirigirse en la oración, como consideraban los filósofos.

Al contrario, el Dios bíblico ama al hombre y por esto entra en nuestra historia, da vida a una auténtica historia de amor con Israel, su pueblo, y después, en Jesucristo, no sólo dilata esta historia de amor y salvación a la humanidad entera sino que la conduce al extremo, o sea al punto de “dirigirse contra sí mismo”, en la cruz del propio Hijo, para realzar al hombre y salvarlo, y llamar al hombre a aquella unión de amor con Él que culmina en

la Eucaristía. (Cfr. “*Deus caritas est*”, núms. 9-15,

3º- “*El “Logos” se hizo carne*”: *El logos de que hablaban los griegos, el arjé, el principio interno de todo cuanto existe, pero atemporal y eterno, es el hijo de María, anunciado por los profetas, algo absolutamente contingente e histórico, increíble para el pensamiento puramente cosmológico.*

El cristianismo no sólo realiza la síntesis entre Naturaleza e historia sino también la síntesis entre Dios y el hombre. Cristo no sólo revela el nombre de Dios, sino que él mismo es el nombre de Dios. El nombre ya no es una palabra sino una persona.

4-. De este modo *el Dios que es el Ser y el Logos es también e idénticamente el Agapé, el Amor original.*

Cuando, al comienzo del Evangelio de Juan, se nos dice que Dios es Logos, Razón y Palabra (Juan 1,1) y en la primera carta de Juan se afirma que “Dios es Amor” (1ª de Juan 4, 1-8) no se nos habla de dos realidades opuestas, sino de una más amplia, Dios - Razón y Amor. El amor y la razón se identifican. El verdadero Logos es el Amor y el Amor es el verdadero Logos, y en su unidad constituyen el verdadero fundamento y la meta de lo real.

Todo ello tiene inevitables y decisivas consecuencias en relación a la ética. *El Dios que es logos, razón creadora que*

se expresa en la creación, *da también a la acción humana dirección y medida*. La fe en el Logos, entiende la acción moral como responsabilidad, como respuesta a la Palabra, y le otorga tanto su racionalidad como su orientación esencial.

La seriedad moral del cristianismo está en consonancia con la racionalidad de la fe cristiana: las exigencias esenciales de la ley, coinciden con lo que está escrito en el corazón del hombre, de tal manera que el hombre intuye como bueno lo que se le manda, es decir, lo identifica con lo que es “bueno por naturaleza” Como San Pablo dijo explícitamente: *“cuando los paganos que no tienen ley, por naturaleza, actúan según la ley, [...] demuestran que cuanto la ley exige está inscrito en sus corazones”* (Romanos 2, 14-15). Hay aquí una alusión o referencia a la moral estoica, a su interpretación ética de la naturaleza que se manifiesta también en otros textos paulinos, por ejemplo en la *Carta a los filipenses*: “¡Tomad en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, de virtuoso y digno de alabanza!” (Filipenses 4,8).

La unidad crítica entre cristianismo y filosofía en cuanto al concepto de Dios se confirma ahora en la unidad, igualmente crítica, con la moral filosófica. Pero así como el encuentro con el Dios vivo sobrepasa al Dios filosóficamente pensado, también aquí se sobrepasa la teoría ética mediante una praxis moral vivida comunitariamente y concretada en el doble mandamiento del amor a

Dios y al prójimo. (Cfr. “*Fe, Verdad y Tolerancia*”, págs. 152 y ss)

El cristianismo convencia porque reunía en sí el vínculo de la fe con la razón y la orientación de la acción hacia la “caritas”, el cuidado amoroso de los que sufren, de los pobres y de los débiles, más allá de cualquier diferencia de condición social.

La fuerza que ha hecho del cristianismo una religión mundial o universal, y ha hecho convincente su pretensión de ser la “religión verdadera”, consiste en la síntesis que éste ha sabido realizar entre la razón, la fe y la vida. (Cfr. “*Fe, Verdad y Tolerancia*”, pág. 153.)

Esta síntesis ha regido por muchos siglos, si bien en vicisitudes históricas, y ha estado en la base de las sucesivas fases de expansión misionera del cristianismo (Cfr *discurso de Verona*)

En este punto J. Ratzinger plantea con fuerza la pregunta: “¿Por qué esta síntesis no convence más hoy? ¿Por qué la razón y el cristianismo son considerados hoy como contradictorios e inclusive recíprocamente excluyentes? ¿Qué cambió en la racionalidad, qué cambió en el cristianismo para que sea así?” (Cfr. “*Fe, Verdad y Tolerancia*”, pág. 153.)

¿Qué ha ocurrido en la ilustración, o en la razón ilustrada?

1.- Hay muchas cosas que dificultan la síntesis de fe y razón en la ac-

tualidad, pero la más importante es *la auto-limitación moderna de la razón*, formulada ya por Kant y radicalizada por el pensamiento y los éxitos de las ciencias naturales, *que reduce la racionalidad a lo comprobable experimentalmente*. Este concepto moderno de la razón se basa, por decirlo brevemente, en una síntesis entre platonismo (cartesianismo) y empirismo, una síntesis corroborada por el éxito de la técnica. Por una parte, se presupone que el mundo se halla estructurado matemática e intelectualmente y que es posible descifrarlo y hacerlo comprensible y utilizable en el experimento: este presupuesto de fondo es en cierto modo el elemento platónico en la comprensión moderna de la naturaleza. Por otra, se trata de la posibilidad de explotar la naturaleza para nuestros propósitos, y, por tanto, sólo la posibilidad de verificar la verdad o falsedad mediante la experimentación ofrece la certeza decisiva.

Sólo la certeza que deriva de la sinergia entre matemática y método empírico puede considerarse científica. Todo lo que pretenda ser ciencia ha de atenerse a este criterio.

Este método en cuanto tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico. Los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar

en el espacio de la razón entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo, del sentimiento. El sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera admisible en el ámbito religioso y la «conciencia» subjetiva se convierte, en definitiva, en la única instancia ética.

Nos encontramos ante una reducción del ámbito de la razón y de la ciencia que es preciso poner en discusión.

2.- En este cuadro *la teoría de la evolución de las especies*, propuesta por Darwin, ha terminado por asumir, ante muchos científicos y filósofos y en gran parte de la actual cultura, el rol de una especie de visión del mundo o de “filosofía primera”, que por una parte sería rigurosamente “científica” y por otra constituiría, al menos potencialmente, una *explicación o teoría universal de toda la realidad*, basada sobre la selección natural y sobre las mutaciones casuales, más allá de la cual ulteriores preguntas sobre el origen y sobre la naturaleza de las cosas no serían ya necesarias y ni siquiera lícitas.

Veremos más adelante la respuesta a estas cuestiones.

3.- Agnosticismo

Kant consideró que la razón pura o teórica no estaba capacitada para conocer la realidad en sí misma y sobre todo la realidad trascendente.

La actual racionalidad ilustrada y científica no simpatiza con la afirmación “en el principio era el Logos” sino con la afirmación de Porfirio, “*Latet omne verum*”, “toda la verdad se halla oculta” es decir, *la verdadera realidad de Dios permanece para nosotros totalmente oculta e inaccesible*, y, por tanto, el cristianismo y las diferentes religiones presentarían solamente imágenes de Dios relativas a diferentes contextos culturales, y por tanto todas igualmente “verdaderas” y “no verdaderas”.

El misterio de lo divino no puede quedar fijado en una sola forma que excluya a todas las demás. Las imágenes son muchas cada una de ellas refleja un fragmento de la totalidad, pero ninguna de ellas es, por sí misma, la totalidad. Cristo sería una de las múltiples formas en que se manifiesta lo Divino y en las cuales aprendemos a vislumbrar lo Infinito. El cristianismo sería una forma de experiencia religiosa que debería situarse humildemente junto a otras experiencias religiosas. Es una exigencia de la tolerancia que cada una de estas experiencias o imágenes de lo divino se vean sólo como un fragmento de la verdad. Lo propio no puede situarse por encima de lo ajeno, sino integrarse pacíficamente en la sinfonía polifacética de lo eternamente inaccesible.

Volveremos sobre esto porque está presente en algunas de las formas de deshebrajamiento del cristianismo.

¿Qué pasó en el Cristianismo? ¿Cuáles son los cambios operados en el cristianismo que han contribuido a su divorcio consumado con la razón de nuestra época?

El Papa en Ratisbona reconoce que *en la Baja Edad Media, hubo en la teología tendencias que rompen esta síntesis entre espíritu griego y espíritu cristiano*. En contraste con el llamado intelectualismo agustiniano y tomista, Juan Duns Escoto introdujo *un planteamiento voluntarista* que, tras sucesivos desarrollos, llevó a acentuar de una manera tan exagerada la trascendencia y la diversidad de Dios, que incluso nuestra razón, nuestro sentido de la verdad y del bien, dejan de ser un auténtico espejo de Dios, cuyas posibilidades abismales permanecen para nosotros eternamente inaccesibles y escondidas tras sus decisiones efectivas.

“En contraste con esto, *la fe de la Iglesia se ha atenido siempre a la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra razón creada, existe una verdadera analogía*, en la que ciertamente -como dice el IV concilio de Letrán en 1215- las diferencias son infinitamente más grandes que las semejanzas, pero sin llegar por ello a abolir la analogía y su lenguaje. Dios no se hace más divino por el hecho de que lo alejemos de nosotros con un voluntarismo puro e impenetrable, sino que, más bien, el Dios verdaderamente divino es el Dios que se ha manifestado como logos y ha actuado

y actúa como logos lleno de amor por nosotros”. (*Lección de Ratisbona*)

En el discurso de Ratisbona Benedicto XVI pone el acento en particular en el tema de la “des-helenización” del cristianismo. Ésta se inicia ya en el siglo XVI con la Reforma protestante. El principio de la sola Scriptura era el intento de regresar a la forma primordial de la pura fe bíblica, liberándola del condicionamiento de ese sistema filosófico metafísico en que estaba inmersa. Este intento quedó bastante atenuado por el hecho de conservarse el dogma cristiano antiguo, formulado en lengua griega y con recursos del pensamiento griego. Kant, con su afirmación de que había tenido que renunciar a pensar para dejar espacio a la fe, desarrolló este programa de los reformadores, con un radicalismo que ellos no sospechaban.

La segunda ola del programa de des-helenización nace de la teología protestante liberal del siglo XIX y XX, pero que influyó también la teología católica. Lo que la Reforma Protestante pretendía con respecto a la fe en general, ahora se focaliza en la persona de Jesús. Ya no se trata de encontrar la fe primordial, sino el Jesús primordial. Adolf von Harnack, trata de retornar a Jesús solamente hombre, que sería el Jesús de la historia, y a su simple mensaje moral, que constituiría el culmen del desarrollo religioso de la humanidad, liberándolo de los sucesivos desarrollos filosóficos y teológicos, comenzando por la misma divinidad de Cristo.

Con esto desaparece la fe en que Cristo es el Hijo único del Padre, en que en Él Dios está realmente como hombre entre nosotros, y en que él mismo es Dios, no una forma de revelación de Dios,. De un hombre que es Dios, Cristo pasaría a ser alguien que ha tenido una experiencia especial de Dios. Sería un Iluminado y, por tanto, nadie básicamente distinto a los otros iluminados, como Buda

Como respuesta a todo esto, Benedicto XVI, en Ratisbona, nos dice que “el encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no es una simple casualidad”, sino que hay necesidad intrínseca de un acercamiento entre la fe bíblica y la filosofía griega. El cristianismo no se entendería adecuadamente y se falsificaría totalmente su sentido y su identidad, si se prescindiera de su pretensión de verdad, de estar de acuerdo con la realidad, de presentarnos al verdadero Dios, ante el que se desvanecen los falsos dioses de los mitos, y presentarlo a través de una expresión racional accesible a todos.

La racionalidad griega en su fusión con la fe bíblica aporta un elemento del que no se puede volver atrás en la auto-revelación de Dios.

Este encuentro de fe bíblica y razón helénica se produjo mucho antes de Cristo. No se puede decir que hubo helenización del Cristianismo posterior a Cristo hecha por la Iglesia en los primeros concilios. No se puede decir que

habría un cristianismo no helénico, un cristianismo puramente semítico en el que Jesús habría sido un gran profeta puramente hebreo y se le podría y debería entender despojándolo de las vestiduras que la Iglesia griega le habría puesto en Nicea, Calcedonia o Éfeso a través de conceptos griegos, por ejemplo, “consustancial con el Padre”.

La des-helenización es imposible, porque, si la unión de lo helénico con el cristianismo no es accidental, sino que pertenece a la esencia de la Revelación Bíblica, incluso antes de Cristo, entonces separar el cristianismo de la razón helénica sería a costa de algo esencial en la Revelación de Dios.

Las grandes decisiones de los antiguos concilios, que cristalizaron en los credos o confesiones de fe, no tuercen la fe convirtiéndola en una teoría filosófica, sino que dan forma verbal a dos constantes esenciales de la fe bíblica: propugnan el realismo de la fe bíblica y rechazan una interpretación puramente simbólica o mitológica; propugnan la racionalidad de la fe bíblica que, aunque sobrepasa lo propio de la razón y de sus posibles experiencias, apela a la razón y se presenta con la exigencia de enunciar la verdad: de abrir para el hombre el genuino núcleo de la realidad.

El enunciado de que Jesucristo es el Hijo unigénito de Dios, “consustancial con el Padre” se retuvo como garantía de la fidelidad a la fe bíblica.

El Nuevo Testamento hablaba de Jesús como del Hijo de Dios. La expresión “consustancial con el Padre” nos dice que la palabra “Hijo” no debe entenderse en sentido poético y alegórico (mitológico o simbólico) sino en sentido plenamente realista. Jesús es realmente el Hijo; no se trata sólo de una forma de hablar. Se defiende el realismo de la fe bíblica, nada más. (*Cfr. Fe, verdad y tolerancia - variaciones sobre fe, religión y cultura. Págs 83-85 y 94*)

Cristo no es una de las múltiples formas finitas en que se manifiesta lo Divino, y en las cuales aprendemos a vislumbrar lo Infinito. *Cristo no es una “manifestación” de lo Divino sino que él es Dios.* En Cristo mostró Dios su rostro. El que lo ve ha visto al Padre (Juan 14, 9).

La tercera etapa de la des-helenización se está difundiendo actualmente. Ante el encuentro entre múltiples culturas, se suele decir hoy que la síntesis con el helenismo en la Iglesia antigua fue una primera inculturación, que no debería ser vinculante para las demás culturas. Éstas deberían tener derecho a volver atrás, hasta el momento previo a dicha inculturación, para descubrir el mensaje puro del Nuevo Testamento e inculturarlo de nuevo en sus ambientes respectivos. *Esta tesis no es del todo falsa, pero sí rudimentaria e imprecisa.* En efecto, el Nuevo Testamento fue escrito en griego e implica el contacto con el espíritu griego, un contacto que había madurado en el desarrollo

precedente del Antiguo Testamento. Ciertamente, *en el proceso de formación de la Iglesia antigua hay elementos que no deben integrarse en todas las culturas. Sin embargo, las opciones fundamentales que atañen precisamente a la relación entre la fe y la búsqueda de la razón humana forman parte de la fe misma, y son un desarrollo acorde con su propia naturaleza.*

CONCLUSIONES

La crítica que Benedicto XVI hace en Ratisbona de la razón moderna, o de la razón ilustrada, desde su propio interior, no comporta que debemos regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando de plano las convicciones de la época moderna. Se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu: todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado en la humanidad. La razón ilustrada y el pensamiento científico tienen algo a su favor: *funcionan*. Los aviones vuelan, la cirugía laser es efectiva, los ordenadores y los móviles funcionan, es posible comunicarse en tiempo real a grandes distancias, y qué sé yo cuantas cosas más.

El cristianismo, desde el principio, se ha comprendido a sí mismo como la religión del «Logos», como la religión según la razón. No ha encontrado sus precursores entre las otras religiones, sino en esa ilustración filosófica que ha

limpiado el camino de las tradiciones para salir en búsqueda de la verdad y del bien, del único Dios que está más allá de todos los dioses.

En cuanto religión de los perseguidos, en cuanto religión universal, siempre ha definido a los hombres, a todos los hombres sin distinción, como criaturas de Dios e imagen de Dios, proclamando para todos la misma dignidad.

En este sentido, *la ilustración es de origen cristiano* y no es casualidad el que haya nacido única y exclusivamente en el ámbito de la fe cristiana, allí donde el cristianismo, contra su naturaleza y por desgracia, se había vuelto tradición y religión del estado, y se había domesticado la voz de la razón.

Ha sido y es mérito de la Ilustración el haber replanteado estos valores originales del cristianismo y el haber devuelto a la razón su propia voz. *El Concilio Vaticano II, en la constitución sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, ha subrayado nuevamente esta profunda correspondencia entre cristianismo e Ilustración, buscando llegar a una verdadera conciliación entre la Iglesia y la modernidad, que es el gran patrimonio que ambas partes deben tutelar. (Europa en la crisis de las culturas. conferencia impartida por el cardenal Joseph Ratzinger el 1 de abril de 2005 en Subiaco, en el monasterio de Santa Escolástica, al recibir el premio «San Benito por la promoción de la vida y de la familia en Europa».)*

*No se trata de retroceder o hacer una crítica negativa, sino **ampliar nuestro concepto de razón y de su uso.** Porque, a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, vemos también los peligros que surgen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos.*

¿Cuáles son los peligros o amenazas de esta racionalidad científica?

1º Desequilibrio entre las posibilidades técnicas y la fuerza o energía moral

Las posibilidades del hombre y su dominio sobre la materia aumentaron de manera verdaderamente impresionante. La razón orientada totalmente a enseñorearse del mundo no acepta ya límites. Está a punto de tratar al hombre mismo como simple materia de su producción y de su poder.

Se piensa que la capacidad del hombre consiste en su capacidad de acción. Lo que se sabe hacer, se puede hacer. Pero el hombre sabe hacer muchas cosas, y sabe hacer cada vez más cosas; y si este saber hacer no encuentra su medida en una norma moral, se convierte, como ya lo podemos ver, en poder de destrucción. (Europa en la crisis de las culturas. Conferencia de Subiaco)

Nuestro conocimiento aumenta, pero al mismo tiempo se produce una progresiva ceguera de la razón con respecto a sus mismos fundamentos, con

respecto a los criterios que le dan orientación y sentido. (*Discurso a la Curia Romana del 22 de Diciembre*)

La fuerza moral no ha crecido junto al desarrollo de la ciencia; más bien ha disminuido, porque la mentalidad técnica encierra a la moral en el ámbito subjetivo, cuando, por el contrario, lo que necesitamos es justamente una moral pública, una moral que sepa responder a las amenazas que se ciernen sobre la existencia de todos nosotros. (*Europa en la crisis de las culturas. Conferencia de Subiaco*)

2 Pretende ser una racionalidad universal y autosuficiente, pero reduce la racionalidad a lo comprobable experimentalmente.

Esta racionalidad científica occidental quiere proponerse como universal (como la única expresión válida de la razón común a todos los hombres) completa y autosuficiente (puramente científica, sin necesidad de ser completada por otros factores culturales, no tiene necesidad alguna de raíces fuera de sí) generando un nuevo estilo de vida, pues, gracias a la técnica, posibilitada por la ciencia, imprime su sello a todo el mundo y hasta cierto punto uniformiza.

La racionalidad científica actual quiere presentarse como una filosofía universalmente válida y totalmente científica, en la que se expresaría la razón común a todos los hombres. Sin embargo, no puede considerarse como

la última palabra de la razón común de todos los hombres, porque está basada en una auto-limitación de la razón. No expresan la razón completa del hombre, sino únicamente una parte de ella, y, a causa de esta mutilación de la razón, no puede ser considerada como auténticamente racional.

Esta limitación de la razón a lo experimentable y controlable es correcta, útil y necesaria en el ámbito específico de las ciencias naturales y constituye la clave de su incesante desarrollo. Pero si es considerada como la forma única e ineludible del pensar humano, si viene universalizada y considerada absoluta y autosuficiente, una limitación así se vuelve insostenible, deshumana y al final contradictoria. Una razón que se limita de esta manera a sí misma es una razón amputada.

La racionalidad científica en su ámbito funciona. El peligro está en elevarla a los altares y convertirla en criterio único y absoluto de verdad.

Si el hombre no puede preguntar racionalmente acerca de las cosas esenciales de su vida, sobre su origen y sobre su fin, sobre el deber moral, sobre la vida y sobre la muerte, y tiene que dejar estos problemas decisivos a merced de un sentimiento separado de la razón, entonces el hombre no está exaltando la razón sino deshonrándola.

La separación y falta de comunicación del ámbito subjetivo y el objetivo,

entre el sentimiento y la razón, divide y casi desintegra al hombre provocando la patología tanto de la religión – que separada de la racionalidad, fácilmente degenera en la superstición, en el fanatismo y en el fundamentalismo – como de la ciencia, que se dirige fácilmente contra el hombre cuando se separa de la ética y en concreto del reconocimiento del sujeto humano como aquel que no puede jamás ser reducido a instrumento (*Cfr La fe entre la razón y el sentimiento, en “Fe, Verdad y Tolerancia” pág. 138*).

Precisamente la pretensión de que la única realidad sea la que es experimentable y calculable lleva además fatalmente a reducir al sujeto humano a un producto de la naturaleza, como tal no libre y susceptible de ser tratado como cualquier otro animal. Se tiene así una inversión total del punto de partida de la cultura moderna, que consistía en la reivindicación del hombre y de su libertad.

3º Excluye a Dios de la conciencia pública

La razón ilustrada occidental es positivista y anti-metafísica, por tanto, Dios no puede tener en ella ningún lugar. Excluye a Dios de la conciencia pública, ya sea negándole totalmente, ya sea juzgando que su existencia no es demostrable, sino incierta, y por tanto, perteneciente al ámbito de las decisiones subjetivas, algo de todos modos irrelevante para la vida pública.

El rechazo de la referencia a Dios en la antigua Constitución Europea, no es expresión de una tolerancia que quiere proteger la dignidad de los ateos y de los agnósticos, sino más bien la expresión de una conciencia que quiere ver a Dios cancelado definitivamente de la vida pública de la humanidad, encerrado en el ámbito subjetivo de culturas residuales del pasado. (Cfr. *Europa en la crisis de las culturas*)

Dios queda excluido de la cultura y de la vida pública, y la fe en él resulta más difícil, entre otras razones porque vivimos en un mundo que se presenta casi siempre como obra nuestra, en el cual, por decirlo así, Dios no aparece ya directamente, da la impresión de que ya es superfluo, más aún, extraño.

Este tipo de cultura representa un corte radical y profundo no sólo con el cristianismo, sino, más en general, con las tradiciones religiosas y morales de la humanidad. De este modo, no es capaz de entablar un verdadero diálogo con las demás culturas, en las que la dimensión religiosa está fuertemente presente; y no puede responder a los interrogantes fundamentales sobre el sentido y sobre la dirección de nuestra vida. (Discurso de Verona en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana)

Las culturas profundamente religiosas del mundo consideran que precisamente esta exclusión de lo divino de la universalidad de la razón constituye un ataque a sus convicciones más íntimas. Una ra-

zón que sea sorda a lo divino y relegue la religión al ámbito de las subculturas, es incapaz de entrar en el diálogo de las culturas.

Por eso, *esta cultura está marcada por una profunda carencia, pero también por una gran necesidad inútilmente escondida de esperanza.*

¿Cual es esta esperanza, cual la propuesta de Benedicto XVI? “Ensanchar los espacios de nuestra racionalidad y volver a abrirla a las grandes cuestiones de la verdad y del bien”.

Esto sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir sus horizontes en toda su amplitud.

Escuchar las grandes experiencias y convicciones de las tradiciones religiosas de la humanidad, especialmente las de la fe cristiana, constituye una fuente de conocimiento; oponerse a ella sería una grave limitación de nuestra escucha y de nuestra respuesta. (Ratisbona).

“La fe en el Dios que es en persona la Razón creadora del universo debe ser acogida por la ciencia de modo nuevo como un desafío y una oportunidad. Recíprocamente, esta fe debe reconocer nuevamente su intrínseca amplitud y su propia racionalidad. La razón necesita el Logos que está en el inicio y es

nuestra luz; la fe, por su parte, necesita el coloquio con la razón moderna para darse cuenta de su propia grandeza y corresponder a sus responsabilidades. Esto es lo que traté de poner de relieve en mi lección magistral en Ratisbona.” (*Dice Benedicto XVI en su discurso a la Curia Romana el 22 de Diciembre de 2006*). No es una cuestión puramente académica; en ella está en juego el futuro de todos nosotros.

El cristianismo es la religión del «logos». Es fe en el Espíritu creador, del que procede todo lo que existe. Está abierto a todo lo que es verdaderamente racional. Los discípulos de Cristo reconocen y acogen de buen grado los auténticos valores de la cultura de nuestro tiempo, como el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico, los derechos del hombre, la libertad religiosa y la democracia. La obra de evangelización nunca consiste sólo en adaptarse a las culturas, sino que siempre es también una purificación, un corte valiente, que se transforma en maduración y saneamiento, una apertura que permite nacer a la “nueva criatura” (2 Co 5, 17; Ga 6, 15) que es el fruto del Espíritu Santo. (*Discurso de Verona en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana*)

Para mostrar la posibilidad y fecundidad de este encuentro entre fe y razón J. Ratzinger concentra la atención sobre la estructura misma y sobre los presupuestos de la conciencia científica y en particular sobre la posición que quiere hacer de la

teoría de la evolución la explicación – al menos potencialmente universal – de toda la realidad.

La conciencia científica moderna y actual se caracteriza por el empleo de las matemáticas para poder actuar con la naturaleza y poner a nuestro servicio sus inmensas energías.

La matemática como tal es una creación de nuestra inteligencia, fruto puro y “abstracto” de nuestra racionalidad. *La correspondencia entre sus estructuras y las estructuras reales del universo que es el presupuesto de todos los modernos desarrollos científicos y tecnológicos, ya expresamente formulado por Galileo Galilei con la célebre afirmación de que el libro de la naturaleza está escrito en lenguaje matemático suscita nuestra admiración y plantea un gran interrogante.*

En efecto, implica que el universo mismo está estructurado de manera inteligente, de modo que existe una correspondencia profunda entre nuestra razón subjetiva y la razón objetiva de la naturaleza. Así resulta inevitable preguntarse si no debe existir una única inteligencia originaria, que sea la fuente común de una y de otra. De este modo, precisamente la reflexión sobre la estructura, los presupuestos y el desarrollo de las ciencias nos remite al Logos creador. (*Discurso de Verona en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana*).

Con respecto a la teoría de la evolución, tendremos que decir que, si se concibe como teoría universal acerca de toda la realidad, más allá de la cual ya no sean admisibles o necesarias ulteriores preguntas sobre el origen y la naturaleza de las cosas, sobrepasa ya el ámbito de lo investigable por las ciencias naturales y nos sitúa en el terreno de la filosofía. (*Discurso de la Sorbona en Fe, Verdad y Tolerancia págs. 156 y ss*)

El núcleo de la cuestión está en saber si la razón, o lo racional, se hallan o no en el comienzo de todas las cosas y como fundamento de las mismas.

En la explanada de Islinger el Santo Padre se hizo una pregunta –“¿Qué existió primero?”- e indicó las dos posibles repuestas: “La Razón creadora, el Espíritu que obra todo y suscita el desarrollo, o la Irracionalidad que, carente de toda razón, produce extrañamente un cosmos ordenado matemáticamente, al igual que el hombre y su razón”. Esta segunda respuesta es, sin embargo, ilógica, en cuanto que nuestra razón sería sólo el fruto casual de la evolución y, por lo tanto, fruto de un proceso irracional.

Esta pregunta última, como se dijo, ya no puede resolverse con argumentos tomados de las ciencias naturales, y el mismo pensamiento filosófico se encuentra aquí con sus límites. En este sentido, no se puede brindar una prueba última de la opción cristiana fundamental. Pero ¿puede acaso la razón, sin

negarse a sí misma, renunciar a la prioridad de lo racional sobre lo irracional, a la existencia original del logos?

La fe cristiana, cree “que en el origen está el Logos eterno, la Razón Creadora, y no la Irracionalidad”.

Por su opción en favor de la primacía de la razón, el cristianismo sigue siendo aún hoy “ilustración”, y pienso que cualquier ilustración que elimine esta opción, contrariamente a las apariencias, no significaría una evolución sino una involución de la ilustración. (*Discurso de la Sorbona en Fe, Verdad y Tolerancia págs. 157-159*).

La opción cristiana por el “Logos no es el objeto de una demostración apodíctica, pero la racionalidad del universo no se puede explicar con criterios ajenos a la razón. Por eso, la opción cristiana por el Logos, que está en el origen de toda realidad, sigue siendo, desde el punto de vista racional, “la hipótesis más sensata”, aunque es una hipótesis que exige de parte del hombre y de su razón “renunciar a una posición dominante y aceptar el riesgo de una simple escucha”.

Benedicto XVI defiende la primacía del “Logos”. “No actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios”, pero no es racionalista. Considera que el racionalismo neo-escolástico ha fracasado, ese racionalismo que con una razón estrictamente independiente de la fe, quiso demostrar los preámbulos de la fe, por ejemplo la existencia de

Dios. Y todos los intentos que vayan por el mismo camino sufrirán el mismo fracaso. La filosofía no puede ser fundamento de la fe si se concibe como fundamento absolutamente independiente de la fe, porque, de lo contrario, nuestra fe se apoyaría últimamente en teorías filosóficas cambiantes.

Las grandes cuestiones del hombre y de Dios, en cuanto involucran inevitablemente el sentido y la dirección de nuestra vida, nos ponen en juego a nosotros mismos y, por tanto, aunque requiriendo todo el rigor y la capacidad críticas de nuestra inteligencia, no pueden ser decididas independientemente de las opciones según las cuales orientamos nuestra misma existencia.

Especialmente en el actual clima cultural, el hombre con sus propias fuerzas no llega a hacer completamente propia la “hipótesis más sensata”, pues está como prisionero de una *extraña penumbra* que pesa sobre la cuestión de las realidades eternas, y de los empujes a vivir según los propios intereses, prescindiendo de Dios y de la ética. Solamente la iniciativa de Dios, que en Cristo se acerca al hombre y lo llama a acercarse a Él, nos

hace plenamente capaces de superar esta penumbra.

La lección de Ratisbona nos invita a ensanchar los espacios de nuestra racionalidad, volver a abrirla a las grandes cuestiones de la verdad y del bien, conjugar entre sí la teología, la filosofía y las ciencias, respetando plenamente sus métodos propios y su recíproca autonomía, pero siendo también conscientes de su unidad intrínseca. Se trata de una tarea que tenemos por delante, una aventura fascinante en la que vale la pena embarcarse, para dar nuevo impulso a la cultura de nuestro tiempo y para hacer que en ella la fe cristiana tenga de nuevo plena ciudadanía. (*Cfr. Discurso de Verona*)

La fuerte unidad que se realizó en la Iglesia de los primeros siglos entre una fe amiga de la inteligencia y una praxis de vida caracterizada por el amor mutuo y por la atención solícita a los pobres y a los que sufrían, hizo posible la primera gran expansión misionera del cristianismo en el mundo helenístico-romano. Así sucedió también posteriormente, en diversos contextos culturales y situaciones históricas. Éste sigue siendo el camino real para la evangelización.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

XC Asamblea General de la Conferencia Episcopal Española

Discurso de Mons. Ricardo Blázquez Pérez, Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Obispo de Bilbao

Queridos hermanos en el episcopado, Señoras y Señores:

Al comenzar la presente Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, reciban todos mi saludo cordial. Doy la bienvenida a los Señores Cardenales, Arzobispos y Obispos; este encuentro nos ofrece la oportunidad de escucharnos mutuamente, deliberar con detenimiento y adoptar las eventuales decisiones sobre las cuestiones pastorales que a todos nos conciernen. Saludo con afecto al Señor Nuncio; su presencia en la sesión inaugural es una ocasión oportuna para a través de él manifestar al Papa, Benedicto XVI, nuestra cordial, honda y obediente comunión. Saludo con gratitud a los colaboradores de la Conferencia Episcopal, sin cuya leal y eficaz ayuda no podría cumplir adecuadamente su cometido. Con afecto y respeto saludo a los periodistas, que cubren la información sobre nuestros trabajos, y deseo que mi saludo llegue también a cuantos recibían su comunicación.

El día 17 de octubre nombró el Papa Cardenales al Sr. Arzobispo de Valencia, Mons. Agustín García-Gasco, y al Sr. Arzobispo de Barcelona,

Mons. Lluís Martínez Sistach; la elección es un reconocimiento de sus personas y de sus diócesis. Fue elegido también Cardenal el padre Urbano Navarrete, nacido en Camarena de la Sierra (Teruel); excelente profesor de Derecho Canónico y reconocido maestro de canonistas en la Pontificia Universidad Gregoriana, de la que fue también Rector; la designación muestra la gratitud del Papa a su largo, cualificado y fiel servicio a la Iglesia. En esta apertura de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española reitero en nombre propio y en el de la Conferencia nuestra cordial felicitación a los tres nuevos Cardenales. Con palabras del Papa pedimos al Señor que “sepan testificar con valor en toda circunstancia su amor a Cristo y a la Iglesia”.

Felicito al P. Martínez Camino, que ha sido nombrado anteayer Obispo Auxiliar de Madrid.

1.- Beatificación de 498 mártires.

El día 28 de octubre fue un día luminoso por fuera y por dentro; un sol radiante brillaba en la plaza de San Pedro en Roma y un gozo grande llenaba el

corazón de los participantes. Fueron beatificados 498 mártires del siglo XX en España; 2 Obispos (Ciudad Real y Cuenca), 24 sacerdotes diocesanos; 462 religiosos y religiosas, 1 diácono, 1 subdiácono, 1 seminarista y 7 laicos. Prácticamente todas las diócesis estaban concernidas de cerca, o porque en ellas nacieron, o porque en sus ámbitos desarrollaron su misión, o porque en ellas dieron el supremo testimonio a nuestro Señor Jesucristo. En consonancia con esta amplitud de lugares de origen, de ejercicio de su vocación y de su amanecer a la vida eterna (el martirio era celebrado en la Iglesia antigua como “dies natalis”), tomaron parte en la celebración casi todos los Obispos de la Conferencia Episcopal Española, mostrando así que la Iglesia local es la “patria de todas las vocaciones”.

El excelente libro, publicado por EDICE y editado por la Directora de la Oficina para las Causas de los Santos, *Quiénes son y de dónde vienen. 498 mártires del siglo XX en España*, con el estilo específico del martirologio, nos informa suficientemente acerca de la trayectoria de cada uno de los mártires, cuyos nombres ya están escritos en el libro de la vida (cf. *Apoc* 3,5). Haciéndome eco de la Conferencia Episcopal, quiero expresar el agradecimiento a Dña. M^a Encarnación González por el trabajo generoso, diligente y esforzado que culminó en la beatificación del día 28. La fiesta litúrgica de los nuevos beatos fue fijada por el Santo Padre, Benedicto XVI, para el 6 de noviembre en los lu-

gares y modos establecidos por el derecho.

Los historiadores españoles y extranjeros han estudiado mucho y previsiblemente continuarán estudiando lo que aconteció en España en el decenio de los treinta; la bibliografía es abundantísima. Fue un periodo agitado y doloroso de nuestra historia; la convivencia social se rompió hasta tal punto que en guerra fratricida lucharon unos contra otros. Con sus conclusiones los investigadores nos ayudan a comprender hechos y datos, causas y consecuencias; sus interpretaciones, debidamente contrastadas, nos acercan con la mayor objetividad posible a la realidad muy compleja. Deseamos que se haga plena luz sobre nuestro pasado: Qué ocurrió, cómo ocurrió, por qué ocurrió, qué consecuencias trajo. Esta aproximación abierta, objetiva y científica evita la pretensión de imponer a la sociedad entera una determinada perspectiva en la comprensión de la historia. La memoria colectiva no se puede fijar selectivamente; es posible que sobre los mismos acontecimientos existan apreciaciones diferentes, que se irán acercando si existe el deseo auténtico de comprender la realidad.

Cada grupo humano -una sociedad concreta, la Iglesia católica en un espacio geográfico, una congregación religiosa, un partido político, un sindicato, una institución académica- tienen derecho a recordar su historia, a cultivar su memoria colectiva, ya que

de esta manera profundizan también en su identidad. La Iglesia católica, por ejemplo, en el Concilio Vaticano II buscó su reforma y renovación volviendo a las fuentes. Este conocimiento que actualiza el pasado, además de ensanchar la conciencia compartida por el grupo, puede sugerir actuaciones de cara al futuro, ya que memoria y esperanza están íntimamente unidas. Pero no es acertado volver al pasado para reabrir heridas, atizar rencores y alimentar desavenencias. Miramos al pasado con el deseo de purificar la memoria, de corregir posibles fallos, de buscar la paz. Recordamos sin ira las etapas anteriores de nuestra historia, sin ánimo de revancha, sino con la disponibilidad de afirmar lo propio y de fomentar al mismo tiempo el respeto a lo diferente, ya que nadie tiene derecho a sofocar los legítimos sentimientos de otro ni a imponerle los propios. La búsqueda de la convivencia en la verdad, la justicia y la libertad debe guiar el ejercicio de la memoria. Con las siguientes palabras expresó lo que venimos diciendo Mons. Antonio Montero, Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz, en su extraordinaria obra presentada en su momento como tesis doctoral en la Universidad Pontificia de Salamanca: “Que los hechos se conozcan bien, pero desprovistos en todo lo posible de cualquier fermento pasional” (*Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, Madrid 1961, p. VIII). Y alguien, que perdió a sus padres profundamente católicos en aquella persecución, ha afirmado en manifestaciones recientes:

“Un cristiano no puede dejarse llevar del odio, aunque sea en nombre de la justicia”.

Al recordar la historia nos encontraremos seguramente con hechos que marcaron el tiempo y con personas relevantes. En muchas ocasiones tendremos motivos para dar gracias a Dios por lo que se hizo y por las personas que actuaron; y probablemente en otros momentos, ante actuaciones concretas, sin erigirnos orgullosamente en jueces de los demás, debemos pedir perdón y reorientarnos, ya que la “purificación de la memoria”, a que nos invitó Juan Pablo II, implica tanto el reconocimiento de las limitaciones y de los pecados como el cambio de actitud y el propósito de la enmienda. No es casual coincidencia que entre las celebraciones del Año Jubilar adquirieran un sentido peculiar tanto la conmemoración de los testigos de la fe del siglo XX, en el marco incomparable del Coliseo de Roma, como la impresionante celebración del perdón el primer domingo de Cuaresma en la basílica de San Pedro, en que el Papa, abrazado a la cruz del Señor, pidió perdón por los pecados de los hijos de la Iglesia. Ya antes, en la Carta apostólica *Tertio Millenio Adveniente* nn. (33-37), en el umbral del tercer milenio, exhortó a que la Iglesia se preparara para reconocer las “formas de antitestimonio y de escándalo” por haberse alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, y al mismo tiempo declaró que era preciso que las Iglesias locales no perdieran

“el recuerdo de quienes han sufrido el martirio”; máxime teniendo presente que, en el siglo pasado, la Iglesia ha sido de nuevo Iglesia de mártires. Los que nos han precedido como cristianos en la Iglesia pueden haber sido testigos luminosos del Evangelio, y en otras ocasiones pueden haber realizado lo que el Evangelio desapruueba. Todos nosotros, conscientes de nuestra fragilidad, debemos pedir diariamente a Dios Padre que nos libre de caer en la tentación.

La Conferencia Episcopal Española, sintonizando con el espíritu de Juan Pablo II, hizo público poco antes de cruzar el umbral del año 2000 un documento titulado *La fidelidad de Dios dura siempre. Mirada de fe al siglo XX* (20 de noviembre de 1999), en que se unían pasado, presente y futuro como en el canto del Magníficat de la Virgen María. Acción de gracias por los dones recibidos, reconocimiento de nuestros pecados y petición de perdón, y confianza en las promesas de Dios. De aquel documento son las siguientes palabras que pertenecen a la segunda parte: “También España se vio arrasada a la guerra civil más destructiva de su historia. No queremos señalar culpas de nadie en esta trágica ruptura de la convivencia entre los españoles. Deseamos más bien pedir el perdón de Dios para todos los que se vieron implicados en acciones que el Evangelio reprueba, estuvieran en uno u otro lado de los frentes trazados por la guerra. La sangre de tantos conciudadanos nues-

tros derramada como consecuencia de odios y venganzas, siempre injustificables, y en el caso de muchos hermanos y hermanas como ofrenda martirial de la fe, sigue clamando al Cielo para pedir la reconciliación y la paz. Que esta petición de perdón nos obtenga del Dios de la paz la luz y la fuerza necesarias para saber rechazar siempre la violencia y la muerte como medio de resolución de las diferencias políticas y sociales” (n. 14). Debemos estudiar la historia para conocerla siempre mejor; y una vez leídas sus páginas, aprendamos sus principales lecciones: La convivencia de todos en las diversidades legítimas, la afirmación de la propia identidad de manera no agresiva sino respetuosa de otras, la colaboración entre todos los ciudadanos para construir la casa común sobre los cimientos de la justicia, de la libertad y de la paz. Recordamos la historia no para enfrentarnos sino para recibir de ella o la corrección por lo que hicimos mal o el ánimo para proseguir en la senda acertada.

La palabra mártir tiene varias acepciones en el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua. De las diferentes acepciones recuerdo ahora dos: 1) “Persona que padece muerte por amor de Jesucristo y en defensa de la religión cristiana”, y 2) “Persona que muere o padece mucho en defensa de otras creencias, convicciones y causas”. Aunque nosotros nos referimos a los mártires cristianos, mostramos nuestro respeto a las personas que han mantenido sus convicciones y han servido a sus

causas hasta afrontar las últimas consecuencias. La beatificación de los mártires por la autoridad apostólica de la Iglesia no supone desconocimiento ni minusvaloración del comportamiento moral de otras personas, sostenido con sacrificios y radicalidad. Ante toda persona que lucha honradamente por la libertad de los oprimidos, por la defensa de los pobres y por la solidaridad entre todos los hombres inclinamos nuestra cabeza, remitiendo a Dios el juicio último de su vida y de la nuestra.

Los mártires cristianos -también los 498 beatificados el día 28 de octubre- certifican con su muerte la importancia de la fe en Dios. Esta fe los orientó mientras vivían y, en sublime lección, afrontaron la muerte poniendo en manos de Dios su existencia entera, confiados en su amor y en su fidelidad. A la hora de la verdad, el poder de la fe fue para ellos lo decisivo. Con la luz y la fuerza de la fe pusieron en juego lo más personal y básico, es decir, la misma vida. Podemos decir con palabras de J. Ortega y Gasset pronunciadas en un contexto distinto: Los incitó a morir lo que los había excitado a vivir. Los mártires, situados ante la alternativa, no deseada ni provocada por ellos, de renegar de la fe en Dios y así salvar la vida, o de mantenerse adheridos al Señor y así perderla, prefirieron en un gesto admirable entregar la vida temporal, confiando que de su amor omnipotente recibirían la Vida eterna. En ellos se cumplieron literalmente las palabras de Jesús: “Quien pierda su vida

por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8,35). Comparadas con esa alternativa sobre la vida o la muerte, otras opciones de carácter cultural, político, ideológico, o social quedan en un nivel muy distinto. La fe en Dios, la confianza en la verdad del Evangelio, la esperanza en la Vida eterna, ejercieron sobre los mártires un poder que nos sobrecoge. El martirio es como un test que comprueba inequívocamente la calidad de un cristiano. La estatura espiritual y moral de los hombres alcanza en los mártires la talla suprema.

Los mártires, consiguientemente, nos interrogan acerca de la valentía y de la humildad de nuestra fe; y, por lo mismo, denuncian sin palabras los acomodados y componendas a que podemos someter la altísima relevancia de la fe. Benedicto XVI dijo el domingo 28 después de rezar el “ángelus”: “Damos gracias a Dios por el gran don de estos testigos heroicos de la fe que, movidos exclusivamente por su amor a Cristo, pagaron con su sangre su fidelidad a Él y a la Iglesia. Con su testimonio iluminan nuestro camino espiritual hacia la santidad, y nos alientan a entregar nuestras vidas como ofrenda de amor a Dios y a los hermanos”.

Los mártires proclaman con su sangre convertida en elocuente palabra: Podéis arrancarnos la vida, pero no la fe en Dios que nos ama; el poder de la Verdad, ejercido suavemente sobre nuestra conciencia, pone un límite infranqueable que nos fortalece para

no ceder ni a halagos ni a amenazas. Porque el alma sólo es de Dios, hay una zona en el centro de la personalidad del hombre donde únicamente Dios es el Señor; el hombre tiene las llaves de la puerta de su corazón que sólo libremente abre a Dios (cf. *Apoc* 3,20); los mártires tienen una zona reservada al amor a Dios y donde brilla la dignidad del hombre creado a su imagen y semejanza, que no pueden forzar ni la crueldad de los tormentos ni el temor a la muerte.

Me permito citar unas palabras muy atinadas, que unen teología, mística y poesía, de un eminente teólogo de nuestra Iglesia: “Esta divina palabra -Dios- no la podemos olvidar, ni asegurar como propiedad, ni usar como moneda de cambio para los gastos diarios. Tampoco podemos callarla, ni dejarla en vacío o arrojarla contra el prójimo. Tenemos que devolverle su peso y su luz, su lumbre y su gracia. Porque ella sigue siendo santa y santificadora, a pesar de haber sido manchada y ensangrentada por los hombres. Ha habitado en tantos corazones justos, ha suscitado tanto amor y esperanza, tanta paz y justicia, que al proferirla vienen a nosotros como olas bienhechoras toda la verdad, la compasión, todas las flores y frutos que han brotado en su seno” (O. González de Cardedal, *Dios*, Salamanca 2004, p. 9). Los mártires, siguiendo a Jesús, que dio un bello testimonio con su confesión ante Poncio Pilato (cf. *1 Tim* 6,13), profesaron

admirablemente la fe en Dios; en su corazón Dios se convirtió en fuente de amor, de valor, de serenidad, de esperanza y de perdón. Los mártires, que desde el principio de la historia de la Iglesia suscitaron la admiración no sólo de los hermanos cristianos sino también de los paganos, riegan y vivifican el árbol de la Iglesia. Con fórmula concisa expresó Tertuliano esta misteriosa fecundidad: La sangre de los mártires es como una semilla, la sangre de los mártires es semilla de cristianos.

Cuando el autor de la *Carta a los Hebreos* establece el contraste entre la antigua alianza sellada por Dios con Israel junto al monte Sinaí y la nueva alianza sellada con la humanidad, pondera entre otros elementos la excelencia de la sangre de Jesucristo, Mediador de la nueva y eterna alianza, sobre la sangre de Abel. La pasión de Jesús ha otorgado a sus palabras y a la Escritura entera su significación definitiva y salvífica. A diferencia de la sangre de Abel, que clamaba desde el suelo hasta Dios pidiendo venganza (cf. Gén 4,10), la sangre de Jesús habla mejor que la de Abel” (Heb 12,24): La voz que viene del cielo es en adelante la de la sangre de Jesús, que ofrece perdón (cf. A. Vanhoye, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo*, Salamanca 1984, pp. 215-216). Porque Jesús el Maestro murió perdonando (cf. Lc 23,34), lo imitaron desde el principio (cf. Act 7,60), y fueron sus discípulos invitados a bendecir a los perseguidores (cf. Rom 12,14). Como

Dios estaba en Cristo perdonando a la humanidad, puso en boca del Apóstol “la palabra de la reconciliación” (cf. 2 Cor 5,19). Llama la atención que el ofrecimiento del perdón a los perseguidores haya sido una constante, a veces con expresiones bellísimas, de nuestros mártires.

Los mártires, habiendo sido perdonados y queridos por Dios, ofrecen también el perdón. No denuncian ni señalan a nadie, no guardan rencor en su corazón; siguiendo a Jesús, su sangre pronuncia también una palabra de perdón. Esta reacción de los mártires es de una generosidad humanamente incomprensible; sólo puede explicarse porque el Espíritu del Amor, el Espíritu de Jesucristo, alienta en su corazón. Apoyados en la conducta de los mártires, que murieron perdonando, se afirmó reiteradamente en la beatificación y en su entorno anterior y posterior este mensaje: La beatificación de los mártires no va contra nadie, a nadie se echa en cara su muerte, a nadie se acusa, a nadie se pide cuentas. He aquí algunas expresiones autorizadas de la coherencia que debe existir entre la conducta de los mártires y la nuestra: “Con sus palabras y gestos de perdón hacia sus perseguidores, nos impulsan a trabajar incansablemente por la misericordia, la reconciliación y la convivencia pacífica” (Benedicto XVI). “Su muerte constituye para todos un importante acicate que nos estimula a superar divisiones, a revitalizar nuestro compromiso eclesial y social, buscando siempre

el bien común, la concordia y la paz” (Card. T. Bertone). “Los mártires, que murieron perdonando, son el mejor aliento para que todos fomentemos el espíritu de reconciliación” (Mensaje de la Conferencia Episcopal Española del día 26 de abril de 2007). Su muerte es una siembra de paz y de reconciliación generosa entre todos. Hacemos memoria de un capítulo de la historia de nuestra Iglesia, muy doloroso en su tiempo y hoy hondamente gozoso, que nos invita a asimilar la magnífica lección de fe en Dios y de misericordia que nos dejaron los mártires. ¡Que su ejemplo e intercesión nos fortalezcan en la transmisión de la fe, en la comunión eclesial, en la colaboración al bien común de la sociedad y en los trabajos por la paz!

Los mártires nos enseñan a mantener la fidelidad a Dios, el amor a Jesucristo y el servicio a los hombres, no sólo en el último trance y en las situaciones cruciales de la vida, sino también en la existencia cotidiana. Frente al desgaste por el paso del tiempo y contra la amenaza de la rutina, la entereza de los mártires nos invita a superar la mediocridad. La fidelidad sacrificada y constante tiene que ver también con lo heroico. ¡Que el discurrir ordinario y a veces monótono de la vida no trivialice el amor sino lo acrisole!

Los mártires reflejan la vitalidad de nuestras diócesis y congregaciones religiosas en las que o bien nacieron y crecieron en la fe, cumplieron su misión

o rindieron el supremo testimonio de amor a nuestro Señor Jesucristo. En la hora de la prueba definitiva sorprende el vigor de su fe. Estos mártires son nuestros y dignifican a nuestras familias y comunidades cristianas, pero no son patrimonio exclusivo de nuestras Iglesias locales, ya que pertenecen a

Jesucristo y por ello a la Iglesia universal. Más aún, tienen mucho que decir a nuestra sociedad y a toda la humanidad, ya que su grandeza moral levanta la calidad del mundo; su forma de morir nos dice que merece la pena buscar la fuente de donde mana semejante generosidad y entrega.

***Discurso de Mons. Manuel Monteiro de Castro,
Arzobispo titular de Benvenuto, Nuncio Apostólico de Su Santidad en España.***

Excmo. Señor Presidente, Emmos. señores Cardenales, Excmos. señores Arzobispos y Obispos, Hermanos y hermanas:

Agradezco al Excelentísimo y Reverendísimo señor Don Ricardo Blázquez Pérez, Presidente de la Conferencia Episcopal Española, su invitación a participar en esta sesión inaugural de su Asamblea Plenaria. Transmito a todos ustedes, a las Iglesias que el Señor les ha encomendado y a todos los presentes, el saludo y la bendición del Santo Padre, a quien tengo el honor de representar en España.

Permítanme, en primer lugar, que exprese en público mi felicitación a los dos nuevos señores Cardenales, cuya elección, además de un honor para sus personas y para las Iglesias particulares de Valencia y de Barcelona, indica un aprecio especial del Santo Padre a la Iglesia que camina en España. Que la Santísima Virgen les proteja para que puedan prestar al Santo Padre el nuevo

servicio que les encomienda, tan unido a su persona. Felicito también al Secretario General, cuyo nombramiento como Obispo auxiliar de Madrid ha sido hecho público anteayer.

Vigésimo quinto aniversario de la primera visita del Siervo de Dios, Juan Pablo II, a España

Se acaban de cumplir veinticinco años de la primera y esperada visita pastoral del Santo Padre, Juan Pablo II, a España, quien durante diez largos e intensos días recorrió los cuatro puntos cardinales de España y pronunció cuarenta y siete discursos, homilías o alocuciones, en las que iluminó todos los campos de la vida y actividad de la Iglesia, así como de los trabajos y preocupaciones de los hombres.

Al dirigirles mi saludo en el comienzo de la Asamblea Plenaria, les invito a todos ustedes a que vuelvan a leer y hacer presente el discurso que dirigió a los miembros de la Conferencia Episcopal

Española en esta misma Aula el día 31 de octubre de 1982. De los Obispos presentes en el Aula aquel día, sólo seis son actualmente miembros de pleno derecho de la Conferencia Episcopal Española. Otros son ya Obispos eméritos. No quiero repetirles ahora el discurso ni hacer una exégesis del mismo, pero sí recordar algunos puntos fundamentales que pueden ser de utilidad para todos.

Juan Pablo II tuvo como línea maestra de su discurso la Constitución *Lumen gentium* y el Decreto *Christus Dominus*, del Concilio Vaticano II. Del triple *munus* episcopal, el primero es el oficio de santificar: los Obispos, dispensadores de la gracia, no son sólo administradores de los sacramentos y predicadores, sino que santifican a sus fieles también con su ejemplo y santidad. Esta es la tarea principal del Obispo: ser un hombre de Dios, compasivo y sacrificado, ser maestro de oración, ser el liturgo de su diócesis, que impulsa y dirige el culto divino en su Iglesia local.

Destacó después el papel de maestros y predicadores del Evangelio. Este oficio comporta para el Obispo una grave responsabilidad en la transmisión de la doctrina católica, en comunión con el Sucesor de Pedro. Juan Pablo II enumeró algunos campos de actuación del Obispo en este ámbito: predicación, cartas pastorales, uso de los medios de comunicación y relaciones con los teólogos, tanto para animarlos como para

ayudarles a corregir, si fuera necesario, eventuales desviaciones.

El oficio del Obispo es descrito también en las palabras del Papa como una *diaconía*. Una vida de servicio al Pueblo de Dios que se les encomendó, una vida al servicio de la unidad, que es unidad en Cristo y en su doctrina, en la fe y en la moral, en los sacramentos, en la obediencia a la jerarquía, en los medios comunes de santidad y en las grandes normas de disciplina.

Por último, los Obispos han de ser pastores dedicados y vigilantes, es decir, han de ser Padres y Pastores.

Juan Pablo II quiso concluir su encuentro con los Obispos haciendo una fuerte llamada a la esperanza, con una frase repetida posteriormente: *tengo confianza y espero mucho de la Iglesia en España*, aludiendo a que una Iglesia que ha producido tantos santos a lo largo de su historia, no ha podido agotar su riqueza espiritual y eclesial.

Los 498 mártires beatificados el pasado 28 de octubre -entre ellos los Obispos de Cuenca y de Ciudad Real-, han de ser un estímulo en la hora presente para que todos, los primeros los Obispos, seamos testigos del Evangelio de Jesucristo y del amor de Dios en la circunstancia presente.

A la intercesión de la Santísima Virgen y de los nuevos beatos, encomiendo los trabajos de esta Asamblea Plenaria.

Exhortación pastoral con motivo del 40 aniversario de la Encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI y en el 20 aniversario de la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* de Juan Pablo II

«*Para que tengan vida en abundancia*» (Jn 10, 10)

I.- Gozoso aniversario

1.- Celebramos con gozo, en este año 2007, el 40 aniversario de la publicación de la *Encíclica Populorum Progressio* de Pablo VI (26 de marzo de 1967), que coincide con el 20 aniversario de la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* de Juan Pablo II (30 de diciembre de 1987). Se trata de dos documentos relevantes del Magisterio social de la Iglesia.

Efectivamente, la Encíclica *Populorum Progressio* sigue sorprendiéndonos por su gran actualidad. Los temas vertebradores de su enseñanza giran alrededor del desarrollo integral del ser humano y de los pueblos de la tierra; la llamada a dar respuesta a los retos que desafían a la justicia internacional y el compromiso de la Iglesia ante este desarrollo ejerciendo como abogada de los pobres; y que las personas sean artífices de su propio desarrollo. Las directrices de acción encaminadas a resolverlos continúan siendo hoy los grandes temas de la justicia social internacional. Su luminosa directriz «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz»¹ es de plena vigencia. Siguiendo en la misma línea, la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* destaca el carácter moral del verdadero de-

sarrollo y afirma que la paz es fruto de la solidaridad².

Por esta razón queremos conmemorar y celebrar este aniversario, de manera que pueda contribuir a subrayar algunas de sus enseñanzas que nos parecen más necesarias en el momento actual. Siguiendo a Benedicto XVI, destacamos como prioridades la vivencia de la comunión eclesial y la misión evangelizadora en el mundo. Así lo ha subrayado el actual Papa en su primera Carta encíclica *Deus Caritas est*, al indicar que la misión de la Iglesia en el mundo consiste en mostrar el amor de Dios a la humanidad a través del amor de los cristianos en la vida diaria.

2.- La proclamación del Evangelio, que es parte esencial de la misión eclesial, se realiza mediante el «testimonio y la palabra». La celebración del 40 aniversario nos permite unir la *palabra* de la enseñanza social de la Iglesia y el *testimonio* de las comunidades e instituciones eclesiales al servicio de la acción caritativa y social.

No queremos que pase este acontecimiento sin manifestar a las comunidades cristianas y, también a toda la sociedad, nuestra memoria agradecida del pasado, nuestro compromiso deci-

dido ante los retos del presente y nuestra mirada serena hacia el futuro.

II.- Conocimiento y reconocimiento por la Doctrina Social de la Iglesia

3.- Sentimos un agradecimiento por el pasado. La Iglesia, ya desde sus orígenes, siguiendo la enseñanza de la Palabra de Dios y, después, de los Santos Padres, desarrolló y puso en práctica su doctrina social. También en nuestros días anticipó su mirada hacia la globalización del mundo contemporáneo, mucho antes de que gran parte de la sociedad tomara conciencia de la magnitud del fenómeno de la mundialización y la globalización, fruto de los movimientos económicos, sociales, políticos y culturales de la humanidad.

4.- ¿Cómo no recordar de manera agradecida la preciosa definición de Pablo VI sobre el «verdadero desarrollo»? «Es el paso, para cada uno y para todos de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas»³. Pero el desarrollo -añade el Papa- no se reduce a un simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, que debe promover a todos los hombres y a todo el hombre; debe ayudar a pasar de situaciones menos humanas (como son) las carencias materiales de los que están privados del mínimo vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras que provienen del abuso del tener

o del abuso del poder, de las explotaciones de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza (cf. *Mt* 5, 3), la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad de la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida de Dios vivo, Padre de todos los hombres⁴.

5.- La Enseñanza Social de la Iglesia, desde la publicación de la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1891) hasta la publicación de *Deus Caritas est* de nuestros días, ha seguido un proceso de evolución significativo y esperanzador: si el punto de partida fue la cuestión *obrero*, luego se pasó a la cuestión *social* y ahora se aborda la cuestión *mundial*. El Concilio Vaticano II asumió esta enseñanza social y la situó en el conjunto de la doctrina y de la acción pastoral de la Iglesia en el mundo, justamente en uno de sus documentos más emblemáticos como es la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*

(1965). Los documentos posteriores al Concilio han elaborado una doctrina social encaminada a dar respuesta a la complejidad de la cuestión mundial⁵.

6.- El conjunto de esta doctrina social constituye un patrimonio de gran valor para la Iglesia y su misión en el mundo y, a la vez, ofrece una esperanza para toda la sociedad. Como dijo Juan Pablo II: es un corpus doctrinal renovado, que se va articulando a medida que la Iglesia, en la plenitud de la Palabra revelada por Jesucristo y mediante la asistencia del Espíritu Santo (cf. *Jn* 14, 16.26; 16, 13-15), lee los hechos según se desenvuelven en el curso de la historia⁶.

Por este motivo, hacemos una llamada a cada uno de los cristianos y a todas las comunidades de la Iglesia que peregrina en España, para que sean altavoces vivos que den a conocer los principios, criterios y directrices de la enseñanza social de la Iglesia. Urgimos también a que los estudiantes de Teología y los candidatos al sacerdocio conozcan bien esta Doctrina⁷, y a que las Facultades de Teología y los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas actúen específicamente en su estudio y difusión. *El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*⁸ puede ser un excelente instrumento para ello.

III.- Comunión y evangelización

7.- Sin embargo, la mejor manera de mostrar nuestro agradecimiento

hacia el pasado es el compromiso decidido ante los desafíos de manera que podamos crecer, especialmente, en la comunión eclesial y en el dinamismo de la misión evangelizadora.

En efecto, la Iglesia en España tiene una gran vitalidad en su acción caritativa y social. Es una vitalidad que se manifiesta en los compromisos diarios de muchos cristianos que viven la fe en su vida matrimonial y familiar⁹, profesional, social, cultural, sindical, política y religiosa. También se manifiesta esta vitalidad, en el compromiso de las comunidades parroquiales, las congregaciones religiosas, las asociaciones de los laicos y, en definitiva, en las numerosas iniciativas socio-caritativas de cada Iglesia diocesana.

8.- Además, esta vitalidad de la Iglesia emerge, de una manera especial, en la existencia de algunas instituciones eclesiales con presencia pública destacada, significativa y reconocida en nuestra sociedad como, por ejemplo, Cáritas, Manos Unidas, Misiones, Pastoral Penitenciaria, Justicia y Paz, Pastoral de la Salud, así como la ingente labor de los misioneros (sacerdotes, religiosos y laicos) apoyados en su labor por tantas asociaciones y ONGs católicas, y tantas personas de buena voluntad.

Tanto la vida de las comunidades cristianas como la acción eclesial de estas instituciones citadas, realizan la llamada permanente de la Iglesia a dar

respuesta a los problemas sociales de la comunidad humana mediante el desarrollo integral, y a ser testigos del amor de Dios. La necesidad de reivindicar el desarrollo integral, la visión trascendente de la persona humana, abierta al misterio de Dios, viene urgida por los prejuicios secularistas y laicistas de nuestra época:

¿Qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído? La respuesta es muy sencilla: a Dios, ha traído a Dios... y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sólo nuestra dureza de corazón nos hace pensar que esto es poco¹⁰.

La propuesta coherente y tenaz de una visión del ser humano abierta a Dios y la confesión pública de la verdad de la fe a este respecto, es urgente e insustituible en nuestra época para la causa del desarrollo de nuestra sociedad y de todos los pueblos.

9.- La celebración del 40 aniversario de *Populorum Progressio* es una gran oportunidad para potenciar la cooperación y la comunión de todos los bautizados y, al mismo tiempo, estimular la comunión entre las diversas instituciones eclesiales, que manifiestan la acción caritativa y social de la comunidad cristiana al servicio de toda la sociedad y, en especial, de los pueblos que sufren las consecuencias del subdesarrollo. Nos comprometemos a acompañar

el crecimiento de estas instituciones, a cuidar su identidad eclesial¹¹, a potenciar la coordinación y a estimular la acción decidida mediante programas dirigidos a los países pobres. Para ello es necesario vivir la espiritualidad de comunión con las características que señalaba el papa Juan Pablo II: mirar el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y en los demás; sentir al hermano como «uno que me pertenece»; ver lo positivo en el otro y considerarlo un regalo de Dios para mí; saber «dar espacio» al hermano, evitando desconfianza y envidias¹².

A la vez no podemos desentendernos de la pobreza que azota a grandes regiones y naciones de nuestro planeta, especialmente en los países del Sur.

10.- Hoy en día siguen teniendo gran actualidad las palabras del papa Pablo VI:

Entiéndasenos bien: la situación presente tiene que afrontarse valerosamente y combatirse y vencerse las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes. Cada uno debe aceptar generosamente su papel, sobre todo los que por su educación, su situación y su poder tienen grandes posibilidades de acción¹³.

Y esta llamada se dirige a todas las comunidades cristianas, pero también

a los responsables de las naciones: «Toca a los poderes públicos escoger y ver el modo de imponer los objetivos que proponerse, las metas que hay que fijar, los medios para llegar a ella, estimulando al mismo tiempo todas las fuerzas, agrupadas en esta acción común»¹⁴.

11.- De modo inseparable a la comunión y a la caridad, afrontamos el gran reto de la evangelización. La Iglesia que nace de la Pascua y Pentecostés tiene la misión de anunciar a Cristo Resucitado a todas las generaciones hasta el fin de los tiempos. Cristo anunció el Reino de Dios *proclamando* el Evangelio y *curando* a los enfermos. La novedad del mensaje evangélico de las «bienaventuranzas» la hacía real mediante la práctica de las «obras de misericordia»¹⁵.

De igual forma, nosotros podremos evangelizar la sociedad y la cultura de hoy, a condición de que demos testimonio a la vez de Jesucristo y del compromiso por la justicia y el amor que brota de la fe.

La doctrina social es parte integrante del ministerio de evangelización de la Iglesia. Todo lo que atañe a la comunidad de los hombres -situaciones y problemas relacionados con la justicia, la liberación, el desarrollo, las relaciones entre los pueblos, la paz- no es ajeno a la evangelización. Ésta no sería completa si no tuviese en cuenta la mutua conexión que se presenta constantemente entre el Evangelio y

la vida concreta, personal y social del hombre¹⁶.

La mentalidad actual de nuestra sociedad secular, antes que plantearse la credibilidad de un *mensaje*, observa y exige la credibilidad del *mensajero*. La celebración del aniversario de las encíclicas citadas es una buena oportunidad para manifestar la credibilidad de la Iglesia y del mensaje evangélico que proclama.

12.- El 40 Aniversario de *Populorum Progressio* es, por tanto, una nueva llamada que nos impulsa a mostrar el amor de la Iglesia frente a los conflictos e injusticias del mundo globalizado. La comunidad católica, al mismo tiempo que proclama la Palabra y celebra la Eucaristía, da testimonio de la fe que se manifiesta en la esperanza y se realiza en el amor.

De esta manera, la Iglesia mediante sus instituciones caritativas y sociales, al mismo tiempo que coopera con todas las personas y grupos que trabajan al servicio de la justicia y la paz, manifiesta el amor entrañable de Dios hacia todos los hombres de la tierra, desde una opción preferencial por los pobres y los excluidos. El mismo Pablo VI destacó el nexo intrínseco e inseparable entre evangelización y promoción humana -desarrollo, liberación- en la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975), publicada después del Sínodo de los Obispos sobre la evangelización de los pueblos¹⁷.

IV.- Espiritualidad encarnada

13.- Teniendo en cuenta la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia, y de modo especial *Populorum Progressio* y *Sollicitudo Rei Socialis*, queremos seguir siendo «voz de los que no tienen voz» y «signo y salvaguardia de la trascendencia de la persona» y contribuir a su dignidad ayudándole en sus necesidades, físicas, psíquicas, sociales y espirituales¹⁸. Cuando los cristianos intentamos vivir como Cristo vivió y amar como Él amó, somos un signo viviente del amor de Dios y, además, una fuente de esperanza para la humanidad. Ésta es la aportación específica de la Iglesia al bien común de la sociedad.

14.- Frente a los desafíos de la secularización y la urgencia del diálogo intercultural e interreligioso, queremos dar testimonio de que la espiritualidad cristiana no se confunde con el subjetivismo superficial de una espiritualidad intrascendente, sino que intenta vivir una espiritualidad encarnada, al estilo del Evangelio, que une profundamente la profesión personal de fe (*creer*), con la vivencia comunitaria de la fe (*vivir y celebrar*) y con la profesión pública de la misma. La conmemoración de la Encíclica *Populorum Progressio* nos ofrece una buena oportunidad para cultivar esta esperanza y comprometernos en la transformación de la sociedad según el proyecto de Dios sobre la historia.

15.- *Populorum Progressio* expresa muy bien la relación de la Teología

con la espiritualidad y la acción pastoral, porque unifica la profesión y la celebración de la fe con la vivencia de la caridad. Además, relaciona íntimamente la caridad que brota del amor de Dios, con la edificación de la comunidad cristiana (comunión) y con el anuncio del evangelio a la sociedad de nuestro tiempo con hechos y palabras (misión). Así, la celebración del 40 aniversario de *Populorum Progressio* puede contribuir a la maduración de un modelo de ser cristiano que une la profesión de fe, fruto de acoger la Palabra, con la vivencia de la caridad y del compromiso social, que nacen de la Eucaristía, el «sacramento de la caridad», tal como nos ha recordado Benedicto XVI:

No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos de globalización que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres... El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad¹⁹.

Se trataría de «humanizar la globalización y globalizar la solidaridad»²⁰.

16.- El Plan de Pastoral de la Conferencia Episcopal para el quinquenio 2006-2010 lo hemos vertebrado en torno a la Eucaristía. En él subrayamos la vinculación necesaria entre la comunión eucarística y el servicio de la caridad²¹. En esa línea deseamos también

que la conmemoración de las Encíclicas *Populorum Progressio* y *Sollicitudo Rei Socialis*, así como la aplicación de sus orientaciones a los problemas actuales, se entronquen en la Eucaristía, fuente, centro y cumbre de la vida cristiana y de toda la Evangelización.

17.- María en Caná de Galilea es un ejemplo de solicitud y preocupación por los problemas de los demás. Que ella nos ayude a crecer en sensibilidad hacia los temas sociales, en fraternidad y solidaridad, de modo que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo,

sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, sean a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo»²². Que fortalezca a los misioneros en su hermosa labor de anunciar la Buena Nueva de la Salvación en todos los rincones de la tierra y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que trabajan por la paz y el desarrollo de los pueblos; que interceda para que nuestro mundo alcance un progreso justo y fraterno y para que cada uno se realice como persona humana y, así, se alcance la igualdad y la paz.

22 de noviembre de 2007

NOTAS

1 PABLO VI, *Populorum Progressio*, 76.

2 JUAN PABLO II, *Sollicitudo Rei Socialis*, 39.

3 PABLO VI, *Populorum Progressio*, 20.

4 PABLO VI, *Populorum Progressio*, 21.

5 Entre los documentos clave podemos recordar: *Quadragesimo anno* (1931); *Populorum Progressio* (1967); *Octogesima Adveniens* de PABLO VI (1971); *La Justicia en el Mundo* del SÍNODO DE LOS OBISPOS (1971); *Laborem Exercens* (1981); *Sollicitudo Rei Socialis* (1987); *Centesimus Annus* de JUAN PABLO II (1991) y *Deus caritas est* (2005).

6 JUAN PABLO II, *Sollicitudo Rei Socialis*, 1.

7 cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones para el estudio y enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en la formación de los sacerdotes* (1988).

8 PONTIFICIO CONSEJO «JUSTICIA Y PAZ», *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* (2004).

9 cf. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio* (1981) y *Evangelium vitae* (1995).

10 J. RATZINGER (Benedicto XVI), *Jesús de Nazaret*, 69-70.

11 cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Caridad de Cristo nos apremia. Reflexiones en torno a la 'eclesialidad' de la acción caritativa y social de la Iglesia* (2004).

12 cf. JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 43.

13 PABLO VI, *Populorum Progressio*, 32.

14 PABLO VI, *Populorum Progressio*, 33.

15 cf. *Lc* 10; *Mt* 5, 1-12; *Mt* 25, 31-46; *Jn* 13, 1-17.

- 16 PONTIFICIO CONSEJO «JUSTICIA Y PAZ», *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 66.
17 cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 31.
18 cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La caridad en la vida de la Iglesia. Propuestas de acción pastoral* (1993); COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *La Iglesia y los pobres* (1994).
19 BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, 90.
20 JUAN PABLO II, Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales (27-IV-2001).
21 cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan Pastoral 2006-2010. «Yo soy el pan de vida» (Jn 6, 35). Vivir de la Eucaristía*, esp., 32-41.
22 CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 1.

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

El **P. Juan Antonio Martínez Camino** ha sido nombrado Obispo Auxiliar de Madrid.

Madrid, 17 de noviembre de 2007

La Santa Sede ha hecho público que el Papa, Benedicto XVI, ha nombrado Obispo Auxiliar de la Archidiócesis de Madrid al P. Juan Antonio Martínez Camino, S.J, asignándole la sede titular de Bigastro. El P. Martínez Camino es Secretario General y portavoz de la Conferencia Episcopal Española (CEE) desde el 18 de junio de 2003.

El P. Juan Antonio Martínez Camino nació en Santa Cruz de Marcenado (Siero - Asturias) el 9 de enero de 1953. Cursó Bachillerato (1964-1970) en el Pontificio Seminario Menor de Comillas (Cantabria). En la Universidad de Valladolid obtuvo, en 1976, la Licenciatura en Filosofía y Letras. Cursó los estudios teológicos institucionales en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid (1980). En la Theologische-philosophische Hochschule Sankt Georgen de Frankfurt del Main obtuvo el grado de doctor en Teología (1990) con una investigación ecuménica sobre W. Pannenberg y E. Jüngel. Participó también en diversos cursos y seminarios en las Universidades de Munich y Tubinga.

Ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús el 16 de octubre de 1974, hizo la profesión solemne el 8 de diciembre de 1992. Recibió la ordenación sacerdotal el 24 de mayo de 1980.

Comenzó su ministerio como formador en el Colegio Menor “S. Francisco Javier” en Salamanca (1976-1977). En el año 1986 fue nombrado Rector del Teologado de la Provincia de León de la Compañía de Jesús, en Madrid, cargo que desempeñó hasta el año 1991. Además, fue profesor de Teología Sistemática en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid (1987-2001) y colaborador en la Parroquia madrileña “Nuestra Señora de Covadonga” (1990-2001). En 2001 fue llamado a la Universidad Gregoriana de Roma y luego a la Facultad de Teología San Dámaso de Madrid, donde es Catedrático de Teología dogmática desde 2003. Además, desde el año 2002, es el Capellán de las Cruzadas de Santa María.

En la CEE, fue el Director del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe (1993-2001). Desde el 18 de junio de 2003 es Secretario General y Portavoz de la Conferencia Episcopal Española.

Ha sido experto de la Segunda Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos (1999). Es miembro de la Real Academia de Doctores de España desde el año 2006 y de la Academia Internacional de Ciencias Religiosas de Bruselas desde 1997. Es miembro del Consejo de redacción de la *Revista Española de Teología 2001*.

IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSALSANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Domingo, 28 de octubre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, aquí, en la plaza de San Pedro, han sido proclamados beatos 498 mártires asesinados en España en la década de 1930 del siglo pasado. Doy las gracias al cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las causas de los santos, que ha presidido la celebración, y dirijo mi saludo cordial a los peregrinos que han venido para esta feliz circunstancia.

La inscripción simultánea en el catálogo de los beatos de un número tan grande de mártires demuestra que el testimonio supremo de la sangre no es una excepción reservada solamente a algunas personas, sino una posibilidad real para todo el pueblo cristiano. En efecto, se trata de hombres y mujeres diversos por edad, vocación y condición social, que pagaron con la vida su fidelidad a Cristo y a su Iglesia. A ellos se aplican bien las palabras de san Pablo que resuenan en la liturgia de este domingo: “Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe” (2 *Tm* 4, 6-7). San

Pablo, detenido en Roma, ve aproximarse su muerte y hace un balance lleno de agradecimiento y de esperanza. Está en paz con Dios y consigo mismo, y afronta serenamente la muerte, con la certeza de haber gastado toda su vida, sin escatimar nada, al servicio del Evangelio.

El mes de octubre, dedicado de modo particular al compromiso misionero, se concluye así con el luminoso testimonio de los mártires de España, que van a sumarse a los mártires Albertina Berkenbrock, Manuel Gómez González y Adílio Daronch, y a Francisco Jägerstätter, proclamados beatos durante los días pasados en Brasil y en Austria. Su ejemplo testimonial que el bautismo compromete a los cristianos a participar con valentía en la difusión del reino de Dios, cooperando a él, si fuera necesario, incluso con el sacrificio de la vida.

Desde luego, no todos están llamados al martirio cruento. Pero hay un “martirio” incruento, que no es menos significativo, como el de Celina Chludzinska Borzecka, esposa, madre de familia, viuda y religiosa, beatificada ayer en Roma: es el testimonio silencioso y heroico de tantos cristianos que

viven el Evangelio sin componendas, cumpliendo su deber y dedicándose generosamente al servicio de los pobres.

Este martirio de la vida ordinaria es un testimonio muy importante en las sociedades secularizadas de nuestro tiempo. Es la batalla pacífica del amor que todo cristiano, como san Pablo, debe librar incansablemente; la carrera para difundir el Evangelio que nos compromete hasta la muerte. Que en nuestro testimonio diario nos ayude y nos proteja la Virgen María, Reina de los mártires y Estrella de la evangelización.

Jueves, 1 de noviembre de 2007
Solemnidad de Todos los Santos

Queridos hermanos y hermanas:

En esta solemnidad de Todos los Santos, nuestro corazón, superando los confines del tiempo y del espacio, se ensancha con las dimensiones del cielo. En los inicios del cristianismo, a los miembros de la Iglesia también se les solía llamar “los santos”. Por ejemplo, san Pablo, en la primera carta a los Corintios, se dirige “a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro” (1 Co 1, 2).

En efecto, el cristiano *ya* es santo, pues el bautismo lo une a Jesús y a su misterio pascual, pero al mismo tiem-

po debe *llegar a serlo*, conformándose a él cada vez más íntimamente. A veces se piensa que la santidad es un privilegio reservado a unos pocos elegidos. En realidad, llegar a ser santo es la tarea de todo cristiano, más aún, podríamos decir, de todo hombre.

El apóstol san Pablo escribe que Dios desde siempre nos ha bendecido y nos ha elegido en Cristo “para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor” (Ef 1, 4). Por tanto, todos los seres humanos están llamados a la santidad que, en última instancia, consiste en vivir como hijos de Dios, en la “semejanza” a él según la cual han sido creados.

Todos los seres humanos son hijos de Dios, y todos deben *llegar a ser lo que son*, a través del camino exigente de la libertad. Dios invita a todos a formar parte de su pueblo santo. El “camino” es Cristo, el Hijo, el Santo de Dios: nadie puede llegar al Padre sino por él (cf. Jn 14, 6).

La Iglesia ha establecido sabiamente que a la fiesta de Todos los Santos suceda inmediatamente la conmemoración de Todos los Fieles Difuntos. A nuestra oración de alabanza a Dios y de veneración a los espíritus bienaventurados, que nos presenta hoy la liturgia como “una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas” (Ap 7, 9), se une la oración de sufragio por quienes nos han precedido en el paso de este mundo a la vida eterna.

Mañana les dedicaremos a ellos de manera especial nuestra oración y por ellos celebraremos el sacrificio eucarístico. En verdad, cada día la Iglesia nos invita a rezar por ellos, ofreciendo también los sufrimientos y los esfuerzos diarios para que, completamente purificados, sean admitidos a gozar para siempre de la luz y la paz del Señor.

En el centro de la asamblea de los santos resplandece la Virgen María, “la más humilde y excelsa de las criaturas” (Dante, *Paraíso*, XXXIII, 2). Al darle la mano, nos sentimos animados a caminar con mayor impulso por el camino de la santidad. A ella le encomendamos hoy nuestro compromiso diario y le pedimos también por nuestros queridos difuntos, con la profunda esperanza de volvernos a encontrar un día todos juntos en la comunión gloriosa de los santos.

Domingo, 4 de noviembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la liturgia presenta a nuestra meditación el conocido episodio evangélico del encuentro de Jesús con Zaqueo en la ciudad de Jericó. ¿Quién era Zaqueo? Un hombre rico, que ejercía el oficio de “publicano”, es decir, de recaudador de impuestos por cuenta de la autoridad romana, y precisamente por eso era considerado un pecador público. Al saber que Jesús pasaría por

Jericó, aquel hombre sintió un gran deseo de verlo, pero, como era bajo de estatura, se subió a un árbol. Jesús se detuvo precisamente bajo ese árbol y se dirigió a él llamándolo por su nombre: “Zaqueo, baja en seguida, porque hoy debo alojarme en tu casa” (Lc 19, 5). ¡Qué mensaje en esta sencilla frase!

“Zaqueo”: Jesús llama por su nombre a un hombre despreciado por todos. “Hoy”: sí, precisamente ahora ha llegado para él el momento de la salvación. “Tengo que alojarme”: ¿por qué “debo”? Porque el Padre, rico en misericordia, quiere que Jesús vaya a “buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10). La gracia de aquel encuentro imprevisible fue tal que cambió completamente la vida de Zaqueo: “Mira -le dijo a Jesús-, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más” (Lc 19, 8). Una vez más el Evangelio nos dice que el amor, partiendo del corazón de Dios y actuando a través del corazón del hombre, es la fuerza que renueva el mundo.

Esta verdad resplandece de modo singular en el testimonio del santo cuya memoria se celebra hoy: san Carlos Borromeo, arzobispo de Milán. Su figura destaca en el siglo XVI como modelo de pastor ejemplar por su caridad, por su doctrina, por su celo apostólico y, sobre todo, por su oración: “Las almas -decía- se conquistan de rodillas”. Consagrado obispo con tan sólo 25 años, puso en práctica las indicaciones

del concilio de Trento, que imponía a los pastores residir en sus respectivas diócesis, y se dedicó totalmente a la Iglesia ambrosiana: la visitó en su totalidad tres veces; convocó seis sínodos provinciales y once diocesanos; fundó seminarios para formar una nueva generación de sacerdotes; construyó hospitales y destinó las riquezas de su familia al servicio de los pobres; defendió los derechos de la Iglesia contra los poderosos; renovó la vida religiosa e instituyó una nueva congregación de sacerdotes seculares: los Oblatos. En 1576, cuando en Milán se propagó la peste, visitó, confortó y gastó todos sus bienes por los enfermos. Su lema consistía en una sola palabra: “*Humilitas*”. La humildad lo impulsó, como al Señor Jesús, a renunciar a sí mismo para convertirse en servidor de todos.

Recordando a mi venerado predecesor, Juan Pablo II, que llevaba con devoción su nombre -hoy es su onomástico-, encomendamos a la intercesión de san Carlos a todos los obispos del mundo, sobre los cuales invocamos como siempre la protección celestial de María santísima, Madre de la Iglesia.

*Domingo, 11 de noviembre de 2007.
Fiesta de san Martín de Tours*

Queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia recuerda hoy, 11 de noviembre, a san Martín, obispo de

Tours, uno de los santos más célebres y venerados de Europa. Nacido de padres paganos en Panonia, en la actualidad Hungría, en torno al año 316, fue orientado por su padre a la carrera militar. Todavía adolescente, san Martín conoció el cristianismo y, superando muchas dificultades, se inscribió entre los catecúmenos para prepararse al bautismo. Recibió el sacramento en torno a los 20 años, pero debió permanecer aún mucho tiempo en el ejército, donde dio testimonio de su nuevo estilo de vida: respetuoso y comprensivo con todos, trataba a su sirviente como a un hermano, y evitaba las diversiones vulgares.

Cumplido el servicio militar, se fue a Poitiers, en Francia, junto al santo obispo Hilario, que lo ordenó diácono y presbítero. Eligió la vida monástica y fundó, con algunos discípulos, el más antiguo monasterio conocido de Europa, en Ligugé. Alrededor de diez años después, los cristianos de Tours, que se habían quedado sin pastor, lo aclamaron como su obispo. Desde entonces san Martín se dedicó con ardiente celo a la evangelización de las zonas rurales y a la formación del clero.

Aunque se le atribuyen muchos milagros, san Martín es famoso sobre todo por un acto de caridad fraterna. Siendo aún un joven soldado, encontró en su camino a un pobre aterido y temblando de frío. Tomó entonces su capa y, cortándola en dos con la es-

pada, le dio la mitad a aquel hombre. Durante la noche se le apareció en sueños Jesús, sonriente, envuelto en aquella misma capa.

Queridos hermanos y hermanas, el gesto caritativo de san Martín se inscribe en la misma lógica que impulsó a Jesús a multiplicar los panes para las multitudes hambrientas y, sobre todo, a entregarse él mismo como alimento para la humanidad en la Eucaristía, signo supremo del amor de Dios, *Sacramentum caritatis*. Es la lógica de la comunión, con la que se expresa de modo auténtico el amor al prójimo.

Que san Martín nos ayude a comprender que solamente a través de un compromiso común de solidaridad es posible responder al gran desafío de nuestro tiempo: construir un mundo de paz y de justicia, en el que todos los hombres puedan vivir con dignidad. Esto puede suceder si prevalece un modelo mundial de auténtica solidaridad, que permita garantizar a todos los habitantes del planeta el alimento, el agua, la asistencia médica necesaria, pero también el trabajo y los recursos energéticos, así como los bienes culturales, el saber científico y tecnológico.

Nos dirigimos ahora a la Virgen María, para que ayude a todos los cristianos a ser, como san Martín, testigos generosos del evangelio de la caridad y constructores incansables de comunión solidaria.

Domingo, 18 de noviembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

En la página evangélica de hoy, san Lucas vuelve a proponer a nuestra reflexión la visión bíblica de la historia, y refiere las palabras de Jesús que invitan a los discípulos a no tener miedo, sino a afrontar con confianza dificultades, incomprendiones e incluso persecuciones, perseverando en la fe en él: “Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis miedo. Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida” (Lc 21, 9).

La Iglesia, desde el inicio, recordando esta recomendación, vive en espera orante del regreso de su Señor, escrutando los signos de los tiempos y poniendo en guardia a los fieles contra los mesianismos recurrentes, que de vez en cuando anuncian como inminente el fin del mundo. En realidad, la historia debe seguir su curso, que implica también dramas humanos y calamidades naturales. En ella se desarrolla un designio de salvación, que Cristo ya cumplió en su encarnación, muerte y resurrección. La Iglesia sigue anunciando y actuando este misterio con la predicación, la celebración de los sacramentos y el testimonio de la caridad.

Queridos hermanos y hermanas, aceptemos la invitación de Cristo a afrontar los acontecimientos diarios confiando en su amor providente. No

temamos el futuro, aun cuando pueda parecernos oscuro, porque el Dios de Jesucristo, que asumió la historia para abrirla a su meta trascendente, es su alfa y su omega, su principio y su fin (cf. *Ap* 1, 8). Él nos garantiza que en cada pequeño, pero genuino, acto de amor está todo el sentido del universo, y que quien no duda en perder su vida por él, la encontrará en plenitud (cf. *Mt* 16, 25).

Nos invitan con singular eficacia a mantener viva esta perspectiva las personas consagradas, que han puesto sin reservas su vida al servicio del reino de Dios. Entre éstas, quiero recordar en particular a las llamadas a la contemplación en los monasterios de clausura. A ellas la Iglesia dedica una Jornada especial el miércoles próximo, 21 de noviembre, memoria de la Presentación de la santísima Virgen María en el Templo. Debemos mucho a estas personas que viven de lo que la Providencia les proporciona mediante la generosidad de los fieles. El monasterio, “como oasis espiritual, indica al mundo de hoy lo más importante, más aún, en definitiva, lo único decisivo: existe una razón última por la que vale la pena vivir, es decir, Dios y su amor inescrutable” (*Discurso a los monjes cistercienses de la abadía de Heiligenkreuz, Austria, 9 de septiembre de 2007: L’Osservatore Romano, edición en lengua española, 21 de septiembre de 2007, p. 6*). La fe que actúa en la caridad es el verdadero antídoto contra la mentalidad nihilista, que en

nuestra época extiende cada vez más su influencia en el mundo.

María, Madre del Verbo encarnado, nos acompaña en la peregrinación terrena. A ella le pedimos que sostenga el testimonio de todos los cristianos, para que se apoye siempre en una fe firme y perseverante.

*Domingo, 25 de noviembre de 2007.
Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo*

Queridos hermanos y hermanas:

El martes próximo, en Annapolis, Estados Unidos, israelíes y palestinos, con la ayuda de la comunidad internacional, quieren reanudar las negociaciones para encontrar una solución justa y definitiva al conflicto que desde hace sesenta años ensangrienta la Tierra Santa y ha provocado tantas lágrimas y sufrimientos en los dos pueblos. Os pido que os unáis a la Jornada de oración convocada para hoy por la Conferencia episcopal de Estados Unidos para implorar del Espíritu de Dios la paz para aquella región tan querida para nosotros y los dones de sabiduría y valentía para todos los protagonistas de ese importante encuentro.

Después de la conclusión de la solemne celebración de hoy, dirijo mi cordial saludo a todos los presentes, incluyendo precisamente a cuantos

han permanecido fuera de la basílica. Expreso gratitud especial a los fieles que han venido desde lejos para acompañar a los nuevos cardenales y participar en este acontecimiento, que manifiesta de manera singular la unidad y la universalidad de la Iglesia católica. Renuevo mi saludo deferente a las distinguidas autoridades civiles.

Nos disponemos ahora a rezar, como de costumbre, la oración del *Ángelus*. En ocasiones como ésta se

siente más viva aún la presencia espiritual de María santísima. Como en el Cenáculo de Jerusalén, ella está hoy en medio de nosotros y nos acompaña en esta etapa del camino eclesial. A la Virgen queremos encomendar a los nuevos miembros del Colegio cardenalicio, para que a cada uno de ellos, así como a todos los ministros de la Iglesia, les obtenga imitar siempre a Cristo en el servicio generoso a Dios y a su pueblo, para participar en su realeza gloriosa.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles, 31 de octubre de 2007
San Máximo de Turín

Queridos hermanos y hermanas:

Entre finales del siglo IV e inicios del V, otro Padre de la Iglesia, después de san Ambrosio, contribuyó decididamente a la difusión y a la consolidación del cristianismo en el norte de Italia: se trata de san Máximo, que era obispo de Turín en el año 398, un año después de la muerte de san Ambrosio. Tenemos muy pocas noticias de él; pero, en compensación, ha llegado hasta nosotros una colección de cerca de noventa *Sermones*. En ellos se puede constatar la profunda y vital relación del obispo con su ciudad, que atestigua un punto evi-

dente de contacto entre el ministerio episcopal de san Ambrosio y el de san Máximo.

En aquel tiempo, fuertes tensiones turbaban la convivencia civil ordenada. En este contexto, san Máximo logró unir al pueblo cristiano en torno a su persona de pastor y maestro. La ciudad estaba amenazada por diversos grupos de bárbaros que, tras penetrar por las fronteras orientales, avanzaban hasta los Alpes occidentales. Por esto, Turín estaba constantemente protegida por guarniciones militares; y en los momentos críticos se convertía en el refugio de las poblaciones que huían del campo y de los centros urbanos que carecían de protección.

Las intervenciones de san Máximo, ante esta situación, manifiestan el compromiso de reaccionar ante la degradación civil y ante la disgregación. Aunque resulta difícil determinar la composición social de los destinatarios de los *Sermones*, parece que la predicación de san Máximo, para no quedarse en generalidades, se dirigía específicamente a un núcleo selecto de la comunidad cristiana de Turín, constituido por ricos propietarios de tierras, que tenían sus fincas en el campo turinés y la casa en la ciudad. Fue una lúcida decisión pastoral del Obispo, que recibió esta predicación como el camino más eficaz para mantener y reforzar su vinculación con el pueblo.

Para ilustrar, desde esta perspectiva, el ministerio de san Máximo en su ciudad, quiero presentar como ejemplo los *Sermones* 17 y 18, dedicados a un tema siempre actual, el de la riqueza y la pobreza en las comunidades cristianas. También en este ámbito existían fuertes tensiones en la ciudad. Se acumulaban y ocultaban riquezas. “Uno no piensa en las necesidades del otro -constata amargamente el Obispo en su *Sermón* número 17-. En efecto, muchos cristianos no sólo no distribuyen lo que tienen, sino que incluso roban lo de los demás. No sólo no llevan a los pies de los apóstoles el dinero que han recogido, sino que además apartan de los pies de los sacerdotes a sus hermanos que buscan ayuda”. Y concluye: “En nuestra ciudad hay muchos huéspedes o peregrinos. Haced lo que ha-

béis prometido” al aceptar la fe, “para que no se diga también de vosotros lo que se dijo de Ananías: “No habéis mentido a los hombres, sino a Dios”” (*Sermón* 17, 2-3).

En el *Sermón* sucesivo, el número 18, san Máximo critica las formas comunes de aprovechamiento de las desgracias ajenas. “Dime, cristiano -exhorta el Obispo a sus fieles-; dime, ¿por qué te has apoderado de la presa abandonada por los ladrones? ¿Por qué has introducido en tu casa una “ganancia”, como piensas tú mismo, desgarrada y contaminada?”. “Tal vez -añade- dices que la has comprado y por esto crees que evitas la acusación de avaricia. Pero de este modo lo que se compra no corresponde a lo que se vende. Comprar es algo bueno, pero en tiempo de paz, cuando se vende con libertad, y no cuando se vende lo que ha sido robado en un saqueo. (...) Así pues, el que compra para restituir se comporta como cristiano y como ciudadano” (*Sermón* 18, 3).

Sin hacerlo de modo muy notorio, san Máximo llegó a predicar una relación profunda entre los deberes del cristiano y los del ciudadano. Para él, vivir la vida cristiana significa también asumir los compromisos civiles; y, por el contrario, el cristiano que, “aun pudiendo vivir de su trabajo, arrebató la presa del otro con el furor de las fieras”, o “acecha a su vecino, tratando de arañar cada día parte de sus confines, de adueñarse de sus productos”, ni siquiera

ra le parece semejante a la zorra que degüella las gallinas, sino al lobo que se lanza contra los cerdos (*Sermón* 41, 4).

Por lo que se refiere a la prudente actitud de defensa asumida por san Ambrosio para justificar su famosa iniciativa de rescatar a los prisioneros de guerra, se pueden ver con claridad los cambios históricos que se produjeron en la relación entre el Obispo y las instituciones ciudadanas. Contando ya con el apoyo de una legislación que pedía a los cristianos que contribuyeran al rescate de los prisioneros, san Máximo, al derrumbarse las autoridades civiles del Imperio romano, se sentía plenamente autorizado para ejercer en este sentido un auténtico poder de control sobre la ciudad. Este poder se haría después cada vez más amplio y eficaz, hasta llegar a suplir la ausencia de los magistrados y de las instituciones civiles. En este contexto, san Máximo no sólo se dedica a reavivar en los fieles al amor tradicional a la *patria* terrena, sino que proclama también el deber preciso de pagar los impuestos, aunque parezcan pesados y fastidiosos (cf. *Sermón* 26, 2).

En suma, el tono y el contenido de los *Sermones* implican una profunda conciencia de la responsabilidad política del Obispo en las circunstancias históricas específicas. Él es el “centinela” de la ciudad. ¿Quiénes son estos centinelas -se pregunta san Máximo en el *Sermón* 92- “sino los excelentísimos obispos que, situados por decirlo así en una roca elevada de sabiduría para la

defensa de los pueblos, ven desde lejos los males que van a llegar?”.

Y en el *Sermón* 89 el Obispo de Turín ilustra a los fieles sus tareas, sirviéndose de una comparación singular entre la función episcopal y la de las abejas: Los obispos -dice-, “como la abeja, observan la castidad del cuerpo, proporcionan el alimento de la vida celestial y utilizan el aguijón de la ley. Son puros para santificar, dulces para reconfortar, severos para castigar”. Así describe san Máximo la tarea del obispo en su época.

En definitiva, el análisis histórico y literario demuestra una conciencia cada vez mayor de la responsabilidad política de la autoridad eclesiástica, en un contexto en el que de hecho estaba sustituyendo a la civil. En efecto, ésta es la línea de desarrollo del ministerio del obispo en el noroeste de Italia, desde san Eusebio, que vivía “como monje” en su ciudad, Vercelli, hasta san Máximo de Turín, situado “como centinela” en la roca más elevada de la ciudad.

Es evidente que hoy el contexto histórico, cultural y social es muy diferente. El contexto actual es, más bien, el que describió mi venerado predecesor, el Papa Juan Pablo II, en la exhortación postsinodal *Ecclesia in Europa*, en la que hace un articulado análisis de los desafíos y de los signos de esperanza para la Iglesia en Europa hoy (cf. nn. 6-22). En todo caso, aun-

que han cambiado las circunstancias, siguen siendo válidas las obligaciones del creyente con respecto a su ciudad y su patria. En efecto, los compromisos del “ciudadano honrado” siguen entrelazados con los del “buen cristiano”.

Como conclusión, quiero recordar lo que dice la constitución pastoral *Gaudium et spes* para aclarar uno de los aspectos más importantes de la unidad de vida del cristiano: la coherencia entre la fe y la conducta, entre el Evangelio y la cultura. El Concilio exhorta a los fieles “a que se afanen por cumplir fielmente sus deberes temporales, guiados por el espíritu del Evangelio. Se alejan de la verdad quienes, sabiendo que nosotros no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la futura, piensan que pueden por ello descuidar sus deberes terrestres, sin comprender que ellos por su misma fe están más obligados a cumplirlos, cada uno según la vocación a la que ha sido llamado” (n. 43).

Siguiendo el magisterio de san Máximo y de otros muchos Padres, hagamos nuestro el deseo del Concilio: que los fieles tengan un deseo cada vez mayor de “ejercer todas sus actividades terrestres, uniendo en una síntesis vital los esfuerzos humanos, domésticos, profesionales, científicos o técnicos con los bienes religiosos, bajo cuya altísima dirección todo se coordina para la gloria de Dios” (*ib.*) y así para el bien de la humanidad.

Miércoles, 7 de noviembre de 2007.
San Jerónimo (1)

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy centraremos nuestra atención en san Jerónimo, un Padre de la Iglesia que puso la Biblia en el centro de su vida: la tradujo al latín, la comentó en sus obras, y sobre todo se esforzó por vivirla concretamente en su larga existencia terrena, a pesar del conocido carácter difícil y fogoso que le dio la naturaleza.

San Jerónimo nació en Estridón en torno al año 347, en una familia cristiana, que le dio una esmerada formación, enviándolo incluso a Roma para que perfeccionara sus estudios. Siendo joven sintió el atractivo de la vida mundana (cf. *Ep* 22, 7), pero prevaleció en él el deseo y el interés por la religión cristiana. Tras recibir el bautismo, hacia el año 366, se orientó hacia la vida ascética y, al trasladarse a Aquileya, se integró en un grupo de cristianos fervorosos, definido por él casi “un coro de bienaventurados” (*Chron. ad ann.* 374) reunido en torno al obispo Valeriano.

Después partió para Oriente y vivió como eremita en el desierto de Calcis, al sur de Alepo (cf. *Ep* 14, 10), dedicándose seriamente a los estudios. Perfeccionó su conocimiento del griego, comenzó el estudio del hebreo (cf. *Ep* 125, 12), transcribió códices y obras patrísticas (cf. *Ep* 5, 2). La meditación, la soledad, el contacto con la palabra

de Dios hicieron madurar su sensibilidad cristiana.

Sintió de una manera más aguda el peso de su pasado juvenil (cf. *Ep* 22, 7), y experimentó profundamente el contraste entre la mentalidad pagana y la vida cristiana: un contraste que se hizo famoso a causa de la dramática e intensa “visión” que nos narró. En ella le pareció que era flagelado en presencia de Dios, por ser “ciceroniano y no cristiano” (cf. *Ep* 22, 30).

En el año 382 se trasladó a Roma. Aquí el Papa, san Dámaso, conociendo su fama de asceta y su competencia de estudioso, lo tomó como secretario y consejero; lo alentó a emprender una nueva traducción latina de los textos bíblicos por motivos pastorales y culturales.

Algunas personas de la aristocracia romana, sobre todo, mujeres nobles como Paula, Marcela, Asela, Lea y otras, que deseaban comprometerse en el camino de la perfección cristiana y profundizar en su conocimiento de la palabra de Dios, lo escogieron como su guía espiritual y maestro en el método de leer los textos sagrados. Estas mujeres nobles también aprendieron griego y hebreo.

Después de la muerte del Papa, san Dámaso, en el año 385 san Jerónimo dejó Roma y emprendió una peregrinación, primero a Tierra Santa, testigo silencioso de la vida terrena de Cristo,

y después a Egipto, tierra elegida por muchos monjes (cf. *Contra Rufinum* 3, 22; *Ep* 108, 6-14).

En el año 386, se detuvo en Belén, donde, gracias a la generosidad de una mujer noble, Paula, se construyeron un monasterio masculino, uno femenino, y una hospedería para los peregrinos que llegaban a Tierra Santa, “pensando en que María y José no habían encontrado un lugar donde alojarse” (*Ep* 108, 14). En Belén, donde se quedó hasta su muerte, siguió desarrollando una intensa actividad: comentó la palabra de Dios; defendió la fe, oponiéndose con vigor a varias herejías; exhortó a los monjes a la perfección; enseñó cultura clásica y cristiana a jóvenes alumnos; acogió con espíritu pastoral a los peregrinos que visitaban Tierra Santa. Falleció en su celda, junto a la gruta de la Natividad, el 30 de septiembre del año 419/420.

Su formación literaria y su amplia erudición permitieron a san Jerónimo revisar y traducir muchos textos bíblicos: un trabajo muy valioso para la Iglesia latina y para la cultura occidental. Basándose en los textos originales escritos en griego y en hebreo, comparándolos con versiones precedentes, revisó los cuatro evangelios en latín, luego los Salmos y gran parte del Antiguo Testamento.

Teniendo en cuenta el original hebreo, el griego de los Setenta -la clásica versión griega del Antiguo Testamento

que se remonta a tiempos precedentes al cristianismo- y las precedentes versiones latinas, san Jerónimo, apoyado después por otros colaboradores, pudo ofrecer una traducción mejor: constituye la así llamada “Vulgata”, el texto “oficial” de la Iglesia latina, que fue reconocido como tal en el concilio de Trento y que, después de la reciente revisión, sigue siendo el texto latino “oficial” de la Iglesia.

Es interesante comprobar los criterios a los que se atuvo el gran biblista en su obra de traductor. Los revela él mismo cuando afirma que respeta incluso el orden de las palabras de las sagradas Escrituras, pues en ellas, dice, “incluso el orden de las palabras es un misterio” (*Ep* 57, 5), es decir, una revelación. Además, reafirma la necesidad de recurrir a los textos originales: “Si surgiera una discusión entre los latinos sobre el Nuevo Testamento a causa de las lecturas discordantes de los manuscritos, debemos recurrir al original, es decir, al texto griego, en el que se escribió el Nuevo Testamento. Lo mismo sucede con el Antiguo Testamento, si hay divergencia entre los textos griegos y latinos, debemos recurrir al texto original, el hebreo; de este modo, todo lo que surge del manantial lo podemos encontrar en los riachuelos” (*Ep* 106, 2).

San Jerónimo, además, comentó también muchos textos bíblicos. Para él los comentarios deben ofrecer opiniones múltiples, “de manera que el lector sensato, después de leer las dife-

rentes explicaciones y de conocer múltiples pareceres -que se pueden aceptar o rechazar- juzgue cuál es el más aceptable y, como un experto agente de cambio, rechace la moneda falsa” (*Contra Rufinum* 1, 16).

Confutó con energía y vigor a los herejes que no aceptaban la tradición y la fe de la Iglesia. Demostró también la importancia y la validez de la literatura cristiana, convertida en una auténtica cultura, ya entonces digna de confrontarse con la clásica: lo hizo con el tratado *De viris illustribus*, una obra en la que san Jerónimo presenta las biografías de más de un centenar de autores cristianos.

Escribió también biografías de monjes, ilustrando el ideal monástico, junto a otros itinerarios espirituales; además, tradujo varias obras de autores griegos. Por último, en su importante *Epistolario*, obra maestra de la literatura latina, san Jerónimo destaca por sus características de hombre culto, asceta y guía de las almas.

¿Qué podemos aprender nosotros de san Jerónimo? Me parece, que sobre todo podemos aprender a amar la palabra de Dios en la sagrada Escritura. Dice san Jerónimo: “Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”. Por eso es importante que todo cristiano viva en contacto y en diálogo personal con la palabra de Dios, que se nos entrega en la sagrada Escritura. Este diálogo con ella debe tener siempre dos dimensiones: por una parte, debe ser un diá-

logo realmente personal, porque Dios habla con cada uno de nosotros a través de la sagrada Escritura y tiene un mensaje para cada uno.

No debemos leer la sagrada Escritura como una palabra del pasado, sino como palabra de Dios que se dirige también a nosotros, y tratar de entender lo que nos quiere decir el Señor. Pero, para no caer en el individualismo, debemos tener presente que la palabra de Dios se nos da precisamente para construir comunión, para unirnos en la verdad a lo largo de nuestro camino hacia Dios. Por tanto, aun siendo siempre una palabra personal, es también una palabra que construye a la comunidad, que construye a la Iglesia.

Así pues, debemos leerla en comunión con la Iglesia viva. El lugar privilegiado de la lectura y de la escucha de la palabra de Dios es la liturgia, en la que, celebrando la Palabra y haciendo presente en el sacramento el Cuerpo de Cristo, actualizamos la Palabra en nuestra vida y la hacemos presente entre nosotros.

No debemos olvidar nunca que la palabra de Dios trasciende los tiempos. Las opiniones humanas vienen y van. Lo que hoy es modernísimo, mañana será viejísimo. La palabra de Dios, por el contrario, es palabra de vida eterna, lleva en sí la eternidad, lo que vale para siempre. Por tanto, al llevar en nosotros la palabra de Dios, llevamos la vida eterna.

Concluyo con unas palabras que san Jerónimo dirigió a san Paulino de Nola. En ellas, el gran exegeta expresa precisamente esta realidad, es decir, que en la palabra de Dios recibimos la eternidad, la vida eterna. Dice san Jerónimo: “Tratemos de aprender en la tierra las verdades cuya consistencia permanecerá también en el cielo” (*Ep* 53, 10).

*Miércoles, 14 de noviembre de 2007.
San Jerónimo (2)*

Queridos hermanos y hermanas:

Continuamos hoy la presentación de la figura de san Jerónimo. Como dijimos el miércoles pasado, dedicó su vida al estudio de la Biblia, hasta el punto de que mi predecesor, el Papa, Benedicto XV, lo reconoció como “doctor eminente en la interpretación de las sagradas Escrituras”. San Jerónimo subrayaba la alegría y la importancia de familiarizarse con los textos bíblicos: “¿No te parece que, ya aquí, en la tierra, estamos en el reino de los cielos cuando vivimos entre estos textos, cuando meditamos en ellos, cuando no conocemos ni buscamos nada más?” (*Ep*. 53, 10).

En realidad, dialogar con Dios, con su Palabra, es en cierto sentido presencia del cielo, es decir, presencia de Dios. Acercarse a los textos bíblicos, sobre todo al Nuevo Testamento, es

esencial para el creyente, pues “ignorar la Escritura es ignorar a Cristo”. Es suya esta famosa frase, citada por el concilio Vaticano II en la constitución *Dei Verbum* (n. 25).

Verdaderamente “enamorado” de la Palabra de Dios, se preguntaba: “¿Cómo es posible vivir sin la ciencia de las Escrituras, a través de las cuales se aprende a conocer a Cristo mismo, que es la vida de los creyentes?” (*Ep.* 30, 7). Así, la Biblia, instrumento “con el que cada día Dios habla a los fieles” (*Ep.* 133, 13), se convierte en estímulo y manantial de la vida cristiana para todas las situaciones y para todas las personas.

Leer la Escritura es conversar con Dios: “Si oras -escribe a una joven noble de Roma- hablas con el Esposo; si lees, es él quien te habla” (*Ep.* 22, 25). El estudio y la meditación de la Escritura hacen sabio y sereno al hombre (cf. *In Eph.*, prólogo). Ciertamente, para penetrar de una manera cada vez más profunda en la palabra de Dios hace falta una aplicación constante y progresiva. Por eso, san Jerónimo recomendaba al sacerdote Nepociano: “Lee con mucha frecuencia las divinas Escrituras; más aún, que el Libro santo no se caiga nunca de tus manos. Aprende en él lo que tienes que enseñar” (*Ep.* 52, 7).

A la matrona romana Leta le daba estos consejos para la educación cristiana de su hija: “Asegúrate de que es-

tudie todos los días algún pasaje de la Escritura. (...) Que acompañe la oración con la lectura, y la lectura con la oración. (...) Que ame los Libros divinos en vez de las joyas y los vestidos de seda” (*Ep.* 107, 9.12). Con la meditación y la ciencia de las Escrituras se “mantiene el equilibrio del alma” (*Ad Eph.*, prólogo). Sólo un profundo espíritu de oración y la ayuda del Espíritu Santo pueden introducirnos en la comprensión de la Biblia: “Al interpretar la sagrada Escritura siempre necesitamos la ayuda del Espíritu Santo” (*In Mich.* 1, 1, 10, 15).

Así pues, san Jerónimo, durante toda su vida, se caracterizó por un amor apasionado a las Escrituras, un amor que siempre trató de suscitar en los fieles. A una de sus hijas espirituales le recomendaba: “Ama la sagrada Escritura, y la sabiduría te amará; ámala tiernamente, y te custodiará; hónrala y recibirás sus caricias. Que sea para ti como tus collares y tus pendientes” (*Ep.* 130, 20). Y añadía: “Ama la ciencia de la Escritura, y no amarás los vicios de la carne” (*Ep.* 125, 11).

Para san Jerónimo, un criterio metodológico fundamental en la interpretación de las Escrituras era la sintonía con el magisterio de la Iglesia. Nunca podemos leer nosotros solos la Escritura. Encontramos demasiadas puertas cerradas y caemos fácilmente en el error. La Biblia fue escrita por el pueblo de Dios y para el pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sólo en

esta comunión con el pueblo de Dios podemos entrar realmente con el “nosotros” en el núcleo de la verdad que Dios mismo nos quiere comunicar. Para él una auténtica interpretación de la Biblia tenía que estar siempre en armonía con la fe de la Iglesia católica.

No se trata de una exigencia impuesta a este Libro desde el exterior; el Libro es precisamente la voz del pueblo de Dios que peregrina y sólo en la fe de este pueblo podemos estar, por así decir, en el tono adecuado para comprender la sagrada Escritura. Por eso, san Jerónimo exhortaba: “Permanece firmemente adherido a la doctrina de la tradición que te ha sido enseñada, para que puedas exhortar según la sana doctrina y refutar a quienes la contradicen” (*Ep.* 52, 7). En particular, dado que Jesucristo fundó su Iglesia sobre Pedro, todo cristiano -concluía- debe estar en comunión “con la Cátedra de san Pedro. Yo sé que sobre esta piedra está edificada la Iglesia” (*Ep.* 15, 2). Por tanto, abiertamente declaraba: “Yo estoy con quien esté unido a la Cátedra de san Pedro” (*Ep.* 16).

San Jerónimo, obviamente, no descuida el aspecto ético. Más aún, con frecuencia reafirma el deber de hacer que la vida concuerde con la Palabra divina, y sólo viviéndola encontramos también la capacidad de comprenderla. Esta coherencia es indispensable para todo cristiano y particularmente para el predicador, a fin de que no lo pongan en aprieto sus acciones, cuan-

do contradicen el contenido de sus palabras.

Así exhorta al sacerdote Nepociano: “Que tus acciones no desmientan tus palabras, para que no suceda que, cuando prediques en la Iglesia, alguien en su interior comente: “¿por qué entonces tú no actúas así?” ¡Qué curioso maestro el que, con el estómago lleno, diserta sobre el ayuno! Incluso un ladrón puede criticar la avaricia; pero en el sacerdote de Cristo la mente y la palabra deben ir de acuerdo” (*Ep.* 52, 7).

En otra carta, san Jerónimo reafirma: “La persona que se siente condenada por su propia conciencia, aunque tenga una espléndida doctrina, debería avergonzarse” (*Ep.* 127, 4). También con respecto a la coherencia, observa: el Evangelio debe traducirse en actitudes de auténtica caridad, pues en todo ser humano está presente la Persona misma de Cristo. Por ejemplo, dirigiéndose al presbítero Paulino -que después llegó a ser obispo de Nola y santo-, san Jerónimo le da este consejo: “El verdadero templo de Cristo es el alma del fiel: adorna este santuario, embellecelo, deposita en él tus ofrendas y recibe a Cristo. ¿Qué sentido tiene decorar las paredes con piedras preciosas, si Cristo muere de hambre en la persona de un pobre?” (*Ep.* 58, 7).

San Jerónimo concreta: es necesario “vestir a Cristo en los pobres, visitarlo en los que sufren, darle de comer en los hambrientos, acogerlo en los que

no tienen una casa” (*Ep.* 130, 14). El amor a Cristo, alimentado con el estudio y la meditación, nos permite superar todas las dificultades: “Si amamos a Jesucristo y buscamos siempre la unión con él, nos parecerá fácil incluso lo que es difícil” (*Ep.* 22, 40).

San Jerónimo, definido por Próspero de Aquitania, “modelo de conducta y maestro del género humano” (*Carmen de ingratis*, 57), nos ha dejado también una enseñanza rica y variada sobre el ascetismo cristiano. Recuerda que un compromiso valiente por la perfección requiere vigilancia constante, frecuentes mortificaciones, aunque con moderación y prudencia, trabajo intelectual o manual asiduo para evitar el ocio (cf. *Epp.* 125, 11 y 130, 15), y sobre todo obediencia a Dios: “No hay nada que agrade tanto a Dios como la obediencia (...), que es la más excelsa de las virtudes” (*Hom. de oboedientia: CCL 78*, 552).

En el camino ascético pueden entrar también las peregrinaciones. En particular, san Jerónimo impulsó las peregrinaciones a Tierra Santa, donde los peregrinos eran acogidos y alojados en edificios surgidos junto al monasterio de Belén, gracias a la generosidad de una mujer noble, Paula, hija espiritual de san Jerónimo (cf. *Ep.* 108, 14).

No hay que olvidar, por último, la contribución ofrecida por san Jerónimo a la pedagogía cristiana (cf. *Epp.* 107 y 128). Se propone formar “un alma

que tiene que convertirse en templo del Señor” (*Ep.* 107, 4), una “joya preciosísima” a los ojos de Dios (*Ep.* 107, 13). Con profunda intuición aconseja preservarla del mal y de las ocasiones de pecado, evitar las amistades equívocas que disipan (cf. *Ep.* 107, 4 y 8-9; también *Ep.* 128, 3-4). Sobre todo exhorta a los padres a crear un ambiente de serenidad y alegría entre sus hijos, a estimularlos en el estudio y en el trabajo, también con la alabanza y la emulación (cf. *Epp.* 107, 4 y 128, 1), a animarlos a superar las dificultades, favoreciendo en ellos las buenas costumbres y preservándolos de las malas porque -dice, citando una frase de Publilio Siro que había escuchado en la escuela- “a duras penas lograrás corregirte de las cosas a las que te vas acostumbrando tranquilamente” (*Ep.* 107, 8).

Los padres son los principales educadores de sus hijos, sus primeros maestros de vida. Con mucha claridad, san Jerónimo, dirigiéndose a la madre de una muchacha y luego al padre, advierte, como expresando una exigencia fundamental de toda criatura humana que se asoma a la existencia: “Que encuentre en ti a su maestra, y que en su inexperta niñez te mire a ti con admiración. Que nunca vea en ti ni en su padre actitudes que la lleven al pecado por imitación. Recordad que (...) podéis educarla más con el ejemplo que con la palabra” (*Ep.* 107, 9).

Entre las principales intuiciones de san Jerónimo como pedagogo hay que

subrayar la importancia que atribuye a una educación sana e integral desde la primera infancia, la peculiar responsabilidad que reconoce a los padres, la urgencia de una seria formación moral y religiosa, y la exigencia del estudio para lograr una formación humana más completa.

Además, un aspecto bastante descuidado en los tiempos antiguos, pero que san Jerónimo considera vital, es la promoción de la mujer, a la que reconoce el derecho a una formación completa: humana, académica, religiosa y profesional.

Y precisamente hoy vemos cómo la educación de la personalidad en su integridad, la educación en la responsabilidad ante Dios y ante los hombres, es la auténtica condición de todo progreso, de toda paz, de toda reconciliación y de toda exclusión de la violencia. Educación ante Dios y ante los hombres: es la sagrada Escritura la que nos ofrece la guía de la educación y, por tanto, del auténtico humanismo.

No podemos concluir estas rápidas observaciones sobre este gran Padre de la Iglesia sin mencionar la eficaz contribución que dio a la salvaguarda de los elementos positivos y válidos de las antiguas culturas judía, griega y romana en la naciente civilización cristiana. San Jerónimo reconoció y asimiló los valores artísticos, la riqueza de los sentimientos y la armonía de las imágenes presentes en los clásicos, que educan el

corazón y la fantasía despertando sentimientos nobles.

Sobre todo, puso en el centro de su vida y de su actividad la palabra de Dios, que indica al hombre las sendas de la vida, y le revela los secretos de la santidad. Por todo esto no podemos menos de sentirnos profundamente agradecidos a san Jerónimo, precisamente en nuestro tiempo.

Miércoles ,21 de noviembre de 2007. Afraates el sabio persa

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestro recorrido por el mundo de los Padres de la Iglesia, hoy quiero guiaros hacia una parte poco conocida de este universo de la fe, es decir, a los territorios en los que florecieron las Iglesias de lengua semítica, sobre las que todavía no había influido el pensamiento griego. Esas Iglesias se desarrollaron a lo largo del siglo IV en Oriente Próximo, desde Tierra Santa hasta el Líbano y Mesopotamia.

Durante ese siglo, que fue un período de formación a nivel eclesial y literario, en dichas comunidades se manifestó el fenómeno ascético-monástico con características autóctonas, que no experimentaron la influencia del monaquismo egipcio. Por tanto, las comunidades siríacas del siglo IV representan al mundo semítico, del que

salió la Biblia misma, y son expresión de un cristianismo cuya formulación teológica aún no había entrado en contacto con corrientes culturales diversas, sino que vivía de formas de pensamiento propias. Son Iglesias en las que el ascetismo bajo varias formas eremíticas (eremitas en el desierto, en las cuevas, reclusos y estilitas) y el monaquismo bajo formas de vida comunitaria desempeñan un papel de vital importancia en el desarrollo del pensamiento teológico y espiritual.

Quiero presentar este mundo a través de la gran figura de Afraates, conocido también con el sobrenombre de “sabio”, uno de los personajes más importantes y, al mismo tiempo, más enigmáticos del cristianismo siríaco del siglo IV.

Originario de la región de Nínive-Mosul, hoy en Irak, vivió en la primera mitad del siglo IV. Tenemos pocas noticias sobre su vida; en cualquier caso, mantuvo relaciones estrechas con los ambientes ascético-monásticos de la Iglesia siríaca, acerca de la cual nos transmitió algunas noticias en su obra y a la cual dedicó parte de su reflexión. Según algunas fuentes, dirigió incluso un monasterio y, por último, fue consagrado obispo. Escribió veintitrés discursos conocidos con el nombre de *Exposiciones* o *Demostraciones*, en los que trató diversos temas de vida cristiana, como la fe, el amor, el ayuno, la humildad, la oración, la misma vida ascética, y también la relación entre judaísmo y cristianismo, entre Antiguo

y Nuevo Testamento. Escribió con un estilo sencillo, con frases breves y con paralelismos a veces contrastantes; sin embargo, logró hacer una reflexión coherente, con un desarrollo bien articulado de los diversos temas que trató.

Afraates era originario de una comunidad eclesial que se encontraba en la frontera entre el judaísmo y el cristianismo. Era una comunidad muy unida a la Iglesia madre de Jerusalén, y sus obispos eran elegidos tradicionalmente de entre los así llamados “familiares” de Santiago, el “hermano del Señor” (cf. *Mc* 6, 3), es decir, eran personas unidas con vínculos de sangre y de fe a la Iglesia jerosolimitana.

La lengua de Afraates era el siríaco; por tanto, una lengua semítica como el hebreo del Antiguo Testamento y el arameo, hablado por Jesús mismo. La comunidad eclesial en la que vivió Afraates era una comunidad que trataba de permanecer fiel a la tradición judeocristiana, de la que se sentía hija. Por eso, mantenía una relación estrecha con el mundo judío y con sus libros sagrados. Afraates, significativamente, se definía a sí mismo “discípulo de la sagrada Escritura” del Antiguo y del Nuevo Testamento (*Exposición* 22, 26), que consideraba su única fuente de inspiración, recurriendo a ella tan a menudo que la convierte en el centro de su reflexión.

Los temas que Afraates desarrolla en sus *Exposiciones* son muy varia-

dos. Fiel a la tradición siríaca, presenta a menudo la salvación realizada por Cristo como una curación y, por consiguiente, presenta a Cristo mismo como médico. En cambio, considera el pecado como una herida, que sólo la penitencia puede sanar: “Un hombre que ha sido herido en la batalla -decía Afraates- no se avergüenza de ponerse en manos de un médico sabio (...); del mismo modo, quien ha sido herido por Satanás no debe avergonzarse de reconocer su culpa y alejarse de ella, pidiendo la medicina de la penitencia” (*Exposición 7, 3*).

Otro aspecto importante en la obra de Afraates es su enseñanza sobre la oración y, en especial, sobre Cristo como maestro de oración. El cristiano ora siguiendo la enseñanza de Jesús y su ejemplo orante: “Así, nuestro Salvador ha enseñado a orar, diciendo: “Ora en lo secreto a Aquél que está en lo secreto, pero ve todo”; y también: “Entra en tu aposento y ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Entra en tu aposento y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (*Mt 6, 6*) (...). Lo que quiere mostrar nuestro Salvador es que Dios conoce los deseos y los pensamientos del corazón” (*Exposición 4, 10*).

Para Afraates, la vida cristiana se centra en la imitación de Cristo, en tomar su yugo y seguirlo por el camino del Evangelio. Una de las virtudes

más convenientes para el discípulo de Cristo es la humildad. No es un aspecto secundario en la vida espiritual del cristiano: la naturaleza del hombre es humilde, y es Dios quien la eleva a su misma gloria. La humildad -observa Afraates- no es un valor negativo: “Aunque la raíz del hombre está plantada en la tierra, sus frutos suben hasta el Señor de la grandeza” (*Exposición 9, 14*). Si es humilde, el cristiano, incluso en la realidad terrena en la que vive, puede entrar en relación con el Señor: “El humilde es humilde, pero su corazón se eleva a alturas excelsas. Los ojos de su rostro observan la tierra; y los ojos de su mente, la altura excelsa” (*Exposición 9, 2*).

La visión que tiene Afraates del hombre y de su realidad corporal es muy positiva: el cuerpo humano, siguiendo el ejemplo de Cristo humilde, está llamado a la belleza, a la alegría y a la luz: “Dios se acerca al hombre que ama, y es justo amar la humildad y permanecer en la condición de humildad. Los humildes son sencillos, pacientes, amados, íntegros, rectos, expertos en el bien, prudentes, serenos, sabios, tranquilos, pacíficos, misericordiosos, dispuestos a convertirse, benévolo, profundos, ponderados, agradables y deseables” (*Exposición 9, 14*).

En Afraates la vida cristiana se presenta a menudo con una clara dimensión ascética y espiritual: la fe es su base, su fundamento, pues transforma al hombre en un templo donde habita

Cristo mismo. Así pues, la fe hace posible una caridad sincera, que se manifiesta en el amor a Dios y al prójimo.

Otro aspecto importante en Afraates es el ayuno, que interpretaba en sentido amplio. Hablaba del ayuno del alimento como una práctica necesaria para ser caritativo y virgen, del ayuno constituido por la continencia con vistas a la santidad, del ayuno de las palabras vanas o detestables, del ayuno de la cólera, del ayuno de la propiedad de los bienes con vistas al ministerio, y del ayuno del sueño para dedicarse a la oración.

Queridos hermanos y hermanas, para concluir, volvamos una vez más a la enseñanza de Afraates sobre la oración. Según este antiguo “sabio”,

la oración se realiza cuando Cristo habita en el corazón del cristiano, y lo invita a un compromiso coherente de caridad con el prójimo. En efecto, escribe: “Consuela a los afligidos; visita a los enfermos; sé solícito con los pobres: ésta es la oración. La oración es buena, y sus obras son hermosas. La oración es aceptada cuando consuela al prójimo. La oración es escuchada cuando en ella se encuentra también el perdón de las ofensas. La oración es fuerte cuando está llena de la fuerza de Dios” (*Exposición 4*, 14-16).

Con estas palabras, Afraates nos invita a una oración que se convierte en vida cristiana, en vida realizada, en vida impregnada de fe, de apertura a Dios y, así, de amor al prójimo.

CARTAS

*Carta del Papa, Benedicto XVI,
al Director de
L'Osservatore Romano*

Al ilustrísimo señor, Profesor
GIOVANNI MARIA VIAN

Con gran estima y sincero afecto le dirijo mi saludo en el momento en que usted, querido profesor, asume el cargo de director de *L'Osservatore Romano*, un cargo de gran responsabilidad a causa de la naturaleza peculiar del diario vaticano.

Su profunda formación cultural como historiador del cristianismo, especialmente su conocimiento de la historia del papado contemporáneo, su experiencia periodística, como editorialista de varios diarios y periódicos, la decenal colaboración con “*L'Osservatore Romano*”, y también la pertenencia a una ilustre familia de gran tradición cristiana en el fiel servicio a la Santa Sede, constituyen una garantía segura para la delicada función que le ha sido encomendada.

Así se inserta usted en la larga y gran historia del “diario del Papa”, que comenzó en el año 1861 y en cuya dirección se han sucedido diversas personalidades, desde el abogado de Forlì Nicola Zanchini, juntamente con el periodista Giuseppe Bastia, los primeros que asumieron este cargo, hasta el querido y apreciado prof. Mario Agnes.

L'Osservatore Romano, fundado para sostener la libertad de la Santa Sede en un momento crítico y providencial de su historia, siempre ha difundido las enseñanzas de los Romanos Pontífices y las intervenciones de sus más íntimos colaboradores sobre los problemas cruciales que afronta la humanidad en su camino.

Es conocida la opción de imparcialidad que caracterizó la información del diario vaticano durante la primera guerra mundial. En medio de los acontecimientos que se sucedieron entonces, y después durante la segunda tragedia bélica del siglo XX, *L'Osservatore Romano* -desde finales de 1929 trasladado al interior del Estado vaticano- acrecentó ulteriormente su prestigio y su difusión, entre otras razones gracias a la posibilidad que tenía el diario de servirse de fuentes de información que en aquel período sólo podía garantizar la independencia vaticana.

Precisamente entonces, a este órgano de información autorizado y respetado se le sumaron importantes periódicos (*L'Illustrazione vaticana*, *L'Osservatore*

della Domenica, Ecclesia), y más tarde comenzó a publicarse en ediciones periódicas en diversas lenguas, para asegurarle una difusión realmente internacional.

Esta dimensión mundial, que será aún mucho más concreta y eficaz a través de las posibilidades que brinda actualmente la presencia “en la red”, resulta muy importante para expresar verdaderamente la realidad de la Iglesia universal, la comunión de todas las Iglesias locales y su arraigo en las diversas situaciones, en un contexto de sincera amistad con respecto a las mujeres y los hombres de nuestro tiempo.

L'Osservatore Romano, buscando y creando ocasiones de confrontación, podrá servir cada vez mejor a la Santa Sede, mostrando la fecundidad del encuentro entre la fe y la razón, gracias al cual resulta posible también una cordial colaboración entre creyentes y no creyentes. Obviamente, su tarea fundamental sigue siendo la de favorecer en las culturas de nuestro tiempo la apertura confiada y, al mismo tiempo, profundamente razonable a lo Trascendente, sobre la que se funda, en último término, el respeto de la dignidad y de la auténtica libertad de todo ser humano.

Invocando sobre usted, sobre el subdirector doctor Carlo Di Cicco, así como sobre los colaboradores y sobre todos los que trabajan en la realización del Diario, la maternal protección de

María santísima y la intercesión de san Pedro, de buen grado imparto mi bendición a todos como prenda de abundantes favores celestiales.

Vaticano, 27 de octubre de 2007

*Carta del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión de la XII sesión pública de
las Academias Pontificias*

Al venerado hermano Mons. GIANFRANCO RAVASI, Presidente del Consejo pontificio para la cultura.

Con ocasión de la XII sesión pública de las Academias pontificias, cuyo consejo de coordinación preside usted, me alegra dirigirle, querido hermano, un saludo especial juntamente con mis mejores deseos de un fecundo ministerio, orientado a promover e incrementar el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo.

En esta circunstancia deseo, asimismo, dar muy cordialmente las gracias al señor cardenal, Paul Poupard, por el generoso y valioso servicio que ha prestado a la Iglesia durante sus veinticinco años de trabajo como presidente del Consejo pontificio para la cultura, y por el impulso que dio a las Academias pontificias, cuya renovación institucional promovió y cuya actividad al servicio de toda la Iglesia alentó.

Siguiendo esta línea, mi predecesor, de venerada memoria, el Papa Juan Pablo II instituyó en 1996 un premio especial destinado a animar y sostener la investigación y el empeño de jóvenes estudiosos y de instituciones particularmente beneméritas que, con sus actividades culturales o artísticas específicas, contribuyen de modo significativo a la promoción del humanismo cristiano al inicio del tercer milenio.

La celebración de esta sesión pública renueva de año en año una ocasión específica de encuentro y de colaboración entre las Academias pontificias, reunidas en su consejo de coordinación, para armonizar las diversas iniciativas, todas ellas orientadas a un objetivo preciso: promover, tanto en la Iglesia como en el mundo profano, una cultura digna de la existencia humana, fecundada por la fe, capaz de proponer la belleza de la vida cristiana y de responder adecuadamente a los desafíos, cada vez más numerosos, del actual contexto cultural y religioso.

Así pues, juntamente con usted, señor presidente, saludo a los señores cardenales, a los hermanos en el episcopado, a los embajadores, a los sacerdotes, a los responsables y a los miembros de las Academias pontificias, y a todos los participantes en el encuentro. En esta solemne sesión pública han sido protagonistas dos Academias -la Academia pontificia romana de arqueología y la Academia pontificia *cultorum martyrum*-, las cuales han

propuesto el tema de este encuentro: “Testigos de su amor (*Sacramentum caritatis*, 85). El amor de Dios manifestado por los mártires y por las obras de la Iglesia”.

Me complace especialmente la elección de este tema, particularmente querido por mí, que remite a un capítulo significativo de la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*. En ella subrayé una vez más el nexo fundamental entre la celebración de los misterios divinos y el testimonio de la vida, entre la experiencia de encuentro con el misterio de Dios, fuente de asombro y de alegría interior, y el dinamismo de un compromiso renovado que nos lleva a ser, precisamente, “testigos de su amor”. Recordando que Jesús mismo es “el testigo fiel y veraz” (cf. *Ap* 1, 5), enviado por el Padre al mundo para dar testimonio de la verdad (cf. *Jn* 18, 37), debemos convencernos de que precisamente el testimonio coherente y convencido de los creyentes es “el medio como la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitándolo a acoger libremente esta novedad radical” (*Sacramentum caritatis*, 85).

A este propósito, hoy es más necesario que nunca volver a proponer el ejemplo de los mártires cristianos, tanto de la antigüedad como de nuestro tiempo, en cuya vida y en cuyo testimonio, llevado hasta el derramamiento de la sangre, se manifiesta de modo supremo el amor de Dios.

También mi venerado predecesor, el siervo de Dios, Juan Pablo II, propuso a toda la Iglesia, sobre todo en el contexto del gran jubileo del año 2000, el ejemplo de los mártires, y en la bula de convocación de ese jubileo, *Incarnationis mysterium*, escribió: “Un signo perenne, pero hoy particularmente significativo, de la verdad del amor cristiano es la *memoria de los mártires*. Que no se olvide su testimonio. Ellos son los que han anunciado el Evangelio dando su vida por amor. El mártir, sobre todo en nuestros días, es signo de ese amor más grande que compendia cualquier otro valor” (n. 13).

Asimismo, merecen especial mención todas las obras de caridad que han florecido a lo largo de los siglos gracias al compromiso de fieles generosos. En estos veinte siglos de historia cristiana, muchísimos creyentes, pastores o fieles, impulsados por el fuego interior del amor a Cristo, han creado y promovido iniciativas de caridad e instituciones benéficas, para salir al encuentro de las necesidades de los más pobres y manifestar así de un modo concreto el nexo íntimo e indisoluble que existe entre amor a Dios y amor al prójimo. También en la actualidad numerosas obras de caridad promovidas por los creyentes constituyen un testimonio extraordinario de lo que puede hacer el amor de Dios cuando es acogido en el corazón del hombre.

Algunos estudiosos han hecho objeto de atento análisis esta historia glo-

riosa. Siguiendo la tradición, que ya tiene más de diez años, le ruego, señor presidente, que entregue el premio de las Academias pontificias, que a propuesta del consejo de coordinación entre las Academias pontificias, ha sido atribuido al doctor Antongiulio Granelli por la tesis de doctorado que lleva por título: *Il cimitero di Panfilo sulla via Salaria vetus a Roma*, defendida en la Universidad “La Sapienza” de Roma. En ella, a través de un estudio profundo, realizado con un enfoque interdisciplinar, se ilustra el cementerio de Pánfilo, poco estudiado con anterioridad, colocándolo en el sugestivo contexto del testimonio cristiano desarrollado en el primer tramo de la vía *Salaria vetus*, cuyo símbolo más elocuente, documentado en el cementerio por un grafito, es el mártir Pánfilo.

Asimismo, aceptando la sugerencia del mismo consejo de coordinación, le ruego que entregue también, como signo de aprecio y de aliento, una medalla del pontificado al estudioso doctor Massimiliano Ghilardi, por la obra: *“Gli arsenali della fede. Tre saggi su apologia e propaganda delle catacombe romane”*, Roma 2006. Este libro repasa los acontecimientos relativos al descu-

brimiento de catacumbas e hipogeos cristianos, poniendo de relieve el uso apologético de esos descubrimientos.

Por último, señor presidente, le ruego que manifieste a todos los académicos, y especialmente a los miembros de la Academia pontificia romana de arqueología y de la Academia pontificia *cultorum martyrum*, mi vivo aliento a proseguir con entusiasmo siempre renovado su labor, para que su compromiso en los diversos ámbitos culturales y artísticos sea realmente un testimonio luminoso y bello, que resplandezca también ante los hombres de hoy impulsándolos a glorificar al Padre que está en los cielos (cf. *Mt* 5, 16).

Con estos sentimientos, a la vez que encomiendo a cada uno de los miembros de las Academias pontificias a la intercesión celestial de los santos mártires, testigos del amor de Dios, así como a la materna protección de la santísima Virgen María, Madre de Cristo y Reina de los mártires, le imparto de corazón a usted, señor presidente, y a todos los presentes una bendición apostólica especial.

Vaticano, 8 de noviembre de 2007

DISCURSOS

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Sesión
Plenaria de la Comisión
Teológica Internacional*

Viernes 5 de octubre de 2007

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado; ilustres profesores y queridos colaboradores:

Os acojo con alegría al final de los trabajos de vuestra sesión plenaria anual. Ante todo deseo expresar mi profundo agradecimiento por las palabras de saludo que me ha dirigido, en nombre de todos, usted, señor cardenal, como presidente de la Comisión teológica internacional.

Los trabajos de este séptimo “quinquenio” de la Comisión teológica internacional, como ha recordado usted, señor cardenal, ya han dado un fruto concreto con la publicación del documento “La esperanza de la salvación para los niños que mueren sin bautismo”. En él se afronta este tema en el contexto de la voluntad salvífica universal de Dios, de la universalidad de la mediación única de Cristo, del primado de la gracia divina y de la sacramentalidad de la Iglesia. Confío en que este documento constituya un punto de referencia útil para los pastores de la Iglesia y para los teólogos, y también una ayuda y una fuente de consuelo para los fieles que han sufrido

en sus familias la muerte inesperada de un niño antes de que recibiera el baño de regeneración.

Vuestras reflexiones podrán ser también una oportunidad para profundizar e investigar ulteriormente ese tema. En efecto, es necesario penetrar cada vez más a fondo en la comprensión de las diferentes manifestaciones del amor de Dios a todos los hombres, especialmente a los más pequeños y a los más pobres, que nos fue revelado en Cristo.

Os felicito por los resultados ya alcanzados y, al mismo tiempo, os aliento a continuar con empeño el estudio de los demás temas propuestos para este quinquenio, sobre los cuales ya habéis trabajado en los años pasados y en esta sesión plenaria. Como ha recordado usted, señor cardenal, se trata de los fundamentos de la ley moral natural y los principios de la teología y de su método. En la audiencia del 1 de diciembre de 2005 presenté algunas líneas fundamentales del trabajo que el teólogo debe desempeñar en comunión con la voz viva de la Iglesia, bajo la guía del Magisterio.

Ahora quiero hablar en particular sobre el tema de la ley moral natural.

Como probablemente es sabido, por invitación de la Congregación para la doctrina de la fe, varios centros univer-

sitarios y asociaciones han celebrado o están organizando simposios o jornadas de estudio para encontrar líneas y convergencias útiles para profundizar de forma constructiva y eficaz en la doctrina sobre la ley moral natural. Esta invitación ha encontrado hasta ahora una acogida positiva y un gran eco. Por tanto, se espera con mucho interés la contribución de la Comisión teológica internacional, orientada sobre todo a justificar e ilustrar los fundamentos de una ética universal, perteneciente al gran patrimonio de la sabiduría humana, que de algún modo constituye una participación de la criatura racional en la ley eterna de Dios.

Así pues, no se trata de un tema de índole exclusiva o principalmente “confesional”, aunque la doctrina sobre la ley moral natural esté iluminada y se desarrolle en plenitud a la luz de la Revelación cristiana y de la realización del hombre en el misterio de Cristo.

El *Catecismo de la Iglesia católica* resume bien el contenido central de la doctrina sobre la ley natural, revelando que indica “los preceptos primeros y esenciales que rigen la vida moral. Tiene por raíz la aspiración y la sumisión a Dios, fuente y juez de todo bien, así como el sentido del prójimo en cuanto igual a sí mismo. Está expuesta, en sus principales preceptos, en el Decálogo. Esta ley se llama natural no por referencia a la naturaleza de los seres irracionales, sino porque la razón

que la proclama pertenece propiamente a la naturaleza humana” (n. 1955).

Con esta doctrina se logran dos objetivos esenciales: por una parte, se comprende que el contenido ético de la fe cristiana no constituye una imposición dictada a la conciencia del hombre desde el exterior, sino una norma que tiene su fundamento en la misma naturaleza humana; por otra, partiendo de la ley natural, que puede ser descubierta por toda criatura racional, con ella se pone la base para entablar el diálogo con todos los hombres de buena voluntad y, más en general, con la sociedad civil y secular.

Precisamente a causa de la influencia de factores de orden cultural e ideológico, la sociedad civil y secular se encuentra hoy en una situación de desvarío y confusión: se ha perdido la evidencia originaria de los fundamentos del ser humano y de su obrar ético, y la doctrina de la ley moral natural se enfrenta con otras concepciones que constituyen su negación directa.

Todo esto tiene enormes y graves consecuencias en el orden civil y social. En muchos pensadores parece dominar hoy una concepción positivista del derecho. Según ellos, la humanidad, o la sociedad, o de hecho la mayoría de los ciudadanos, se convierte en la fuente última de la ley civil. El problema que se plantea no es, por tanto, la búsqueda del bien, sino del poder, o más bien, del equilibrio de poderes.

En la raíz de esta tendencia se encuentra el *relativismo ético*, en el que algunos ven incluso una de las condiciones principales de la democracia, porque el relativismo garantizaría la tolerancia y el respeto recíproco de las personas. Pero, si fuera así, la mayoría que existe en un momento determinado se convertiría en la última fuente del derecho. La historia demuestra con gran claridad que las mayorías pueden equivocarse. La verdadera racionalidad no queda garantizada por el consenso de un gran número de personas, sino sólo por la transparencia de la razón humana a la Razón creadora y por la escucha común de esta Fuente de nuestra racionalidad.

Cuando están en juego las exigencias fundamentales de la dignidad de la persona humana, de su vida, de la institución familiar, de la equidad del ordenamiento social, es decir, los derechos fundamentales del hombre, ninguna ley hecha por los hombres puede traspasar la norma escrita por el Creador en el corazón del hombre, sin que la sociedad misma quede herida dramáticamente en lo que constituye su fundamento irrenunciable. Así, la ley natural se convierte en la verdadera garantía ofrecida a cada persona para vivir libre, respetada en su dignidad y protegida de toda manipulación ideológica y de todo arbitrio o abuso del más fuerte.

Nadie puede sustraerse a esta exigencia. Si, por un trágico oscurecimiento de la conciencia colectiva, el escepticismo y el relativismo ético llegaran a cancelar los

principios fundamentales de la ley moral natural, el mismo ordenamiento democrático quedaría radicalmente herido en sus fundamentos. Contra este oscurecimiento, que es crisis de la civilización humana, antes incluso que cristiana, es necesario movilizar la conciencia de todos los hombres de buena voluntad, tanto laicos como pertenecientes a religiones diferentes del cristianismo, para que juntos y de manera efectiva se comprometan a crear, en la cultura y en la sociedad civil y política, las condiciones necesarias para una plena conciencia del valor inalienable de la ley moral natural. Del respeto de esta ley depende, de hecho, que las personas y la sociedad avancen por el camino del auténtico progreso, en conformidad con la recta razón, que es participación en la Razón eterna de Dios.

Juntamente con mi gratitud, os expreso a todos mi aprecio por la entrega que os caracteriza y mi estima por el trabajo que habéis desarrollado y que estáis desarrollando. Con mis mejores deseos para vuestros compromisos futuros, os imparto con afecto mi bendición.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros del Cabildo
de la Basílica Vaticana*

Sala del Consistorio.

Lunes, 8 de octubre de 2007

Queridos miembros del cabildo vaticano:

Desde hace tiempo deseaba encontrarme con vosotros, y aprovecho de buen grado esta ocasión para manifestaros personalmente mi estima y mi afecto. Os dirijo un saludo cordial a cada uno. En particular, saludo al arcipreste, monseñor Angelo Comastri, al que agradezco las palabras con las que ha presentado a esta antigua y venerable institución. Saludo también al vicario, monseñor Vittorio Lanzani, a los canónigos y a los coadjutores. He apreciado que usted, señor arcipreste, haya recordado la presencia ininterrumpida de clero orante en la basílica vaticana desde los tiempos de san Gregorio Magno: una presencia continua, que voluntariamente no ha querido ser llamativa, sino fiel y perseverante.

Sin embargo, precisamente vosotros, queridos canónigos, sabéis bien que vuestro cabildo comenzó en el año 1053, cuando el Papa, León IX, confirmó al arcipreste y a los canónigos de San Pedro, establecidos en el monasterio de san Esteban el Mayor, las posesiones y los privilegios concedidos por sus predecesores. Después, en el pontificado de Eugenio IV (1145-1153), el cabildo asumió las características de una comunidad bien estructurada y autónoma. En suma, hubo un paso largo y gradual desde una estructura monástica, puesta al servicio de la basílica, hasta la actual estructura canónica.

Bajo la guía del arcipreste, la actividad del cabildo vaticano se orientó desde sus orígenes hacia diversos ámbitos

de compromiso: el ámbito litúrgico, para la celebración coral y la atención diaria de los servicios anexos al culto; el ámbito administrativo, para la gestión del patrimonio de la basílica y de las iglesias filiales; el ámbito pastoral, en el que el cabildo tenía el encargo de la pastoral del barrio Borgo; y el ámbito caritativo, en el que el cabildo prestaba servicios propios de asistencia y de colaboración con el hospital del Espíritu Santo y otras instituciones.

Desde el siglo XI hasta hoy, se cuentan once Papas que formaron parte del cabildo vaticano, y entre estos me complace recordar en particular a dos Papas del siglo XX: Pío XI y Pío XII. Desde el siglo XVI, cuando comenzó la construcción de la nueva basílica -el año pasado celebramos el V centenario de la colocación de la primera piedra-, la historia del cabildo vaticano se entrelaza con la de la Fábrica de san Pedro, dos instituciones separadas, pero unidas en la persona del arcipreste, que se encarga de garantizar una beneficiosa colaboración recíproca.

En el siglo pasado, especialmente durante los últimos decenios, la actividad del cabildo en la vida de la basílica vaticana se orientó progresivamente hacia el redescubrimiento de sus verdaderas funciones originarias, que consisten sobre todo en el ministerio de la oración. Si la oración es fundamental para todos los cristianos, para vosotros, queridos hermanos, es una tarea, por decirlo así, “profesional”. Como dije durante mi

reciente viaje a Austria, la oración es servicio al Señor, que merece ser alabado y adorado siempre, y al mismo tiempo es testimonio para los hombres. Y donde se alaba y adora a Dios con fidelidad, no falta la bendición (cf. *Discurso a los monjes cistercienses de la abadía de Heiligenkreuz*, 9 de septiembre de 2007: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 21 de septiembre de 2007, p. 6). La naturaleza propia del cabildo vaticano y la contribución que el Papa espera de vosotros es recordar con vuestra presencia orante junto a la tumba de san Pedro que no se debe anteponer nada a Dios; que la Iglesia está totalmente orientada a él, a su gloria; que el primado de Pedro está al servicio de la unidad de la Iglesia y que esta, a su vez, está al servicio del designio salvífico de la santísima Trinidad.

Queridos y venerados hermanos, confío mucho en vosotros y en vuestro ministerio para que la basílica de San Pedro sea un auténtico lugar de oración, de adoración y de alabanza al Señor. En este lugar sagrado, adonde llegan cada día miles de peregrinos y turistas de todo el mundo, más que en cualquier otro lugar es necesario que junto a la tumba de San Pedro haya una comunidad estable de oración, que garantice continuidad con la tradición y al mismo tiempo interceda por las intenciones del Papa en el hoy de la Iglesia y del mundo.

Desde esta perspectiva, invoco sobre vosotros la protección de san Pedro, de

san Juan Crisóstomo, cuyas reliquias se conservan precisamente en vuestra capilla, y de los demás santos y beatos presentes en la basílica. Que sobre vosotros vele la Virgen Inmaculada, cuya imagen venerada por vosotros en la capilla del Coro fue coronada por el beato Pío IX en 1854 y rodeada de estrellas cincuenta años después, en 1904, por san Pío X.

Os doy las gracias una vez más por el celo con que lleváis a cabo vuestra tarea y, a la vez que os aseguro un recuerdo especial en la santa misa, os imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros y a vuestros seres queridos.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
con motivo de la conclusión de
los trabajos de restauración
del portón de bronce*

Venerados hermanos; ilustres señores y señoras; queridos hermanos y hermanas:

Nos hemos dado cita en este lugar, que constituye el ingreso principal al palacio apostólico, para bendecir e inaugurar el Portón de Bronce completamente restaurado después de dos años de paciente y esmerado trabajo. Se trata de un acontecimiento que de por sí no tiene gran relieve, pero es significativo por la función que desempeña este singular Portón y por los siglos de historia eclesial que ha visto trans-

currir. Por tanto, os agradezco vuestra presencia y os dirijo a cada uno mi cordial saludo.

Este Portón fue realizado por Giovanni Battista Soria y Orazio Censore durante el pontificado de Pablo V, que entre los años 1617 y 1619 quiso renovar completamente toda la estructura de la *Porta Palatii*. En el año 1663, después de la imponente intervención arquitectónica debida al genio de Gian Lorenzo Bernini, fue desplazado hasta su posición actual, es decir, en el umbral entre la columnata de la plaza de San Pedro y el brazo de Constantino.

Desgastado por el tiempo, se pensó restaurarlo con ocasión del gran jubileo del año 2000, pero esta operación de restauración radical sólo fue posible algunos años después. De este modo, el Portón fue desmontado y no sólo se le devolvió su belleza originaria según los métodos y las técnicas más modernas, sino que también se consolidó con acero en su interior. Y ahora ha vuelto a ocupar su lugar y a desempeñar su función, bajo el hermoso mosaico que representa a la Virgen con el Niño entre san Pedro y san Pablo.

Precisamente porque marca el acceso a la casa de aquél a quien el Señor llamó a guiar como padre y pastor a todo el pueblo de Dios, este Portón asume un valor simbólico y espiritual. Lo cruzan quienes vienen a encontrarse con el Sucesor de Pedro. Pasan por él

peregrinos y visitantes que se dirigen a las diferentes oficinas del palacio apostólico. Expreso de corazón el deseo de que todos los que entran por el Portón de Bronce se sientan acogidos, desde su ingreso, por el abrazo del Papa. La casa del Papa está abierta a todos.

Manifiesto mi aprecio y mi agradecimiento a quienes han hecho posible esta urgente y radical obra de restauración. Ante todo a quienes han dirigido y realizado los trabajos en sus diferentes fases: a los Servicios técnicos de la Gobernación y a los laboratorios de restauración de los Museos vaticanos, que se han servido de la colaboración competente de empresas especializadas para las partes de madera y de metal.

Se ha podido afrontar esta larga y ardua intervención gracias a la generosa ayuda económica de la Orden ecuestre del Santo Sepulcro y del Crédito artesano. Por tanto, expreso mi profunda gratitud a estas dos instituciones, que así han querido renovar una manifestación de fidelidad al Sumo Pontífice y de atención a los bienes artísticos de la Santa Sede. Mi agradecimiento más sincero se extiende a quienes, de diversas maneras, han dado su contribución.

Y ahora aseguro un recuerdo en la oración a los responsables, a los obreros y a los bienhechores, así como a cada uno de vosotros, aquí presentes, a la vez que con afecto imparto a todos la bendición apostólica.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita al Instituto Pontificio
de Música Sacra*

Sábado, 13 de octubre de 2007

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos profesores y alumnos del Instituto pontificio de música sacra:

En el memorable día 21 de noviembre de 1985 mi amado predecesor, el Papa, Juan Pablo II, visitó esta *aedes Sancti Hieronymi de Urbe*, donde, desde su fundación, en 1932, por obra del Papa Pío XI, una comunidad elegida de monjes benedictinos había trabajado diligentemente en la revisión de la *Biblia Vulgata*. Era el momento en que, por voluntad de la Santa Sede, el Instituto pontificio de música sacra se había trasladado aquí, aun conservando en la antigua sede del palacio de san Apolinar la histórica sala Gregorio XIII, la sala Académica o aula magna del Instituto, que aún hoy es, por decirlo así, el “santuario” donde se celebran las solemnes academias y los conciertos. El gran órgano, donado al Papa Pío XI por la señora Justine Ward en 1932, ha sido restaurado ahora íntegramente con la generosa contribución del Gobierno de la “Generalitat” de Cataluña. Me alegra saludar en este momento a los representantes de dicho Gobierno aquí presentes.

He venido con alegría a la sede didáctica del Instituto pontificio de música

sacra, completamente renovada. Con mi visita quedan inaugurados y bendecidos los imponentes trabajos de restauración llevados a cabo durante estos últimos años por iniciativa de la Santa Sede y con la significativa contribución de varios bienhechores, entre los cuales destaca la fundación “Pro musica e arte sacra”, que se ha encargado de la restauración íntegra de la biblioteca. También quiero inaugurar y bendecir idealmente las restauraciones efectuadas en la sala Académica donde, en el palco, junto al gran órgano mencionado, se ha colocado un magnífico piano, donado por Telecom Italia Mobile al amado Papa Juan Pablo II para “su” Instituto de música sacra.

Expreso ahora mi agradecimiento al señor cardenal Zenon Grocholewski, prefecto de la Congregación para la educación católica y vuestro gran canciller, por las palabras de saludo que me ha dirigido en vuestro nombre. En esta circunstancia confirmo de buen grado mi estima y mi satisfacción por el trabajo que el cuerpo académico, reunido en torno al director, lleva a cabo con sentido de responsabilidad y con apreciada profesionalidad. Saludo a todos los presentes: a los familiares, con sus hijos, y a los amigos que los acompañan; a los oficiales, al personal, a los alumnos y a los residentes, así como a los representantes de la *Asociación internacional de música sacra* y de la *Federación internacional de “pueri cantores”*.

Vuestro Instituto pontificio se está encaminando a grandes pasos hacia el centenario de su fundación por obra del santo Pontífice Pío X, que en 1911, con el breve *Expleverunt desiderii*, erigió la “Escuela superior de música sacra”, la cual, después de sucesivas intervenciones de Benedicto XV y de Pío XI, con la constitución apostólica *Deus scientiarum Dominus* del mismo Pío XI se convirtió en el Instituto pontificio de música sacra, también hoy activamente comprometido en el cumplimiento de su misión originaria al servicio de la Iglesia universal.

Numerosos alumnos, que vienen aquí de todas las partes del mundo para formarse en las disciplinas de la música sacra, se convierten a su vez en formadores en sus respectivas Iglesias locales. Y ¡cuántos han sido en el arco de casi un siglo! En este momento me alegra dirigir un cordial saludo a quien, en su espléndida longevidad, representa en cierto modo la “memoria histórica” del Instituto y personifica a muchos otros que han trabajado aquí: el maestro monseñor Domenico Bartolucci.

En esta sede me complace recordar lo que dice el concilio Vaticano II con respecto a la música sacra: en la línea de una tradición secular, el Concilio afirma que “constituye un tesoro de valor inestimable que sobresale entre las demás expresiones artísticas, principalmente porque el canto sagrado, unido a las palabras, constituye una

parte necesaria o integral de la liturgia solemne” (*Sacrosanctum Concilium*, 112).

¡Cuán rica es la tradición bíblica y patristica al subrayar la eficacia del canto y de la música sacra para mover los corazones y elevarlos hasta penetrar, por decirlo así, en la misma intimidad de la vida de Dios! Muy consciente de ello, Juan Pablo II afirmó que hoy, como siempre, tres características distinguen la música sacra litúrgica: la “santidad”, el “arte verdadero” y la “universalidad”, es decir, la posibilidad de proponerla a cualquier pueblo o tipo de asamblea (cf. quirógrafo “Impulsado por el vivo deseo”, 22 de noviembre de 2003).

Precisamente por esto, la autoridad eclesiástica debe comprometerse a orientar sabiamente el desarrollo de un género de música tan exigente, no “congelando” su tesoro, sino tratando de insertar en la herencia del pasado las novedades válidas del presente, para llegar a una síntesis digna de la elevada misión reservada a ella en el servicio divino.

Estoy seguro de que el Instituto pontificio de música sacra, en sintonía con la Congregación para el culto divino, dará su contribución con vistas a una actualización, adecuada a nuestros tiempos, de las valiosas tradiciones que atesora la música sacra. Por tanto, a vosotros, queridos profesores y alumnos de este Instituto

pontificio, os encomiendo esta tarea exigente y a la vez apasionada, con la certeza de que constituye un valor de gran importancia para la vida misma de la Iglesia.

A la vez que invoco sobre vosotros la protección materna de la Virgen del Magnificat y la intercesión de san Gregorio Magno y de santa Cecilia, os aseguro un constante recuerdo en la oración. Deseándoos que el nuevo año académico que está a punto de comenzar esté lleno de toda gracia, os imparto de corazón a todos una especial bendición apostólica.

*Palabras del Papa, Benedicto XVI,
durante el encuentro
con los líderes religiosos*

*Seminario mayor arzobispal
de Capodimonte
Domingo 21 de octubre de 2007*

Santidad; Beatitudes; ilustres autoridades; líderes de las Iglesias y comunidades eclesiales; amables representantes de las grandes religiones mundiales:

Aprovecho de buen grado esta ocasión para saludar a las personalidades que han venido aquí, a Nápoles, para el XXI Encuentro sobre el tema: “Por un mundo sin violencia: religiones y culturas en diálogo”. Lo que vosotros representáis expresa, en cierto sentido, los diferentes mundos y patrimo-

nios religiosos de la humanidad, que la Iglesia católica mira con sincero respeto y cordial atención. Quiero manifestar mi aprecio al señor cardenal Crescenzo Sepe y a la archidiócesis de Nápoles, que acoge este encuentro, así como a la Comunidad de San Egidio, que trabaja con empeño para fomentar el diálogo entre religiones y culturas según el “espíritu de Asís”.

Este encuentro nos remonta idealmente al año 1986, cuando mi venerado predecesor, Juan Pablo II, invitó a altos representantes religiosos a orar por la paz en la colina de san Francisco, subrayando en aquella circunstancia el vínculo intrínseco que une una auténtica actitud religiosa con la viva sensibilidad por este bien fundamental de la humanidad. En el año 2002, después de los dramáticos acontecimientos del 11 de septiembre del año anterior, el mismo Juan Pablo II volvió a convocar en Asís a los líderes religiosos, para pedir a Dios que detuviera las graves amenazas que se cernían sobre la humanidad, especialmente a causa del terrorismo.

Respetando las diferencias de las religiones, todos estamos llamados a trabajar por la paz y a un compromiso activo para promover, la reconciliación entre los pueblos. Éste es el auténtico “espíritu de Asís”, que se opone a toda forma de violencia y al abuso de la religión como pretexto para la violencia. Ante un mundo desgarrado por

conflictos, donde a veces se justifica la violencia en nombre de Dios, es importante reafirmar que las religiones jamás pueden convertirse en vehículos de odio; jamás, invocando el nombre de Dios, se puede llegar a justificar el mal y la violencia.

Al contrario, las religiones pueden y deben ofrecer valiosos recursos para construir una humanidad pacífica, porque hablan de paz al corazón del hombre. La Iglesia católica quiere seguir recorriendo el camino del diálogo para fomentar el entendimiento entre las diversas culturas, tradiciones y sabidurías religiosas. Deseo vivamente que este espíritu se difunda cada vez más sobre todo donde son más fuertes las tensiones, donde se niega la libertad y el respeto al otro, y donde hombres y mujeres sufren las consecuencias de la intolerancia y la incompreensión.

Queridos amigos, que estos días de trabajo y de escucha orante sean fructuosos para todos. Con este fin, elevo mi oración al Dios eterno, para que derrame sobre cada uno de los participantes en el encuentro la abundancia de sus bendiciones, de su sabiduría y de su amor. Que él libere el corazón de los hombres de todo odio y de toda raíz de violencia, y nos haga a todos artífices de la civilización del amor.

Os doy las gracias a todos y os expreso mis mejores deseos para este importante encuentro.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión de la inauguración oficial
del Curso Académico de las Universi-
dades Pontificias*

Jueves 25 de octubre de 2007

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias al Señor que me concede, también este año, la posibilidad de encontrarme, al inicio de un nuevo año académico, con los profesores y alumnos de las universidades pontificias y eclesiásticas presentes en Roma. Es un encuentro de oración -acaba de terminar la celebración de la santa misa, que constituye el fulcro de toda nuestra vida cristiana-; y, al mismo tiempo, es una ocasión propicia para reflexionar sobre el sentido y el valor de vuestra experiencia de estudio aquí en Roma, en el corazón de la cristiandad.

Os saludo con afecto a cada uno. Saludo, en primer lugar, al señor cardenal Zenon Grocholewski, prefecto de la Congregación para la educación católica, agradeciéndole las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros. Saludo al cardenal Ivan Dias y también a los demás prelados presentes, a los rectores de las universidades y a los miembros de los respectivos claustros de profesores, a los responsables y a los superiores de los seminarios y colegios, así como a los estudiantes, que proceden

prácticamente de todas las partes del mundo.

La cita anual, en la que se reúne idealmente aquí, en la basílica vaticana, toda la familia académica de las universidades eclesiásticas romanas, os permite, queridos amigos, percibir mejor la singular experiencia de comunión y fraternidad que podéis hacer durante estos años: una experiencia que, para ser fructuosa, necesita la aportación de todos y cada uno.

Habéis participado juntos en la celebración eucarística y juntos pasaréis este nuevo año. Tratad de crear entre vosotros un clima donde el esfuerzo del estudio y la cooperación fraterna os lleven a un enriquecimiento común, no sólo por lo que atañe al aspecto cultural, científico y doctrinal, sino también al aspecto humano y espiritual. Aprovechad al máximo las oportunidades que, al respecto, se os ofrecen en Roma, ciudad realmente única también desde este punto de vista.

Roma está llena de memorias históricas, de obras maestras de arte y de cultura; y sobre todo está llena de elocuentes testimonios cristianos. A lo largo del tiempo han surgido universidades y facultades eclesiásticas, ya más que seculares, donde se han formado enteras generaciones de sacerdotes y agentes pastorales, entre los que se encuentran grandes santos e ilustres hombres de Iglesia. En esta misma línea os insertáis también vosotros, dedicando

años importantes de vuestra vida a profundizar en las diferentes disciplinas humanísticas y teológicas.

Como escribía en 1979 el amado Juan Pablo II en la constitución apostólica *Sapientia christiana*, las finalidades de estas beneméritas instituciones son, entre otras: “Cultivar y promover, mediante la investigación científica, las propias disciplinas y, ante todo, ahondar cada vez más en el conocimiento de la Revelación cristiana y de lo relacionado con ella, estudiar a fondo sistemáticamente las verdades que en ella se contienen, reflexionar a la luz de la Revelación sobre las cuestiones que plantea cada época, y presentarlas a los hombres contemporáneos de manera adecuada a las diversas culturas” (Título I, art. 3, 1).

Este compromiso, sumamente urgente en nuestra época posmoderna, en la que existe la necesidad de una nueva evangelización, requiere maestros en la fe y heraldos y testigos del Evangelio adecuadamente preparados.

En efecto, el período de permanencia en Roma puede y debe servir para prepararos a cumplir del mejor modo posible la tarea que os espera en diversos campos de acción apostólica. La misión evangelizadora propia de la Iglesia exige, en nuestro tiempo, no sólo que se propague por doquier el mensaje evangélico, sino también que penetre a fondo en los modos de pensar, en los criterios de

juicio y en los comportamientos de la gente.

En una palabra, es preciso que toda la cultura del hombre contemporáneo sea penetrada por el Evangelio. Todas las enseñanzas que os imparten en los ateneos y centros de estudio que frecuentáis quieren contribuir a responder a este amplio y urgente desafío cultural y espiritual.

La posibilidad de estudiar en Roma, sede del Sucesor de Pedro y por tanto del ministerio petrino, os ayuda a reforzar el sentido de pertenencia a la Iglesia y el compromiso de fidelidad al magisterio universal del Papa. Además, la presencia en las instituciones académicas y en los colegios y seminarios de profesores y alumnos procedentes de todos los continentes, os brinda una oportunidad ulterior de conoceros y de experimentar cuán hermoso es formar parte de la única gran familia de Dios. Aprovechadla plenamente.

Sin embargo, queridos hermanos y hermanas, es indispensable que el estudio de las ciencias humanísticas y teológicas vaya siempre acompañado de un conocimiento íntimo y profundo, cada vez mayor, de Cristo. Eso implica que, juntamente con el interés necesario por el estudio y la investigación, tengáis un deseo sincero de santidad. Por eso, estos años de formación en Roma, además de ser tiempo de un serio y asiduo compromiso intelectual, han de ser en primer lugar tiempo de

intensa oración, en constante sintonía con el Maestro divino que os ha elegido para su servicio. Asimismo, el contacto con la realidad religiosa y social de la ciudad os debe servir para un enriquecimiento espiritual y pastoral.

Invoquemos la intercesión de María, Madre dócil y sabia, a fin de que os ayude a estar atentos en toda circunstancia para reconocer la voz del Señor, que os protege y acompaña en vuestro itinerario de formación y en todos los momentos de vuestra vida. Yo os aseguro un recuerdo en la oración y, a la vez que os deseo un año sereno y rico en frutos, confirmo estos anhelos con una especial bendición apostólica.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al final de un concierto ofrecido por
la Orquesta Sinfónica y
el Coro de la Radio Bávara*

Sábado, 27 de octubre de 2007

Señores cardenales; honorable señor ministro presidente; queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustre señor profesor Gruber; señoras y señores:

Después de esta emotiva velada musical deseo expresar mi profunda gratitud a cuantos han contribuido a su realización. En primer lugar, naturalmente, doy las gracias a la orquesta sinfónica y al coro de la Radio Bávara,

así como a los excelentes solistas y a su gran director Mariss Jansons.

La interpretación sensible y conmovedora de la novena sinfonía de Beethoven -nueva demostración de su excepcional talento- resonará aún durante mucho tiempo en mi interior y quedará grabada en mi memoria como un regalo particular. Pero agradezco también la excelente ejecución del "*Tu es Petrus*", que fue compuesto aquí, en Roma, para la basílica de San Pedro, y forma parte de las obras de la literatura coral. Por último, agradezco al cardenal Friedrich Wetter y al profesor Thomas Gruber las amables y profundas palabras con las que, por decirlo así, me han "entregado" el regalo de este concierto.

La novena sinfonía, esta imponente obra maestra que, como ha dicho usted, querido cardenal, pertenece al patrimonio universal de la humanidad, suscita siempre mi admiración: después de años de auto-aislamiento y de vida retirada, durante los cuales Beethoven tuvo que afrontar dificultades interiores y exteriores que le causaban depresión y profunda amargura, y amenazaban con ahogar su creatividad artística, el compositor, ya totalmente sordo, en el año 1824 sorprende al público con una composición que rompe la forma tradicional de la sinfonía y, con la colaboración de la orquesta, del coro y de los solistas, se eleva hasta un final extraordinario de optimismo y alegría. ¿Qué había sucedido?

A los oyentes atentos, la música misma les permite intuir algo de lo que está en el origen de esta inesperada explosión de júbilo. El intenso sentimiento de alegría transformado aquí en música no es algo ligero y superficial: es un sentimiento conquistado con esfuerzo, superando el vacío interior de un hombre a quien la sordera había impulsado al aislamiento; las quintas vacías al inicio del primer movimiento y la irrupción repetida de una atmósfera triste son su expresión.

Sin embargo, la soledad silenciosa había enseñado a Beethoven un modo nuevo de escuchar, que iba más allá de la simple capacidad de experimentar con la imaginación el sonido de las notas que se leen o escriben. En este contexto me viene a la memoria una expresión misteriosa del profeta Isaías que, hablando de la victoria de la verdad y del derecho, decía: "Oirán aquel día los sordos palabras de un libro (es decir, palabras solamente escritas); liberados de la tiniebla y de la oscuridad, los ojos de los ciegos las verán" (cf. *Is* 29, 18-24). Se alude así a una facultad de percibir que recibe como don quien obtiene de Dios la gracia de una liberación exterior e interior.

Por eso, cuando en 1989, con ocasión de la "caída del muro" de Berlín, el coro y la orquesta de la Radio Bávara al ejecutar bajo la dirección de Leonard Bernstein la sinfonía que acabamos de escuchar, cambiaron el texto del "Himno a la alegría" en "Libertad, her-

mosa chispa de Dios”, expresaron mucho más que el simple sentimiento de ese momento histórico: la verdadera alegría reside en la libertad que, en el fondo, sólo Dios puede dar. Él -a veces precisamente a través de períodos de vacío y de aislamiento interiores- quiere que estemos atentos y seamos capaces de “escuchar” su presencia silenciosa, no sólo “sobre la bóveda llena de estrellas”, sino también en lo más íntimo de nuestra alma. Allí arde la chispa del amor divino que puede liberarnos para que seamos lo que debemos ser.

Os doy las gracias de corazón y os imparto a todos mi bendición.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en un Congreso Internacional de farmacéuticos católicos

Lunes, 29 de octubre de 2007

Señor presidente; queridos amigos:

Me alegra acogerlos, miembros del Congreso internacional de farmacéuticos católicos, con ocasión de vuestro 25° congreso, que tiene por tema: “Las nuevas fronteras de la farmacia”. El desarrollo actual del arsenal de medicinas, y las posibilidades terapéuticas que de él se derivan, exigen que los farmacéuticos reflexionen sobre las funciones cada vez más amplias que están llamados a ejercer, en particular como intermediarios entre el médico y el paciente.

Desempeñan un papel educativo con respecto a los pacientes con vistas al uso correcto de los medicamentos y, sobre todo, para dar a conocer las implicaciones éticas de la utilización de ciertos medicamentos. En este campo no es posible anestesiar las conciencias, por ejemplo, sobre los efectos de moléculas que tienen como finalidad evitar la implantación de un embrión o abreviar la vida de una persona. El farmacéutico debe invitar a cada uno a un impulso de humanidad, para que todo ser humano sea protegido desde su concepción hasta su muerte natural, y para que los medicamentos cumplan verdaderamente su función terapéutica.

Por otra parte, ninguna persona puede ser utilizada, de manera desconsiderada, como un objeto, para realizar experimentos terapéuticos. Éstos deben realizarse según protocolos que respeten las normas éticas fundamentales. Todo tratamiento o experimento debe tener como perspectiva una posible mejoría de la persona, y no solamente la búsqueda de avances científicos. No se puede buscar un bien para la humanidad en detrimento del bien de los pacientes.

En el campo moral, vuestra federación está invitada a afrontar la cuestión de la objeción de conciencia, que es un derecho que debe reconocerse a vuestra profesión, permitiéndolos no colaborar, directa o indirectamente, en la suministro de productos que tengan como finalidad opciones claramente

inmorales, como por ejemplo el aborto y la eutanasia.

Conviene también que las diferentes estructuras farmacéuticas, desde los laboratorios hasta los centros hospitalarios y las oficinas, así como todos nuestros contemporáneos, se preocupen por ser solidarios en el campo terapéutico, para permitir el acceso a la asistencia y a los medicamentos de primera necesidad a todos los sectores de la población y en todos los países, sobre todo a las personas más pobres.

Ojalá que, en calidad de farmacéuticos católicos, bajo la guía del Espíritu Santo, toméis de la vida de fe y de la enseñanza de la Iglesia los elementos que os guíen en vuestra actividad profesional con los enfermos, que necesitan un apoyo humano y moral para vivir con esperanza y para encontrar la fuerza interior que les ayude cada día.

A vosotros os corresponde también ayudar a los jóvenes que entran en las diferentes profesiones farmacéuticas a reflexionar sobre las implicaciones éticas cada vez más delicadas de sus actividades y de sus decisiones. Con este fin es importante que se movilicen y se unan todos los profesionales católicos del ámbito de la salud y las personas de buena voluntad, para profundizar su formación no sólo en el campo técnico sino también en lo que concierne a las cuestiones de bioética, y para proponer dicha formación a todos los que ejercen esa profesión.

El ser humano, por ser imagen de Dios, debe ocupar siempre el centro de las investigaciones y de las opciones en materia biomédica. Al mismo tiempo, es fundamental el principio natural del deber de proporcionar asistencia al enfermo. Las ciencias biomédicas están al servicio del hombre; si no fuera así, tendrían un carácter frío e inhumano. Todo conocimiento científico en el campo de la salud y toda actividad terapéutica están al servicio del hombre enfermo, considerado en su ser integral, que debe participar activamente en los cuidados que se le suministran y debe ser respetado en su autonomía.

Encomendándoos a vosotros, así como a los enfermos que estáis llamados a asistir, a la intercesión de la santísima Virgen y de san Alberto Magno, os imparto la bendición apostólica a vosotros, a todos los miembros de vuestra federación y a vuestras familias.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a un grupo del Movimiento
"Familias Nuevas"*

Sábado 3 de noviembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Bienvenidos y gracias por vuestra visita. Provenís de los cinco continentes y pertenecéis al Movimiento *Familias Nuevas*, nacido hace 40 años en el ámbito del *Movimiento de los Focolares*.

Por tanto, sois una ramificación de los *Focolares*, y hoy formáis una red de 800.000 familias que actúan en 182 naciones, todas comprometidas a hacer de su casa un “hogar” que irradie en el mundo el testimonio de una vida familiar centrada en el Evangelio.

A cada uno de vosotros mi más cordial saludo, que se extiende también a todos los que han querido acompañaros a este encuentro. De modo particular, saludo a vuestros responsables centrales, que se han hecho intérpretes de los sentimientos comunes y me han ilustrado el estilo con el que trabaja y los objetivos de vuestro Movimiento. Agradezco el saludo que me han transmitido de parte de Chiara Lubich, a la que envío de corazón mi saludo y mis mejores deseos, dándole las gracias porque, con sabiduría y firme adhesión a la Iglesia, sigue guiando a la gran familia de los *Focolares*.

Como nos acaban de recordar, es precisamente en el ámbito de esta vasta y benemérita institución donde vosotras, queridas parejas de esposos, os ponéis al servicio del mundo de las familias con una acción pastoral importante y siempre actual, orientada según cuatro directrices: la espiritualidad, la educación, la sociabilidad y la solidaridad. En efecto, vuestro compromiso de evangelización es silencioso y profundo, orientado a testimoniar que sólo la unidad familiar, don de Dios-Amor, puede transformar la familia en un verdadero nido de amor, una casa

acogedora de la vida y una escuela de virtudes y de valores cristianos para los hijos.

Ante los numerosos desafíos sociales y económicos, culturales y religiosos que la sociedad contemporánea debe afrontar en todas las partes del mundo, vuestra obra, verdaderamente providencial, constituye un signo de esperanza y un aliento a las familias cristianas para ser “espacio” privilegiado donde se proclame en la vida de cada día, incluso en medio de muchas dificultades, la belleza de poner en el centro a Jesucristo y de seguir fielmente su Evangelio.

El tema mismo de vuestro encuentro -“Una casa construida sobre roca: el Evangelio vivido, respuesta a los problemas de la familia hoy”- pone de relieve la importancia de este itinerario ascético y pastoral. El secreto es precisamente vivir el Evangelio. Por tanto, en los trabajos de vuestras asambleas durante estos días, además de las contribuciones que ilustran la situación en que se encuentra hoy la familia en los diversos contextos culturales, habéis previsto con razón la profundización de la palabra de Dios y la escucha de testimonios que muestran cómo el Espíritu Santo actúa en los corazones y en la vida familiar, incluso en situaciones complejas y difíciles.

Basta pensar en la incertidumbre de los novios ante opciones definitivas para el futuro, en la crisis de las parejas,

en las separaciones y en los divorcios, así como en las uniones irregulares, en la condición de las viudas, en las familias que se encuentran en dificultades, en la acogida de los menores abandonados. Deseo de corazón que, también gracias a vuestro compromiso, se descubran estrategias pastorales que permitan salir al encuentro de las crecientes necesidades de la familia contemporánea y de los múltiples desafíos que debe afrontar, para que pueda cumplir su misión peculiar en la Iglesia y en la sociedad.

Al respecto, en la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, mi venerado y amado predecesor, Juan Pablo II, escribió: “La Iglesia sostiene que el matrimonio y la familia constituyen el primer campo para el compromiso social de los fieles laicos” (n. 40). Para cumplir su vocación, la familia, consciente de que es la célula primaria de la sociedad, no debe olvidar que puede sacar fuerza de la gracia de un sacramento, querido por Cristo para corroborar el amor entre el hombre y la mujer: un amor entendido como una entrega recíproca y profunda.

Como afirmó también Juan Pablo II, “la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa” (*Familiaris consortio*, 17). Así pues, según el proyecto divino, la familia es un lugar sagrado y santifica-

dor, y la Iglesia, desde siempre cercana a ella, la sostiene en su misión hoy más aún, puesto que son numerosas las amenazas que se ciernen sobre ella tanto desde el interior como desde el exterior.

Para no ceder al desaliento hace falta la ayuda divina; por eso, es necesario que todas las familias cristianas miren con confianza a la Sagrada Familia, la original “iglesia doméstica” en la que “por misterioso designio de Dios vivió escondido largos años el Hijo de Dios: es, pues, el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas” (*ib.*, 45).

Queridos hermanos y hermanas, la humilde y santa Familia de Nazaret, icono y modelo de toda familia humana, os dará su apoyo celestial. Pero es indispensable que recurráis constantemente a la oración, a la escucha de la palabra de Dios y a una intensa vida sacramental, junto con un esfuerzo continuo por vivir el mandamiento de Cristo del amor y del perdón. El amor no busca su interés, no toma en cuenta el mal recibido, sino que se alegra con la verdad. El amor “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (cf. *1 Co* 13, 5-7).

Queridos hermanos y hermanas, proseguid vuestro camino y sed testigos de este Amor, que os transformará cada vez más en “corazón” y “levadura” de todo el Movimiento *Familias Nuevas*. Os aseguro mi recuerdo en la oración por cada uno de vosotros, por

vuestras actividades y por cuantos encontréis en vuestro apostolado, y con afecto os imparto ahora a todos la bendición apostólica.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros de la Federación
Universitaria Católica Italiana*

Viernes, 9 de noviembre de 2007

Queridos jóvenes amigos de la FUCI:

Me es particularmente grata vuestra visita, que realizáis al final de las celebraciones por el 110° aniversario del nacimiento de vuestra asociación, la Federación universitaria católica italiana (FUCI). Os dirijo a cada uno mi saludo cordial, comenzando por los presidentes nacionales y por el consiliario central, y les agradezco las palabras que me han dirigido en vuestro nombre.

Saludo a monseñor Giuseppe Betori, secretario general de la Conferencia episcopal italiana, y a monseñor Domenico Sigalini, obispo de Palestrina y consiliario general de la Acción católica italiana, que os han acompañado a esta audiencia y con su presencia testimonian el fuerte arraigo de la FUCI en la Iglesia que está en Italia. Saludo a los consiliarios diocesanos y a los miembros de la fundación FUCI. A todos y cada uno renuevo el aprecio de la Iglesia por el trabajo

que vuestra asociación lleva a cabo en el mundo universitario al servicio del Evangelio.

La FUCI celebra sus 110 años: una ocasión propicia para mirar el camino recorrido y las perspectivas futuras. La custodia de la memoria histórica representa un gran valor porque, al considerar la validez y la consistencia de las propias raíces, las personas se sienten impulsadas más fácilmente a proseguir con entusiasmo el itinerario emprendido.

En esta feliz circunstancia, repito de buen grado las palabras que hace diez años os dirigió mi venerado y amado predecesor, Juan Pablo II, con ocasión de vuestro centenario: “la historia de estos cien años confirma, precisamente, que la realidad de la FUCI constituye *un capítulo significativo de la vida de la Iglesia en Italia*, en particular del vasto y multiforme *movimiento laical* que ha tenido su eje principal en la Acción católica” (n. 3: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 10 de mayo de 1996, p. 6).

¿Cómo no reconocer que la FUCI ha contribuido a la formación de generaciones enteras de cristianos ejemplares, que han sabido traducir *en su vida* y *con su vida* el Evangelio, comprometiéndose en el ámbito cultural, civil, social y eclesial? En primer lugar, pienso en los beatos Piergiorgio Frassati y Alberto Marvelli, vuestros coetáneos; recuerdo a personalidades ilustres,

como Aldo Moro y Vittorio Bachelet, ambos asesinados bárbaramente. No puedo olvidar tampoco a mi venerado predecesor, Pablo VI, que fue atento y valiente consiliario central de la FUCI durante los difíciles años del fascismo, y a monseñor Emilio Guano y a monseñor Franco Costa.

Además, los últimos diez años se han caracterizado por el decisivo empeño de la FUCI por redescubrir su dimensión universitaria. Después de muchos debates y fuertes discusiones, a mitad de la década de 1990 se llevó a cabo en Italia una reforma radical del sistema académico, que ahora presenta una nueva fisonomía llena de perspectivas prometedoras, pero incluye elementos que suscitan una legítima preocupación. Y vosotros, tanto durante los recientes congresos como desde las páginas de la revista *Ricerca*, os habéis preocupado constantemente por la nueva configuración de los estudios académicos, por las relativas modificaciones legislativas, por el tema de la participación estudiantil y por los modos como las dinámicas globales de la comunicación influyen en la formación y en la transmisión del saber.

Precisamente en este ámbito la FUCI puede expresar plenamente también hoy su carisma antiguo y siempre actual, es decir, el testimonio convenido de la “posible amistad” entre inteligencia y fe, que implica el esfuerzo incesante por conjugar la maduración en la fe con el crecimiento en el estudio

y en la adquisición del saber científico. En este contexto, cobra un valor significativo la expresión tan arraigada entre vosotros: “Crear en el estudio”. En efecto, ¿por qué considerar que quien tiene fe debe renunciar a la búsqueda libre de la verdad, y que quien busca libremente la verdad debe renunciar a la fe?

En cambio, precisamente durante los estudios universitarios y gracias a ellos, es posible realizar una auténtica maduración humana, científica y espiritual. “Crear en el estudio” quiere decir reconocer que el estudio y la investigación -especialmente durante los años de universidad- poseen una fuerza intrínseca de ampliación de los horizontes de la inteligencia humana, con tal de que el estudio académico conserve un perfil exigente, riguroso, serio, metódico y progresivo.

Más aún, en estas condiciones representa una ventaja para la formación global de la persona humana, como solía decir el beato Giuseppe Tovini, observando que, con el estudio, los jóvenes jamás habrían sido pobres, mientras que sin el estudio jamás habrían sido ricos.

El estudio constituye, al mismo tiempo, una oportunidad providencial para avanzar en el camino de la fe, porque la inteligencia bien cultivada abre el corazón del hombre a la escucha de la voz de Dios, mostrando la importancia del discernimiento y de

la humildad. Precisamente al valor de la humildad me referí en la reciente *Ágora* de Loreto, cuando exhorté a los jóvenes italianos a no seguir el camino del orgullo, sino el de un sentido realista de la vida abierto a la dimensión trascendente.

Hoy, como en el pasado, quien quiere ser discípulo de Cristo está llamado a ir contracorriente, a no dejarse atraer por reclamos interesados y persuasivos que provienen de diversos púlpitos, desde donde se promueven comportamientos marcados por la arrogancia y la violencia, la prepotencia y la conquista del éxito a toda costa. En la sociedad actual se registra una carrera, a veces desenfrenada, al aparecer y al tener, por desgracia en detrimento del ser; y la Iglesia, maestra de humanidad, no se cansa de exhortar especialmente a las nuevas generaciones, a las que vosotros pertenecéis, a permanecer vigilantes y a no temer elegir caminos “alternativos”, que sólo Cristo sabe indicar.

Sí, queridos amigos, Jesús llama a todos sus amigos a fundamentar su existencia en un estilo de vida sobrio y solidario, a entablar relaciones afectivas sinceras y desinteresadas con los demás. A vosotros, queridos jóvenes estudiantes, os pide que os comprometáis honradamente en el estudio, cultivando un sentido maduro de responsabilidad y un interés compartido por el bien común.

Por tanto, los años de universidad han de ser un gimnasio de convenci-

do y valiente testimonio evangélico. Y para realizar esta misión, tratad de cultivar una amistad íntima con el divino Maestro, imitando a María, Sede de la Sabiduría. Os encomiendo a su intercesión materna y, a la vez que os aseguro un recuerdo en la oración, con afecto os imparto de corazón a todos una especial bendición apostólica, que de buen grado extiendo a vuestras familias y a vuestros seres queridos.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Confederación de Cofradías de las
Diócesis de Italia*

Sábado, 10 de noviembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra acogeros y os saludo a todos vosotros, que idealmente representáis el vasto y variado mundo de las cofradías presentes en todas las regiones y diócesis de Italia. Saludo a los prelados que os acompañan y, en particular, a monseñor Armando Brambilla, obispo auxiliar de Roma y delegado de la Conferencia episcopal italiana para las cofradías y las asociaciones, agradeciéndole las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre. Saludo al doctor Francesco Antonetti, presidente de la Confederación de las cofradías italianas, así como a los miembros de los consejos directivos y a vuestros consiliarios.

Vosotros, queridos amigos, habéis venido a la plaza de San Pedro con vuestros trajes característicos, que evocan antiguas tradiciones cristianas muy arraigadas en el pueblo de Dios. Gracias por vuestra visita, que quiere ser una manifestación coral de fe y, al mismo tiempo, un gesto que expresa adhesión filial al Sucesor de Pedro.

¿Cómo no recordar inmediatamente la importancia y la influencia que las cofradías han ejercido en las comunidades cristianas de Italia ya desde los primeros siglos del milenio pasado? Muchas de ellas, suscitadas por personas llenas de celo, se han convertido pronto en asociaciones de fieles laicos dedicados a poner de relieve algunos rasgos de la religiosidad popular vinculados a la vida de Jesucristo, especialmente a su pasión, muerte y resurrección, a la devoción a la Virgen María y a los santos, uniendo casi siempre obras concretas de misericordia y de solidaridad.

Así, desde los orígenes, vuestras cofradías se han distinguido por sus formas típicas de piedad popular, a las que se unían muchas iniciativas de caridad en favor de los pobres, los enfermos y los que sufren, implicando a numerosos voluntarios, de todas las clases sociales, en esta competición de ayuda generosa a los necesitados. Se comprende mejor este espíritu de caridad fraterna si se tiene en cuenta que comenzaron a surgir durante la Edad Media, cuando aún no existían formas estructuradas

de asistencia pública que garantizaran intervenciones sociales y sanitarias a los sectores más débiles de la colectividad. Dicha situación ha perdurado a lo largo de los siglos sucesivos, podríamos decir hasta nuestros días, en que, a pesar del incremento del bienestar económico, todavía no han desaparecido las bolsas de pobreza y, por tanto, hoy como en el pasado, queda mucho por hacer en el campo de la solidaridad.

Sin embargo, las cofradías no son simples sociedades de ayuda mutua o asociaciones filantrópicas, sino un conjunto de hermanos que, queriendo vivir el Evangelio con la certeza de ser parte viva de la Iglesia, se proponen poner en práctica el mandamiento del amor, que impulsa a abrir el corazón a los demás, de modo especial a quienes se encuentran en dificultades.

El amor evangélico, amor a Dios y amor a los hermanos, es el signo distintivo y el programa de vida de todo discípulo de Cristo, así como de toda comunidad eclesial. Es evidente que en la sagrada Escritura el amor a Dios está íntimamente unido al amor al prójimo (cf. *Mc* 12, 29-31). “La caridad -escribí en la encíclica *Deus caritas est*- no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” (n. 25). Sin embargo, para comunicar a los hermanos la ternura providente del Padre celestial es necesario surtirse en el manantial, que es Dios

mismo, mediante momentos prolongados de oración, mediante la escucha constante de su Palabra y mediante una existencia totalmente centrada en el Señor y alimentada con los sacramentos, especialmente la Eucaristía.

En la época de grandes cambios que estamos atravesando, la Iglesia en Italia os necesita también a vosotros, queridos amigos, para llevar el anuncio del Evangelio de la caridad a todos, recorriendo caminos antiguos y nuevos. Así pues, vuestras beneméritas cofradías, arraigadas en el sólido fundamento de la fe en Cristo, con la singular multiplicidad de carismas y la vitalidad eclesial que las distingue, han de seguir difundiendo el mensaje de la salvación en medio del pueblo, actuando en las múltiples fronteras de la nueva evangelización.

Para cumplir esta importante misión, necesitáis cultivar siempre un amor profundo al Señor y una dócil obediencia a vuestros pastores. Con estas condiciones, vuestras cofradías, manteniendo bien firmes los requisitos de “evangelicidad” y “eclesialidad”, podrán seguir siendo escuelas populares de fe vivida y talleres de santidad; podrán seguir siendo en la sociedad “fermento” y “levadura” evangélica, contribuyendo a suscitar la renovación espiritual que todos deseamos.

Por tanto, es vasto el campo en el que debéis trabajar, queridos amigos, y os animo a multiplicar las iniciati-

vas y actividades de cada una de vuestras cofradías. Os pido sobre todo que cuidéis vuestra formación espiritual y tendáis a la santidad, siguiendo los ejemplos de auténtica perfección cristiana, que no faltan en la historia de vuestras cofradías. Muchos de vuestros hermanos, con valentía y gran fe, se han distinguido a lo largo de los siglos como sinceros y generosos obreros del Evangelio, a veces hasta el sacrificio de la vida. Seguid sus pasos. Hoy es más necesario que nunca cultivar un verdadero impulso ascético y misionero para afrontar los numerosos desafíos de la época moderna.

La Virgen santísima os proteja y os guíe, y desde el cielo os asistan vuestros santos patronos. Con estos sentimientos, formulo para vosotros aquí presentes y para todas las cofradías de Italia el deseo de un fecundo apostolado y, a la vez que os aseguro mi recuerdo en la oración, os bendigo a todos con afecto.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en un encuentro de
Superiores Mayores*

Viernes, 16 de noviembre de 2007

Eminencia;excelencias; queridos padres:

Me alegra en particular saludaros a vosotros, superiores generales de las so-

ciudades misioneras de vida apostólica, con ocasión de vuestro encuentro en Roma organizado por la Congregación para la evangelización de los pueblos. Vuestra asamblea, que reúne a los superiores de las quince sociedades misioneras de derecho pontificio y de las seis de derecho diocesano, da un testimonio elocuente de la permanente vitalidad del impulso misionero en la Iglesia y del espíritu de comunión que une a vuestros miembros y sus diversas actividades al Sucesor de Pedro y a su ministerio apostólico universal.

Vuestro encuentro es también un signo concreto de la relación histórica entre las diversas sociedades misioneras de vida apostólica y la Congregación para la evangelización de los pueblos. Durante estos días habéis buscado nuevos modos de consolidar y fortalecer esta relación privilegiada. Como reafirmó el concilio Vaticano II, el mandato de Cristo de anunciar el Evangelio a toda criatura corresponde ante todo e inmediatamente al Colegio de los obispos, *cum et sub Petro* (cf. *Ad gentes*, 38).

Dentro de la unidad jerárquica del Cuerpo de Cristo, enriquecido con los diferentes dones y carismas derramados por el Espíritu, la comunión con los sucesores de los Apóstoles sigue siendo el criterio y la garantía de la fecundidad espiritual de toda actividad misionera, porque la comunión de la Iglesia en la fe, la esperanza y la caridad es, de por sí, el signo y la anticipación de la unidad

y la paz que forman el plan de Dios en Cristo para toda la familia humana.

Un signo prometedor de renovación de la conciencia misionera de la Iglesia en los últimos decenios ha sido el deseo creciente de muchos laicos, hombres y mujeres, tanto solteros como casados, de cooperar generosamente en la misión *ad gentes*. Como subrayó el Concilio, la obra de evangelización es un deber fundamental de todo el pueblo de Dios, y todos los bautizados están llamados a una “viva conciencia de su responsabilidad (...) en la obra de evangelización” (*Ad gentes*, 36).

Mientras algunas sociedades misioneras han tenido una larga historia de estrecha colaboración con laicos, hombres y mujeres, otras sólo recientemente han desarrollado formas de asociación laical con su apostolado. Dada la amplitud y la importancia de la contribución que han dado estas personas a la labor de las diversas sociedades, las formas propias de su cooperación deberían regirse naturalmente mediante estatutos específicos y directrices claras, respetando la identidad canónica propia de cada instituto.

Queridos amigos, nuestro encuentro de hoy me brinda la grata oportunidad de expresaros mi gratitud a vosotros y a todos los miembros de vuestras sociedades, pasados y presentes, por su compromiso constante en favor de la misión de la Iglesia. Hoy, como en el pasado, los misioneros si-

guen abandonando sus familias y sus hogares, a menudo con gran sacrificio, con el único fin de anunciar la buena nueva de Cristo y servirlo en sus hermanos y hermanas. Muchos de ellos, también en nuestro tiempo, han confirmado heroicamente su predicación con el derramamiento de su sangre y han contribuido a implantar la Iglesia en países remotos.

Hoy nuevas circunstancias han llevado en muchos casos a una disminución del número de jóvenes atraídos por las sociedades misioneras, y a un consiguiente debilitamiento del impulso misionero. Con todo, como insistía el Papa, Juan Pablo II, la misión *ad gentes* aún está sólo en su inicio, y el Señor nos llama a todos a comprometernos sin reservas a su servicio (cf. *Redemptoris missio*, 1). “La mies es mucha” (*Mt* 9, 37). Consciente de los desafíos que afrontáis, os animo a seguir fielmente las huellas de vuestros fundadores y a reavivar los carismas y el celo apostólico que habéis heredado de ellos, con la seguridad de que Cristo seguirá obrando con vosotros y confirmando vuestra predicación con las señales de su presencia y de su fuerza (cf. *Mc* 16, 20).

Con gran afecto os encomiendo a vosotros, a los miembros y socios de vuestras diferentes sociedades, a la protección amorosa de María, Madre de la Iglesia. A todos os imparto de buen grado mi bendición apostólica como prenda de sabiduría, fortaleza y paz en el Señor.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la
XXII Conferencia Internacional
del Consejo Pontificio para
la Pastoral de la Salud*

Sábado, 17 de noviembre de 2007

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres señores y señoras; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros, con ocasión de esta Conferencia internacional organizada por el Consejo pontificio para los agentes sanitarios. Dirijo a cada uno mi cordial saludo; en primer lugar, al señor cardenal Javier Lozano Barragán, con sentimientos de gratitud por las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Saludo, asimismo, al secretario y a los demás componentes del Consejo pontificio, a las autorizadas personalidades presentes y a cuantos han participado en este encuentro para reflexionar juntos sobre el tema del cuidado pastoral de los enfermos ancianos. Se trata de un aspecto hoy central de la pastoral de la salud que, debido al aumento de la edad media, afecta a una población cada vez más numerosa, que tiene muchas necesidades pero, al mismo tiempo, cuenta con indudables recursos humanos y espirituales.

Aunque es verdad que la vida humana en cada una de sus fases es digna

del máximo respeto, en ciertos aspectos lo es más aún cuando está marcada por la ancianidad y la enfermedad. La ancianidad constituye la última etapa de nuestra peregrinación terrena, que tiene distintas fases, cada una con sus luces y sombras. Podríamos preguntarnos: ¿tiene aún sentido la existencia de un ser humano que se encuentra en condiciones muy precarias, por ser anciano y estar enfermo? ¿Por qué seguir defendiendo la vida cuando el desafío de la enfermedad se vuelve dramático, sin aceptar más bien la eutanasia como una liberación? ¿Es posible vivir la enfermedad como una experiencia humana que se ha de asumir con paciencia y valentía?

Con estas preguntas debe confrontarse quien está llamado a acompañar a los ancianos enfermos, especialmente cuando parece que no tienen ninguna posibilidad de curación. La actual mentalidad eficientista a menudo tiende a marginar a estos hermanos y hermanas nuestros que sufren, como si sólo fueran una “carga” y un “problema” para la sociedad. Al contrario, quien tiene el sentido de la dignidad humana sabe que se les ha de respetar y sostener mientras afrontan serias dificultades relacionadas con su estado. Más aún, es justo que se recurra también, cuando sea necesario, a la utilización de cuidados paliativos que, aunque no pueden curar, permiten aliviar los dolores que derivan de la enfermedad.

Sin embargo, junto a los cuidados clínicos indispensables, es preciso mostrar siempre una capacidad concreta de amar, porque los enfermos necesitan comprensión, consuelo, aliento y acompañamiento constante. En particular, hay que ayudar a los ancianos a recorrer de modo consciente y humano el último tramo de la existencia terrena, para prepararse serenamente a la muerte, que -como sabemos los cristianos- es tránsito hacia el abrazo del Padre celestial, lleno de ternura y de misericordia.

Quisiera añadir que esta necesaria solicitud pastoral hacia los ancianos enfermos no puede menos de implicar a las familias. En general, conviene hacer todo lo posible para que las familias mismas los acojan y se hagan cargo de ellos con afecto y gratitud, de modo que los ancianos enfermos puedan pasar el último período de su vida en su casa y prepararse para la muerte en un clima de calor familiar.

Aunque fuera necesario internarlos en centros sanitarios, es importante que no se pierda el vínculo del paciente con sus seres queridos y con su propio ambiente. Conviene que en los momentos más difíciles el enfermo, sostenido por el cuidado pastoral, se sienta animado a encontrar la fuerza de afrontar su dura prueba en la oración y en el consuelo de los sacramentos. Que se sienta rodeado por sus hermanos en la fe, dispuestos a escu-

charlo y compartir sus sentimientos. En verdad, este es el verdadero objetivo del cuidado “pastoral” de las personas ancianas, especialmente cuando están enfermas, y más aún si están gravemente enfermas.

En diversas ocasiones mi venerado predecesor Juan Pablo II, que especialmente durante su enfermedad dio un testimonio ejemplar de fe y de valentía, exhortó a los científicos y a los médicos a comprometerse en la investigación para prevenir y curar las enfermedades vinculadas al envejecimiento, sin caer jamás en la tentación de recurrir a prácticas de abreviación de la vida anciana y enferma, prácticas que de hecho serían formas de eutanasia.

Los científicos, los investigadores, los médicos y los enfermeros, así como los políticos, los administradores y los agentes pastorales no deberían olvidar nunca que “la tentación de la eutanasia (...) es uno de los síntomas más alarmantes de la cultura de la muerte, que avanza sobre todo en las sociedades del bienestar” (*Evangelium vitae*, 64). La vida del hombre es don de Dios, que todos están llamados a custodiar siempre. Este deber también corresponde a los agentes sanitarios, que tienen la misión específica de ser “ministros de la vida” en todas sus fases, particularmente en las marcadas por la fragilidad propia de la enfermedad. Hace falta un compromiso general para que se respete la vida humana no sólo en los hospitales católicos,

sino también en todos los centros sanitarios.

Para los cristianos es la fe en Cristo la que ilumina la enfermedad y la condición de la persona anciana, al igual que cualquier otro acontecimiento y fase de la existencia. Jesús, al morir en la cruz, dio al sufrimiento humano un valor y un significado trascendentes. Ante el sufrimiento y la enfermedad los creyentes están invitados a no perder la serenidad, porque nada, ni siquiera la muerte, puede separarnos del amor de Cristo. En él y con él es posible afrontar y superar cualquier prueba física y espiritual y, precisamente en el momento de mayor debilidad, experimentar los frutos de la Redención. El Señor resucitado se manifiesta, en quienes creen en él, como el *viviente* que transforma la existencia, dando sentido salvífico también a la enfermedad y a la muerte.

Queridos hermanos y hermanas, a la vez que invoco sobre cada uno de vosotros y sobre vuestro trabajo diario la protección materna de María, *Salus infirmorum*, y de los santos que han dedicado su vida al servicio de los enfermos, os exhorto a esforzaros siempre por difundir el “evangelio de la vida”. Con estos sentimientos, os imparto de corazón la bendición apostólica, extendiéndola de buen grado a vuestros seres queridos, a vuestros colaboradores y, en particular, a las personas ancianas enfermas.

*Palabras del Papa, Benedicto XVI,
a los nuevos Cardenales,
con sus familiares y amigos*

Lunes, 26 de noviembre de 2007

Señores cardenales; queridos hermanos en el episcopado y en el presbiterado; queridos amigos:

Este encuentro prolonga el clima de oración y comunión que hemos vivido en estos días de fiesta por la creación de veintitrés nuevos cardenales. El consistorio y la celebración eucarística de ayer, solemnidad de Cristo Rey, nos han brindado una ocasión singular para experimentar la catolicidad de la Iglesia, bien representada por la variada procedencia de los miembros del Colegio cardenalicio, reunidos en estrecha comunión en torno al Sucesor de Pedro.

Por tanto, me alegra dirigir una vez más mi cordial saludo a estos nuevos purpurados y, juntamente con ellos, os saludo a todos vosotros, familiares y amigos, que habéis venido para acompañarlos en un momento tan importante de su vida.

Os saludo en primer lugar a vosotros, queridos cardenales italianos. Lo saludo a usted, señor cardenal Giovanni Lajolo, presidente de la Comisión pontificia y de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano; lo saludo a usted, señor cardenal Angelo Comastri, arcipreste de la basílica

vaticana, mi vicario general para la Ciudad del Vaticano y presidente de la Fábrica de San Pedro; lo saludo a usted, señor cardenal Raffaele Farina, archivero y bibliotecario de la santa Iglesia romana; lo saludo a usted, señor cardenal Angelo Bagnasco, arzobispo metropolitano de Génova y presidente de la Conferencia episcopal italiana; lo saludo a usted, señor cardenal Giovanni Coppa, ex nuncio apostólico en la República Checa; lo saludo a usted, señor cardenal Umberto Betti, ex rector de la Pontificia Universidad Lateranense.

Venerados y queridos hermanos, muchas personas amigas, unidas a vosotros por diversos vínculos, os acompañan en esta circunstancia a la vez solemne y familiar. Exhorto a cada uno a seguir brindándoos su amistad y su estima, y a orar por vosotros, ayudándoos así a seguir sirviendo fielmente a la Iglesia y a dar en las diversas tareas y ministerios, que la Providencia os encomienda, un testimonio cada vez más generoso de amor a Cristo.

Me alegra saludar a los nuevos miembros del Colegio de los cardenales. Al arzobispo de París, cardenal André Vingt-Trois; al arzobispo de Dakar, cardenal Théodore-Adrien Sarr, así como a sus familiares y diocesanos, que han querido acompañarlos en esta feliz circunstancia. Que las ceremonias que hemos vivido durante los dos días anteriores fortalezcan vuestra fe y vuestro amor a Cristo y a la Iglesia. Os invito

también a sostener a vuestros pastores y a acompañarlos con vuestra oración, para que guíen siempre con solicitud al pueblo que les ha sido encomendado. No olvidemos tampoco pedir a Cristo que haya jóvenes que acepten comprometerse en el camino del sacerdocio.

Saludo cordialmente a los prelados de lengua inglesa que he tenido la alegría de elevar a la dignidad de cardenal en el consistorio del sábado pasado. Al cardenal John Patrick Foley, gran maestro de los Caballeros de la Orden ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén; al cardenal Seán Baptist Brady, arzobispo de Armagh (Irlanda); al cardenal Oswald Gracias, arzobispo de Bombay (India); al cardenal Daniel DiNardo, arzobispo de Galveston-Houston (Estados Unidos); al cardenal John Njue, arzobispo de Nairobi (Kenia); al cardenal Emmanuel III Delly, patriarca de Babilonia de los caldeos.

Asimismo, me alegra tener esta oportunidad de saludar a sus familiares y amigos, y a todos los fieles que los han acompañado a Roma. El Colegio de los cardenales, cuyo origen se remonta al antiguo clero de la Iglesia romana, se encarga de la elección del Sucesor de Pedro y de aconsejarle en las cuestiones más importantes. Tanto en las oficinas de la Curia como en su ministerio en las Iglesias locales en todo el mundo, los cardenales están llamados a compartir de modo especial la solicitud del Papa por la Iglesia universal. El vivo color púrpura de su vestido se ha con-

siderado tradicionalmente como signo de su compromiso de defender la grey de Cristo incluso con el derramamiento de su sangre. Al aceptar los cardenales la carga de este oficio, confío en que contarán con el apoyo de vuestras constantes oraciones y vuestra cooperación en sus esfuerzos por edificar el Cuerpo de Cristo en unidad, santidad y paz.

Dirijo un saludo cordial al cardenal Paul Josef Cordes, a su familia, a sus amigos y huéspedes procedentes de Alemania, así como a los fieles de su archidiócesis de Paderborn, de la que ha sido también obispo. Juntamente con vosotros, agradezco a nuestro nuevo cardenal el valioso servicio que presta al Sucesor de Pedro desde hace muchos años como presidente del Consejo pontificio "Cor unum". Seguid acompañándolo con vuestra oración y sostenedlo en su importante tarea de solicitud concreta por el servicio amoroso del Papa a los pobres y necesitados. Que el Señor os otorgue a todos su gracia.

Saludo cordialmente a los nuevos cardenales de lengua española, acompañados de sus familiares y de tantos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos venidos de Argentina, España y México. Argentina exulta de gozo por el cardenal Leonardo Sandri que, después de su servicio a la Santa Sede como sustituto de la Secretaría de Estado, preside ahora la Congregación para las Iglesias orientales, y también por el cardenal Estanislaو Esteban Karlic,

arzobispo emérito de Paraná, que durante tantos años ha servido solícita y abnegadamente a aquella comunidad eclesial. La Iglesia en España se alegra por el cardenal Agustín García-Gasco Vicente, arzobispo de Valencia, ciudad que visité el año pasado con motivo de la Jornada mundial de la familia; por el cardenal Lluís Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona, que anteriormente ha desarrollado un fructuoso ministerio en Tortosa y Tarragona; y también por el cardenal Urbano Navarrete, antiguo rector de la Pontificia Universidad Gregoriana, que ha consagrado su vida al estudio y enseñanza del derecho canónico. La Iglesia que peregrina en México se congratula por el cardenal Francisco Robles Ortega, arzobispo de Monterrey, cuya constante entrega pastoral se manifestó también en Toluca. Dirigimos nuestro pensamiento a la Virgen María, de la que vuestros pueblos son tan devotos, y le rogamos que interceda ante su divino Hijo por estos cardenales, para que haga muy fecundo su servicio a la Iglesia.

Saludo al cardenal Odilo Pedro Scherer, a los obispos que han querido acompañarlo juntamente con su familia, amigos y huéspedes. Aprovecho esta ocasión para recordar los días de mi viaje pastoral de este año a São Paulo y para renovar mi gratitud por la acogida que me dispensaron en su archidiócesis. Formulo votos para que este nombramiento a la púrpura cardenalicia contribuya a profundizar su amor a la Iglesia y a fortalecer la

fe de sus fieles en Jesucristo, nuestro Salvador y Señor.

Saludo al cardenal Stanislaw Rylko y a sus huéspedes. Le agradezco todo lo que hace en favor de la participación de los laicos en la vida de la Iglesia y le deseo abundantes gracias. Os encomiendo a todos al amor de Dios y os bendigo de corazón.

Por último, a vosotros, venerados y queridos neo-cardenales, os renuevo mi saludo fraterno y, a la vez que os aseguro mi oración, os pido que me acompañéis siempre con vuestra apreciada experiencia humana y pastoral. Cuento mucho con vuestro valioso apoyo, para poder desempeñar del mejor modo posible mi ministerio al servicio de todo el pueblo de Dios. Necesito este apoyo.

Y a vosotros, queridos hermanos y hermanas que los acompañáis con afecto, os doy una vez más las gracias por vuestra participación en los diversos ritos y momentos del consistorio. Seguid rezando por ellos y también por mí, a fin de que sea cada vez más fuerte la comunión de los pastores con el Papa, de forma que demos al mundo entero el testimonio de una Iglesia fiel a Cristo y dispuesta a salir con valentía profética al encuentro de las expectativas y exigencias espirituales de los hombres de nuestro tiempo.

Os pido que, al volver a vuestras diócesis, llevéis a todos mi saludo y la

seguridad de mi recuerdo constante ante el Señor. Sobre vosotros, queridos nuevos cardenales, y sobre todos vosotros aquí presentes, invoco la pro-

tección de la celestial Madre de Dios y de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Con estos sentimientos, os imparto de corazón mi bendición.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Misa por los Cardenales y Obispos que han fallecido a lo largo del último año

Lunes, 5 de noviembre de 2007

Venerados y queridos hermanos:

Después de conmemorar a todos los fieles difuntos en su celebración litúrgica anual, nos volvemos a encontrar, siguiendo la tradición, en esta basílica vaticana para ofrecer el sacrificio eucarístico en sufragio de los cardenales y obispos que a lo largo del año, llamados por el Señor, han abandonado este mundo.

Con afecto fraterno recuerdo los nombres de los purpurados fallecidos: Salvatore Pappalardo, Frédéric Etsou-Nzabi Bamungwabi, Antonio María Javierre, Angelo Felici, Jean-Marie Lustiger, Edouard Gagnon, Adam Kozłowiecki y Rosalio José Castillo Lara. Pensando en la persona y en el ministerio de cada uno de ellos, a pesar de la tristeza de la separación, elevamos a Dios una sentida acción de gracias

por el don que en ellos hizo a la Iglesia y por todo el bien que con su ayuda pudieron realizar. Asimismo, encomendamos al Padre eterno a los patriarcas, a los arzobispos y a los obispos difuntos, expresando también por ellos nuestro agradecimiento en nombre de toda la comunidad católica.

La oración de sufragio de la Iglesia se “apoya”, por decirlo así, en la oración de Jesús mismo, que acabamos de escuchar en el pasaje evangélico: “Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo” (Jn 17, 24). Jesús se refiere a sus discípulos, en particular a los Apóstoles, que están junto a él durante la última Cena. Pero la oración del Señor se extiende a todos los discípulos de todos los tiempos.

En efecto, poco antes había dicho: “No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí” (Jn 17, 20). Y si allí pedía que fueran “uno... para que el mundo crea” (v. 21), aquí podemos entender igualmente que pide al Padre tener consigo, en la morada de su glo-

ria eterna, a todos los discípulos muertos con el signo de la fe.

“Los que tú me has dado”: esta es una hermosa definición del cristiano como tal, pero obviamente se puede aplicar de modo particular a los que Dios Padre ha elegido entre los fieles para destinarlos a seguir más de cerca a su Hijo. A la luz de estas palabras del Señor, nuestro pensamiento va en este momento, de modo particular, a los venerados hermanos por los que ofrecemos esta Eucaristía. Son hombres que el Padre “dio” a Cristo. Los separó del mundo, del “mundo” que “no lo conoció a él” (*Jn 17, 25*), y los llamó a ser amigos de Jesús. Esta fue la gracia más valiosa de toda su vida.

Ciertamente, fueron hombres con características diversas, tanto por sus vicisitudes personales como por el ministerio que desempeñaron, pero todos tuvieron en común lo más grande: la amistad con el Señor Jesús. La recibieron por gracia en la tierra, como sacerdotes, y ahora, más allá de la muerte, comparten en los cielos esta “herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible” (*1 P 1, 4*). Durante su vida temporal, Jesús les dio a conocer el nombre de Dios, admitiéndolos a participar en el amor de la santísima Trinidad. El amor del Padre por el Hijo entró en ellos, y así la Persona misma del Hijo, en virtud del Espíritu Santo, habitó en cada uno de ellos (*cf. Jn 17, 26*): una experiencia de comunión divina que por naturaleza tiende a ocupar toda la

existencia, para transfigurarla y prepararla a la gloria de la vida eterna.

En la oración por los difuntos, es consolador y saludable meditar en la confianza de Jesús con su Padre y así dejarse envolver por la luz serena de este abandono total del Hijo a la voluntad de su “*Abbá*”. Jesús sabe que el Padre está siempre con él (*cf. Jn 8, 29*); que ambos son uno (*cf. Jn 10, 30*). Sabe que su propia muerte debe ser un “bautismo”, es decir, una “inmersión” en el amor de Dios (*cf. Lc 12, 50*) y sale a su encuentro seguro de que el Padre realizará en él la antigua profecía que hemos escuchado hoy en la primera lectura bíblica: “Dentro de dos días nos dará la vida, al tercer día nos hará resurgir y en su presencia viviremos” (*Os 6, 2*). Este oráculo del profeta Oseas se refiere al pueblo de Israel y expresa la confianza en la ayuda del Señor: una confianza que a veces el pueblo, por desgracia, desmintió por inconstancia y superficialidad, llegando incluso a abusar de la benevolencia divina.

En cambio, en la Persona de Jesús, el amor a Dios Padre se hace plenamente sincero, auténtico y fiel. Él asume en sí la realidad del antiguo Israel y la lleva a su pleno cumplimiento. El “nosotros” del pueblo se concentra en el “yo” de Jesús, especialmente en sus repetidos anuncios de la pasión, muerte y resurrección, cuando revela abiertamente a los discípulos lo que le espera en Jerusalén: deberá ser rechazado por los

jefes, arrestado, condenado a muerte y crucificado, y al tercer día resucitar (cf. *Mt* 16, 21).

Esta singular confianza de Cristo pasó a nosotros mediante el don del Espíritu Santo a la Iglesia, del que hemos participado con el sacramento del bautismo. El “yo” de Jesús se convierte en un nuevo “nosotros”, el “nosotros” de su Iglesia, cuando se comunica a los que son incorporados a él en el bautismo. Y esa identificación se refuerza en los que, por una especial llamada del Señor, han sido configurados a él en el Orden sagrado.

El salmo responsorial ha puesto en nuestros labios el anhelo apremiante de un levita que, lejos de Jerusalén y del templo, desea volver a él para estar de nuevo en la presencia del Señor (cf. *Sal* 41, 1-3). “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?” (*Sal* 41, 3). Esta sed contiene una verdad que no traiciona, una esperanza que no defrauda. Es una sed que, incluso en medio de la noche más oscura, ilumina el camino hacia el manantial de la vida, como cantó con frases admirables san Juan de la Cruz.

El salmista manifiesta las lamentaciones del alma, pero en el centro y al final de su admirable himno pone un estribillo lleno de confianza: “¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarle: “Salud de mi rostro, Dios mío”” (*Sal* 41, 6). A la luz de Cristo

y de su misterio pascual, estas palabras revelan toda su maravillosa verdad: ni siquiera la muerte puede hacer vana la esperanza del creyente, porque Cristo ha penetrado por nosotros en el santuario del cielo, y al cielo quiere llevarnos después de habernos preparado un lugar (cf. *Jn* 14, 1-3).

Con esta fe y esta esperanza, nuestros queridos hermanos difuntos rezaron innumerables veces ese salmo. Como sacerdotes experimentaron toda su resonancia existencial, tomando también sobre sí las acusaciones y las burlas de quienes dicen a los creyentes durante la prueba: “¿Dónde está tu Dios?”. Ahora, al final de su destierro terreno, han llegado a la patria. Siguiendo el camino que les abrió su Señor resucitado, no penetraron en un santuario hecho por mano de hombre, sino en el cielo mismo (cf. *Hb* 9, 24).

En nuestra oración pedimos que allí, juntamente con la santísima Virgen María y con todos los santos, puedan contemplar finalmente el rostro de Dios y cantar por toda la eternidad sus alabanzas. Amén.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante el Consistorio ordinario
público para la creación
de nuevos Cardenales*

*Basílica de San Pedro. Sábado, 24 de
noviembre de 2007*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

En esta basílica vaticana, corazón del mundo cristiano, se renueva hoy un significativo y solemne acontecimiento eclesial: el consistorio ordinario público para la creación de veintitrés nuevos cardenales, con la imposición de la birreta y la asignación del título. Es un acontecimiento que suscita cada vez una emoción especial, y no sólo en los que con estos ritos son admitidos a formar parte del Colegio cardenalicio, sino en toda la Iglesia, gozosa por este elocuente signo de unidad católica.

La ceremonia misma, en su estructura, pone de relieve el valor de la tarea que los nuevos cardenales están llamados a realizar colaborando estrechamente con el Sucesor de Pedro, e invita al pueblo de Dios a orar para que en su servicio estos hermanos nuestros permanezcan siempre fieles a Cristo hasta el sacrificio de su vida, si fuera necesario, y se dejen guiar únicamente por su Evangelio. Así pues, nos unimos con fe a ellos y elevamos ante todo al Señor nuestra oración de acción de gracias.

En este clima de alegría y de intensa espiritualidad, os saludo con afecto a cada uno de vosotros, queridos hermanos, que desde hoy sois miembros del Colegio cardenalicio, elegidos para ser, según una antigua institución, los consejeros y colaboradores más cer-

canos del Sucesor de Pedro en la guía de la Iglesia.

Saludo y doy las gracias al arzobispo Leonardo Sandri, que en vuestro nombre me ha dirigido unas palabras amables y devotas, subrayando al mismo tiempo el significado y la importancia del momento eclesial que estamos viviendo. Además, siento el deber de recordar a monseñor Ignacy Jez, al que el Dios de toda gracia llamó a sí poco antes del nombramiento, para darle una corona muy diferente: la de la gloria eterna en Cristo.

Mi saludo cordial se dirige, asimismo, a los señores cardenales presentes y también a los que no han podido estar físicamente con nosotros, pero están unidos espiritualmente a nosotros. La celebración del consistorio siempre es una ocasión providencial para dar *urbi et orbi*, a la ciudad de Roma y al mundo entero, el testimonio de la singular unidad que congrega a los cardenales en torno al Papa, obispo de Roma.

En una circunstancia tan solemne dirijo también un saludo respetuoso y deferente a las delegaciones de los Gobiernos y a las personalidades que han venido de todas las partes del mundo, así como a los familiares, a los amigos, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, y a los fieles de las diversas Iglesias locales de donde provienen los nuevos purpurados.

Saludo, por último, a todos los que se han dado cita aquí para acompañar-

los y expresarles su estima y su afecto con una alegría festiva.

Con esta celebración, queridos hermanos, sois insertados con pleno título en la veneranda Iglesia de Roma, cuyo pastor es el Sucesor de Pedro. En el Colegio de los cardenales revive así el antiguo *presbyterium* del Obispo de Roma, cuyos componentes, mientras desempeñaban funciones pastorales y litúrgicas en las diversas iglesias, le prestaban su valiosa colaboración en lo relativo al cumplimiento de las tareas vinculadas a su ministerio apostólico universal.

Los tiempos han cambiado y la gran familia de los discípulos de Cristo se encuentra hoy esparcida por todos los continentes hasta los lugares más lejanos de la tierra, habla prácticamente todas las lenguas del mundo y pertenecen a ella pueblos de todas las culturas. La diversidad de los miembros del Colegio cardenalicio, tanto por su procedencia geográfica como cultural, pone de relieve este crecimiento providencial y al mismo tiempo destaca las nuevas exigencias pastorales a las que el Papa debe responder. Por tanto, la universalidad, la catolicidad de la Iglesia se refleja muy bien en la composición del Colegio de los cardenales: muchísimos son pastores de comunidades diocesanas; otros están al servicio directo de la Sede apostólica; y otros han prestado servicios beneméritos en sectores pastorales específicos.

Cada uno de vosotros, queridos y venerados hermanos neo-cardenales,

representa, por consiguiente, una porción del articulado Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia extendida por doquier. Sé bien cuánto esfuerzo y sacrificio implica hoy la atención pastoral de las almas, pero conozco la generosidad que sostiene vuestra actividad apostólica diaria. Por eso, en la circunstancia que estamos viviendo, quiero confirmaros mi sincero aprecio por el servicio fielmente prestado durante tantos años de trabajo en los diversos ámbitos del ministerio eclesial, un servicio que ahora, con la elevación a la púrpura, estáis llamados a realizar con una responsabilidad aún mayor, en una comunión muy íntima con el Obispo de Roma.

Pienso ahora con afecto en las comunidades encomendadas a vuestra solicitud y, de modo especial, a las más probadas por el sufrimiento, por desafíos y dificultades de diverso tipo. Entre ellas, en este momento de alegría, no puedo menos de dirigir la mirada con preocupación y afecto a las queridas comunidades cristianas que se encuentran en Irak. Estos hermanos y hermanas nuestros en la fe experimentan en su propia carne las consecuencias dramáticas de un conflicto persistente y viven actualmente en una situación política muy frágil y delicada.

Al llamar a entrar en el Colegio de los cardenales al Patriarca de la Iglesia caldea, quise expresar de modo concreto mi cercanía espiritual y mi afecto a esas poblaciones. Queridos y venerados

hermanos, juntos queremos reafirmar la solidaridad de la Iglesia entera con los cristianos de esa amada tierra e invitar a implorar de Dios misericordioso, para todos los pueblos implicados, la llegada de la anhelada reconciliación y de la paz.

Hemos escuchado hace poco la palabra de Dios que nos ayuda a comprender mejor el momento solemne que estamos viviendo. En el pasaje evangélico, Jesús nos acaba de recordar por tercera vez el destino que le espera en Jerusalén, pero la ambición de los discípulos prevalece sobre el miedo que se había apoderado de ellos durante unos instantes.

Después de la confesión de Pedro en Cesarea y de la discusión a lo largo del camino sobre quién de ellos era el mayor, la ambición impulsa a los hijos de Zebedeo a reivindicar para sí los mejores puestos en el reino mesiánico, al final de los tiempos. En la carrera hacia los privilegios, los dos saben bien lo que quieren, al igual que los otros diez, a pesar de su “virtuosa” indignación. Pero, en realidad, no saben lo que piden. Es Jesús quien se lo hace comprender, hablando en términos muy diversos del “ministerio” que les espera. Corrige la burda concepción que tienen del mérito, según la cual el hombre puede adquirir derechos con respecto a Dios.

El evangelista san Marcos nos recuerda, queridos y venerados herma-

nos, que todo verdadero discípulo de Cristo sólo puede aspirar a una cosa: a compartir su pasión, sin reivindicar recompensa alguna. El cristiano está llamado a asumir la condición de “siervo” siguiendo las huellas de Jesús, es decir, gastando su vida por los demás de modo gratuito y desinteresado. Lo que debe caracterizar todos nuestros gestos y nuestras palabras no es la búsqueda del poder y del éxito, sino la humilde entrega de sí mismo por el bien de la Iglesia.

En efecto, la verdadera grandeza cristiana no consiste en dominar, sino en servir. Jesús nos repite hoy a cada uno que él “no ha venido para ser servido sino para servir y dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10, 45). Este es el ideal que debe orientar vuestro servicio. Queridos hermanos, al entrar a formar parte del Colegio de los cardenales, el Señor os pide y os encomienda el servicio del amor: amor a Dios, amor a su Iglesia, amor a los hermanos con una entrega máxima e incondicional, *usque ad sanguinis effusionem*, como reza la fórmula de la imposición de la birreta y como lo muestra el color púrpura del vestido que lleváis.

Sed apóstoles de Dios, que es Amor, y testigos de la esperanza evangélica: esto es lo que espera de vosotros el pueblo cristiano. Esta ceremonia subraya la gran responsabilidad que tenéis cada uno de vosotros, venerados y queridos hermanos, y que encuentra confirmación en las palabras del após-

tol san Pedro que acabamos de escuchar: “Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza” (1 P 3, 15). Esa responsabilidad no libra de los peligros, pero, como recuerda también san Pedro, “más vale padecer por obrar el bien, si esa es la voluntad de Dios, que por obrar el mal” (1 P 3, 17). Cristo os pide que confeséis ante los hombres su verdad, que abracéis y compartáis su causa, y que realicéis todo esto “con dulzura y respeto, con buena conciencia” (1 P 3, 15-16), es decir, con la humildad interior que es fruto de la cooperación con la gracia de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, mañana, en esta misma basílica, tendré la alegría de celebrar la Eucaristía, en la solemnidad de Cristo, Rey del universo, juntamente con los nuevos cardenales, y les entregaré el anillo. Será una ocasión muy importante y oportuna para reafirmar nuestra unidad en Cristo y para renovar la voluntad común de servirle con total generosidad. Acompañadlos con vuestra oración, para que respondan al don recibido con una entrega plena y constante.

A María, Reina de los Apóstoles, nos dirigimos ahora con confianza. Que su presencia espiritual hoy, en este cenáculo singular, sea para los nuevos cardenales y para todos nosotros prenda de la constante efusión del Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a lo largo de su camino en la historia. Amén.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Concelebración Eucarística con los nuevos Cardenales y entrega del Anillo Cardenalicio

Basílica Vaticana. Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo. Domingo, 25 de noviembre de 2007

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres señores y señoras; queridos hermanos y hermanas:

Este año la solemnidad de Cristo, Rey del universo, coronamiento del año litúrgico, se enriquece con la acogida en el Colegio cardenalicio de veintitrés nuevos miembros, a quienes, según la tradición, he invitado hoy a concelebrar conmigo la Eucaristía. A cada uno de ellos dirijo mi saludo cordial, extendiéndolo con afecto fraterno a todos los cardenales presentes. Además, me alegra saludar a las delegaciones que han venido de diversos países y al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede; a los numerosos obispos y sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, y a todos los fieles, especialmente a los provenientes de las diócesis encomendadas a la solicitud pastoral de algunos de los nuevos cardenales.

La solemnidad litúrgica de Cristo Rey da a nuestra celebración una perspectiva muy significativa, delineada e iluminada por las lecturas bíblicas. Nos encontramos como ante un imponente

fresco con tres grandes escenas: en el centro, la crucifixión, según el relato del evangelista san Lucas; a un lado, la unción real de David por parte de los ancianos de Israel; al otro, el himno cristológico con el que san Pablo introduce la carta a los Colosenses. En el conjunto destaca la figura de Cristo, el único Señor, ante el cual todos somos hermanos. Toda la jerarquía de la Iglesia, todo carisma y todo ministerio, todo y todos estamos al servicio de su señorío.

Debemos partir del acontecimiento central: la cruz. En ella Cristo manifiesta su realeza singular. En el Calvario se confrontan dos actitudes opuestas. Algunos personajes que están al pie de la cruz, y también uno de los dos ladrones, se dirigen con desprecio al Crucificado: “Si eres tú el Cristo, el Rey Mesías -dicen-, sálvate a ti mismo, bajando del patíbulo”. Jesús, en cambio, revela su gloria permaneciendo allí, en la cruz, como Cordero inmolado.

Con él se solidariza inesperadamente el otro ladrón, que confiesa implícitamente la realeza del justo inocente e implora: “Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino” (*Lc 23, 42*). San Cirilo de Alejandría comenta: “Lo ves crucificado y lo llamas rey. Crees que el que soporta la burla y el sufrimiento llegará a la gloria divina” (*Comentario a san Lucas*, homilía 153). Según el evangelista san Juan, la gloria divina ya está presente, aunque escondida por la

desfiguración de la cruz. Pero también en el lenguaje de san Lucas el futuro se anticipa al presente cuando Jesús promete al buen ladrón: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (*Lc 23, 43*).

San Ambrosio observa: “Éste rogaba que el Señor se acordara de él cuando llegara a su reino, pero el Señor le respondió: “En verdad, en verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso”. La vida es estar con Cristo, porque donde está Cristo allí está el Reino” (*Exposición sobre el evangelio según san Lucas 10, 121*). Así, la acusación: “Éste es el rey de los judíos”, escrita en un letrero clavado sobre la cabeza de Jesús, se convierte en la proclamación de la verdad. San Ambrosio afirma también: “Justamente la inscripción está sobre la cruz, porque el Señor Jesús, aunque estuviera en la cruz, resplandecía desde lo alto de la cruz con una majestad real” (*ib.*, 10, 113).

La escena de la crucifixión en los cuatro evangelios constituye el momento de la verdad, en el que se rasga el “velo del templo” y aparece el Santo de los santos. En Jesús crucificado se realiza la máxima revelación posible de Dios en este mundo, porque Dios es amor, y la muerte de Jesús en la cruz es el acto de amor más grande de toda la historia.

Pues bien, en el anillo cardenalicio que dentro de poco entregaré a los nuevos miembros del sagrado Colegio está representada precisamente la

crucifixión. Queridos hermanos neocardenales, para vosotros será siempre una invitación a recordar de qué Rey sois servidores, a qué trono fue elevado y cómo fue fiel hasta el final para vencer el pecado y la muerte con la fuerza de la misericordia divina. La madre Iglesia, esposa de Cristo, os da esta insignia como recuerdo de su Esposo, que la amó y se entregó a sí mismo por ella (cf. *Ef 5, 25*). Así, al llevar el anillo cardenalicio, recordáis constantemente que debéis dar la vida por la Iglesia.

Si dirigimos ahora la mirada a la escena de la unción real de David, presentada por la primera lectura, nos impresiona un aspecto importante de la realeza, es decir, su dimensión “corporativa”. Los ancianos de Israel van a Hebrón y sellan una alianza con David, declarando que se consideran unidos a él y quieren ser uno con él. Si referimos esta figura a Cristo, me parece que vosotros, queridos hermanos cardenales, podéis muy bien hacer vuestra esta profesión de alianza. También vosotros, que formáis el “senado” de la Iglesia, podéis decir a Jesús: “Nos consideramos como tus huesos y tu carne” (*2 S 5, 1*). Pertenece a ti, y contigo queremos ser uno. Tú eres el pastor del pueblo de Dios; tú eres el jefe de la Iglesia (cf. *2 S 5, 2*). En esta solemne celebración eucarística queremos renovar nuestro pacto contigo, nuestra amistad, porque sólo en esta relación íntima y profunda contigo, Jesús, nuestro Rey y Señor, asumen sentido y valor la dignidad que nos

ha sido conferida y la responsabilidad que implica.

Ahora nos queda por admirar la tercera parte del “tríptico” que la palabra de Dios pone ante nosotros: el himno cristológico de la carta a los Colosenses. Ante todo, hagamos nuestro el sentimiento de alegría y de gratitud del que brota, porque el reino de Cristo, la “herencia del pueblo santo en la luz”, no es algo que sólo se vislumbra a lo lejos, sino que es una realidad de la que hemos sido llamados a formar parte, a la que hemos sido “trasladados”, gracias a la obra redentora del Hijo de Dios (cf. *Col 1, 12-14*).

Esta acción de gracias impulsa el alma de san Pablo a la contemplación de Cristo y de su misterio en sus dos dimensiones principales: la creación de todas las cosas y su reconciliación. En el primer aspecto, el señorío de Cristo consiste en que “todo fue creado por él y para él (...) y todo se mantiene en él” (*Col 1, 16*). La segunda dimensión se centra en el misterio pascual: mediante la muerte en la cruz del Hijo, Dios ha reconciliado consigo a todas las criaturas y ha pacificado el cielo y la tierra; al resucitarlo de entre los muertos, lo ha hecho primicia de la nueva creación, “plenitud” de toda realidad y “cabeza del Cuerpo” místico que es la Iglesia (cf. *Col 1, 18-20*). Estamos nuevamente ante la cruz, acontecimiento central del misterio de Cristo. En la visión paulina, la cruz se enmarca en el conjunto de la economía de la salva-

ción, donde la realeza de Jesús se manifiesta en toda su amplitud cósmica.

Este texto del Apóstol expresa una síntesis de verdad y de fe tan fuerte que no podemos menos de admirarnos profundamente. La Iglesia es depositaria del misterio de Cristo: lo es con toda humildad y sin sombra de orgullo o arrogancia, porque se trata del máximo don que ha recibido sin mérito alguno y que está llamada a ofrecer gratuitamente a la humanidad de todas las épocas, como horizonte de significado y de salvación. No es una filosofía, no es una gnosis, aunque incluya también la sabiduría y el conocimiento. Es el misterio de Cristo; es Cristo mismo, *Logos* encarnado, muerto y resucitado, constituido Rey del universo.

¿Cómo no experimentar un intenso entusiasmo, lleno de gratitud, por haber sido admitidos a contemplar el esplendor de esta revelación? ¿Cómo no sentir al mismo tiempo la alegría y la responsabilidad de servir a este Rey, de testimoniar con la vida y con la palabra su señorío? Venerados hermanos cardenales, ésta es, de modo particular, nuestra misión: anunciar al mundo la verdad de Cristo, esperanza para todo hombre y para toda la familia humana. En la misma línea del concilio ecuménico Vaticano II, mis venerados predecesores los siervos de Dios Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II fueron auténticos heraldos de la realeza de Cristo en el mundo contemporáneo. Y es para mí motivo de consuelo poder contar siempre con vosotros, sea cole-

gialmente, sea de modo individual, para cumplir también yo esta misión fundamental del ministerio petrino.

Hay un aspecto, unido estrechamente a esta misión, que quiero tratar al final y encomendar a vuestra oración: la paz entre todos los discípulos de Cristo, como signo de la paz que Jesús vino a establecer en el mundo. Hemos escuchado en el himno cristológico la gran noticia: Dios quiso “pacificar” el universo mediante la cruz de Cristo (cf. *Col* 1, 20). Pues bien, la Iglesia es la porción de humanidad en la que ya se manifiesta la realeza de Cristo, que tiene como expresión privilegiada la paz. Es la nueva Jerusalén, aún imperfecta porque peregrina en la historia, pero capaz de anticipar, en cierto modo, la Jerusalén celestial.

Por último, podemos referirnos aquí al texto del salmo responsorial, el 121: pertenece a los así llamados “cantos de las subidas”, y es el himno de alegría de los peregrinos que suben hacia la ciudad santa y, al llegar a sus puertas, le dirigen el saludo de paz: *shalom*. Según una etimología popular, Jerusalén significaba precisamente “ciudad de la paz”, la paz que el Mesías, hijo de David, establecería en la plenitud de los tiempos. En Jerusalén reconocemos la figura de la Iglesia, sacramento de Cristo y de su reino.

Queridos hermanos cardenales, este salmo expresa bien el ardiente canto de amor a la Iglesia que vosotros ciertamen-

te lleváis en el corazón. Habéis dedicado vuestra vida al servicio de la Iglesia, y ahora estáis llamados a asumir en ella una tarea de mayor responsabilidad. Debéis hacer plenamente vuestras las palabras del salmo: “Desead la paz a Jerusalén” (v. 6). Que la oración por la paz y la unidad constituya vuestra primera y principal misión, para que la Iglesia sea “segura y compacta” (v. 3), signo e instrumento de unidad para todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1).

Pongo, más bien, pongamos todos juntos esta misión bajo la protección solícita de la Madre de la Iglesia, María santísima. A ella, unida al Hijo en el Calvario y elevada como Reina a su derecha en la gloria, le encomendamos a los nuevos purpurados, al Colegio cardenalicio y a toda la comunidad católica, comprometida a sembrar en los surcos de la historia el reino de Cristo, Señor de la vida y Príncipe de la paz.

MENSAJES

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
al Director General de la FAO
con motivo de la Jornada Mundial
de la Alimentación*

Excelentísimo Señor Jacques Diouf, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO)

1. Este año la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) que usted dirige, al recordar una vez más su fundación, invita a la Comunidad internacional a tratar sobre uno de los desafíos más graves de nuestro tiempo: liberar del hambre a millones de seres humanos, cuyas vidas están en peligro por falta del pan cotidiano.

El tema elegido para esta Jornada, “*El derecho a la alimentación*”, abre

idealmente las reflexiones que la Comunidad internacional se prepara a hacer con ocasión de las celebraciones por el 60° aniversario de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Esta coincidencia ayuda a pensar en la importancia que el derecho a la alimentación tiene para la feliz consecución de otros derechos, empezando ante todo por el derecho fundamental a la vida.

Debemos constatar que los esfuerzos realizados hasta ahora no parecen haber disminuido significativamente el número de hambrientos en el mundo, a pesar de que todos reconocen que la alimentación es un derecho primario. Esto es debido quizás a que se tiende a actuar motivados, sólo o principalmente, por consideraciones técnicas y económicas, olvidando la prioridad de

la dimensión ética del “dar de comer a los hambrientos”. Esta prioridad atañe al sentimiento de compasión y solidaridad propio del ser humano, que lleva a compartir unos con otros no sólo los bienes materiales, sino el amor del que todos tenemos necesidad. Efectivamente, damos demasiado poco si sólo ofrecemos cosas materiales.

2. Los datos disponibles muestran que el incumplimiento del derecho a la alimentación se debe no sólo a causas de tipo natural sino, sobre todo, a situaciones provocadas por el comportamiento de los hombres y que desembocan en un deterioro general de tipo social, económico y humano. Cada vez son más numerosas las personas que, a causa de la pobreza o de conflictos sangrientos, se ven obligadas a dejar sus casas y sus seres queridos para buscar sustento fuera de su tierra. No obstante los compromisos internacionales, muchas de ellas son rechazadas.

Es necesario, por tanto, que madure entre los miembros de la Comunidad de las Naciones una conciencia solidaria que considere la alimentación como un derecho universal de todos los seres humanos, sin distinciones ni discriminaciones.

3. El objetivo de erradicar el hambre y, al mismo tiempo, contar con una alimentación sana y suficiente, requiere también métodos y acciones específicas que permitan una explotación de los recursos que respete el patrimonio

de la creación. Trabajar en esta dirección es una prioridad que conlleva no sólo beneficiarse de los resultados de la ciencia, de la investigación y de las tecnologías, sino tener también en cuenta los ciclos y el ritmo de la naturaleza conocidos por la gente de zonas rurales, así como proteger los usos tradicionales de las comunidades indígenas, dejando a un lado razones egoístas y exclusivamente económicas.

El derecho a la alimentación, por lo que implica, tiene una repercusión inmediata tanto en su dimensión individual como comunitaria, que afecta a pueblos enteros y grupos humanos. Pienso de modo particular en la situación de los niños -primeras víctimas de esta tragedia-, retrasados a veces en su desarrollo físico y psíquico y, en tantas ocasiones, obligados a un trabajo forzado o alistados entre los grupos armados a cambio de recibir unos pocos alimentos. A este respecto, pongo mi esperanza en las iniciativas que se han emprendido a nivel multilateral para favorecer la alimentación escolar y que permiten a comunidades enteras, cuya supervivencia está amenazada por el hambre, mirar con mayor confianza hacia su futuro.

Es apremiante, pues, un empeño común y concreto en el que todos los miembros de la sociedad, tanto en el ámbito individual como internacional, se sientan comprometidos a cooperar para hacer posible el derecho a la alimentación, cuyo incumplimiento

constituye una violación evidente de la dignidad humana y de los derechos que derivan de ella.

4. El conocimiento de los problemas del mundo agrícola y de la inseguridad alimenticia, la capacidad demostrada para proponer planes y programas de solución, son un mérito fundamental de la FAO y dan testimonio de una aguda sensibilidad por las aspiraciones de cuantos reclaman condiciones de vida más humanas.

En este momento en el que hay tantos problemas de esta índole, aunque también se entrevén nuevas iniciativas que pueden contribuir a aliviar el drama del hambre, les aliento a ustedes a seguir trabajando para que se garantice una alimentación que responda a las necesidades actuales y así cada persona, creada a imagen de Dios, pueda crecer según su verdadera dimensión humana.

La Iglesia Católica se siente cercana a ustedes en este esfuerzo y, a través de sus diversas instituciones, desea continuar colaborando para sostener los anhelos y las esperanzas de aquellas personas y pueblos hacia los cuales se dirige la acción de la FAO.

Éstas son, Señor Director General, algunas reflexiones que deseo proponer a la atención de quienes, con diferentes responsabilidades, trabajan para ofrecer a la familia humana un porvenir libre del drama del hambre, a la vez que in-

voco sobre ustedes y sobre sus trabajos la constante bendición del Altísimo.

Vaticano, 4 de octubre de 2007

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, para la Jornada Mundial del emigrante y el refugiado (13-I-2008)

Los jóvenes migrantes

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado invita este año a reflexionar en particular sobre los jóvenes migrantes. En efecto, las crónicas diarias hablan con frecuencia de ellos. El amplio proceso de globalización del mundo lleva consigo una necesidad de movilidad que impulsa también a muchos jóvenes a emigrar y a vivir lejos de sus familias y de sus propios países. Como consecuencia de esto, la juventud dotada de los mejores recursos intelectuales abandona a menudo los países de origen, mientras en los países que reciben a los migrantes rigen normas que dificultan su efectiva integración. De hecho, el fenómeno de la emigración va aumentando siempre más y abarca un gran número de personas de todas las condiciones sociales. Por consiguiente, con razón, las instituciones públicas, las organizaciones humanitarias y también la Iglesia católica dedican muchos de sus recursos para atender a estas personas en dificultad.

Los jóvenes migrantes son particularmente sensibles a la problemática constituida por la denominada “dificultad de la doble pertenencia”: por un lado, sienten vivamente la necesidad de no perder la cultura de origen, mientras, por el otro, surge en ellos el comprensible deseo de insertarse orgánicamente en la sociedad que los acoge, sin que esto, no obstante, implique una completa asimilación y la consiguiente pérdida de las tradiciones ancestrales. Entre esa juventud están las jóvenes, más fácilmente víctimas de la explotación, de chantajes morales e incluso de toda clase de abusos. ¿Qué decir de los adolescentes, de los menores no acompañados, que constituyen una categoría en peligro entre los que solicitan asilo? Estos chicos y chicas terminan con frecuencia en la calle, abandonados a sí mismos y víctimas de explotadores sin escrúpulos que, más de una vez, los transforman en objeto de violencia física, moral y sexual.

Si observamos más de cerca el sector de los migrantes forzosos, de los refugiados, de los prófugos y de las víctimas del tráfico de seres humanos, encontramos, desafortunadamente, muchos niños y adolescentes. A este respecto, es imposible callar ante las imágenes desgarradoras de los grandes campos de prófugos y de refugiados, presentes en distintas partes del mundo. ¿Cómo no pensar que esos pequeños seres han llegado al mundo con las mismas, legítimas esperanzas de felicidad que los otros? Y, al mismo tiempo,

¿cómo no recordar que la infancia y la adolescencia son fases de fundamental importancia para el desarrollo del hombre y de la mujer, y requieren estabilidad, serenidad y seguridad? Estos niños y adolescentes han tenido como única experiencia de vida los “campos” de permanencia obligatoria, donde se hallan segregados, lejos de los centros habitados y sin la posibilidad de ir normalmente a la escuela. ¿Cómo pueden mirar con confianza hacia su propio futuro? Es cierto que se está haciendo mucho por ellos, pero es verdad también que es necesario dedicarse aún más a ayudarles, mediante la creación de estructuras idóneas de acogida y de formación.

Desde esta perspectiva, precisamente, se plantea la siguiente pregunta: ¿cómo responder a las expectativas de los jóvenes migrantes? ¿Qué hacer para satisfacerlas? Desde luego, hay que contar, en primer lugar, con el apoyo de la familia y de la escuela. Pero, ¿cuán complejas son las situaciones, y numerosas las dificultades que encuentran estos jóvenes en sus contextos familiares y escolares! En las familias se han olvidado los papeles tradicionales que existían en los países de origen y se asiste con frecuencia a un choque entre los padres, que han permanecido anclados a la propia cultura, y los hijos, aculturados con gran rapidez en los nuevos contextos sociales. No hay que descuidar, sin embargo, el esfuerzo que los jóvenes deben realizar para insertarse en los itinerarios educativos vigentes

en los países que los acogen. El mismo sistema escolar, por tanto, debería tener en cuenta su situación y prever, para los jóvenes inmigrados, caminos específicos formativos de integración, apropiados a sus necesidades. Será muy importante, también, tratar de crear en las aulas un clima de respeto recíproco y diálogo entre todos los alumnos, sobre la base de los principios y valores universales que son comunes a todas las culturas. El empeño de todos docentes, familias y estudiantes contribuirá, ciertamente, a ayudar a los jóvenes migrantes a afrontar del mejor modo posible el desafío de la integración y les dará la posibilidad de adquirir todo aquello que puede ser provechoso para su formación humana, cultural y profesional. Esto vale aún más para los jóvenes refugiados, para los que habrá que preparar programas adecuados, tanto en el ámbito escolar como en el del trabajo, con el objeto de garantizarles una preparación, proporcionándoles las bases necesarias para una correcta integración en el nuevo mundo social, cultural y profesional.

La Iglesia considera con especial atención el mundo de los migrantes y pide a los que han recibido en sus países de origen una formación cristiana que hagan fructificar ese patrimonio de fe y de valores evangélicos para que se pueda dar un testimonio coherente en los distintos contextos existenciales. Por esto, precisamente, invito a las comunidades eclesiales de llegada a que acojan cordialmente a

los jóvenes y a los pequeños con sus padres, tratando de comprender sus vicisitudes y de favorecer su integración.

Existe, además, entre los migrantes, como ya lo escribí en el Mensaje del año pasado, una categoría que se ha de tener especialmente en cuenta, a saber, la de los estudiantes de otros países que, por motivos de estudio se encuentran lejos de casa. Su número aumenta continuamente; son jóvenes que necesitan una pastoral específica porque no sólo son estudiantes, como todos, sino también migrantes temporales. A menudo se sienten solos, bajo la presión del estudio, y a veces oprimidos por las dificultades económicas. La Iglesia, con materna solicitud, los mira con afecto y procura realizar intervenciones específicas, pastorales y sociales, que tengan en cuenta los grandes recursos de su juventud. Es preciso, igualmente, ayudarles a abrirse al dinamismo de la dimensión intercultural, enriqueciéndose al estar en contacto con otros estudiantes de culturas y religiones distintas. Para los jóvenes cristianos, esta experiencia de estudio y de formación puede ser un campo útil para madurar su fe, estimulada a abrirse a ese universalismo que es elemento constitutivo de la Iglesia católica.

Queridos jóvenes migrantes: preparaos a construir, con vuestros coetáneos, una sociedad más justa y fraterna, cumpliendo escrupulosamente y con seriedad vuestros deberes con vuestras

familias y con el Estado. Respetad las leyes y no os dejéis llevar nunca por el odio y la violencia. Procurad, más bien, ser protagonistas, desde ahora, de un mundo donde reinen la comprensión y la solidaridad, la justicia y la paz. En particular a vosotros, jóvenes creyentes, os pido que aprovechéis el tiempo de vuestros estudios para crecer en el conocimiento y en el amor a Cristo. Jesús quiere que seáis verdaderos amigos suyos y por esto es necesario que cultivéis constantemente una íntima relación con Él en la oración y en la dócil escucha de su Palabra. Él quiere que seáis sus testigos y por eso es preciso que os comprometáis a vivir con valor el Evangelio, traduciéndolo en gestos concretos de amor a Dios y de servicio generoso a los hermanos. La Iglesia también os necesita y cuenta con vuestra aportación. Podéis desarrollar una función providencial en el actual contexto de la evangelización. Originarios de culturas distintas, pero unidos todos por la pertenencia a la única Iglesia de Cristo, podéis mostrar que el Evangelio está vivo y es apropia-

do para cada situación; es un mensaje antiguo y siempre nuevo; Palabra de esperanza y de salvación para los hombres de todas las razas y culturas, de todas las edades y de todas las épocas.

A María, Madre de toda la humanidad, y a José, su castísimo esposo, ambos prófugos con Jesús en Egipto, les encomiendo cada uno de vosotros, vuestras familias, los que trabajan, de distintos modos, en vuestro amplio mundo de jóvenes migrantes, los voluntarios y los agentes de pastoral que os acompañan con su disponibilidad y su apoyo de amigos.

Que el Señor esté siempre cerca de vosotros y de vuestras familias, para que, juntos, podáis superar los obstáculos y las dificultades materiales y espirituales que encontráis en vuestro camino. Acompaño estos votos con una especial Bendición Apostólica para cada uno de vosotros y para las personas que os rodean.

Vaticano, 18 de octubre, 2007

SANTA SEDE

MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA BEATIFICACIÓN DE 498 MÁRTIRES ESPAÑOLES

Homilía del Cardenal Tarcisio Bertone

Altar de la Confesión, Basílica de San Pedro. Lunes, 29 de octubre de 2007

Queridos Hermanos en el Episcopado, Amados sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos:

La Beatificación de cuatrocientos noventa y ocho mártires de España, que celebramos ayer, ha sido una ocasión para constatar una vez más cómo la cadena de cristianos que han sido atraídos por el ejemplo de Jesús y sostenidos por su amor no se ha interrumpido desde los comienzos de la predicación apostólica.

Ahora estamos reunidos para elevar una ferviente acción de gracias al Señor por este acontecimiento eclesial. Queremos acogernos a la intercesión de estos hermanos nuestros, cuya vida se ha convertido para nosotros, y para el pueblo de Dios que peregrina en España y en otros países, en un potente foco de luz y en una apremiante invitación a vivir el Evangelio radicalmente y con sencillez, dando testimonio público y valiente de la fe que profesamos.

Todo martirio tiene lugar ciertamente en circunstancias históricas trágicas que, asumiendo a veces la forma de persecu-

ción, llevan a una muerte violenta por causa de la fe. Pero, en medio de ese drama, el mártir sabe trascender el momento histórico concreto y contemplar a sus semejantes desde el corazón de Dios. Gracias a esa luz que le viene de lo alto, y en virtud de la sangre del Cordero (cf. *Ap* 12,11), el mártir antepone la confesión de la fe a su propia vida, contrarrestando así la agresión con la plegaria y con la entrega heroica de sí mismo. Amando a sus enemigos y rogando por los que lo persiguen (cf. *Mt* 5,44), el mártir hace visible el misterio de la fe recibida y se convierte en un gran signo de esperanza, anunciando con su testimonio la redención para todos. Al unir su sangre a la de Cristo sacrificado en la cruz, la inmolación del mártir se transforma en ofrenda ante el trono de Dios, implorando clemencia y misericordia para sus perseguidores. Como nos enseña el Papa, Juan Pablo II, «ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución... hasta el testimonio supremo de la sangre... Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia... Más radicalmente aún, demuestran que el martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza» (*Ecclesia in Europa*, 13).

De esta forma, el martirio es para la Iglesia un signo elocuente de cómo su

vitalidad no depende de meros proyectos o cálculos humanos, sino que brota más bien de la total adhesión a Cristo y a su mensaje salvador. Bien sabían esto los mártires, cuando buscaron su fuerza no en el afán de protagonismo, sino en el amor absoluto a Jesucristo, a costa incluso de la propia vida.

Para comprender mejor el verdadero sentido cristiano del martirio debemos, pues, dejar que hablen los propios mártires. Ellos, con su ejemplo, nos han confiado un testamento que a veces no nos atrevemos a abrir. En cambio, si les prestamos atención, sus vidas nos hablarán sin duda de fe, de fortaleza, de generosa valentía y de ardiente caridad, frente a una cultura que trata de apartar o menospreciar los valores morales y humanos que nos enseña el propio Evangelio.

De todos es conocido que el siglo XX dio a la Iglesia en España grandes frutos de vida cristiana: la fundación de congregaciones e institutos religiosos dedicados a la enseñanza, a la asistencia hospitalaria y a los más pobres y a diversas obras culturales y sociales. Destacan también grandes ejemplos de santidad, así como un elevado número de mártires Obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas y fieles laicos.

Estos mártires no han sido propuestos al pueblo de Dios por su implicación política, ni por luchar contra nadie, sino por ofrecer sus vidas como testimonio de amor a Cristo y con la

plena conciencia de sentirse miembros de la Iglesia. Por eso, en el momento de la muerte, todos coincidían en dirigirse a quienes les mataban con palabras de perdón y de misericordia. Así, entre tantos ejemplos parecidos, resulta conmovedor escuchar las palabras que uno de los religiosos Franciscanos de la Comunidad de Consuegra dirigía a sus hermanos: «Hermanos, elevad vuestros ojos al cielo y rezad el último padrenuestro, pues dentro de breves momentos estaremos en el Reino de los cielos. Y perdonad a los que os van a dar muerte».

Por eso, estos nuevos Beatos han enriquecido a la Iglesia de España con su sacrificio, siendo hoy para nosotros testimonio de fe, de esperanza firme contra todo temor y de un amor hasta el extremo (cf. *Jn* 13,1). Su muerte constituye para todos un importante acicate que nos estimula a superar divisiones, a revitalizar nuestro compromiso eclesial y social, buscando siempre el bien común, la concordia y la paz.

Estos queridos hermanos y hermanas nuestros, entre los cuales se encontraban también dos franceses, dos mexicanos y un cubano, precisamente por su amor a la vida entregaron la suya a Cristo. Vivieron una vida ejemplar, dedicados plenamente a sus diferentes apostolados, convencidos de la opción religiosa que habían hecho o del cumplimiento de sus deberes familiares. Estos testigos humildes y decididos del Evangelio son luminarias que orientan

nuestra peregrinación terrena. Al venerar hoy a todos ellos que, como nos enseña el libro del Apocalipsis, «vienen de la gran tribulación» (*ibid.*, 7,14), suplicamos al Señor que nos conceda su fe intrépida, su firme esperanza y su profunda caridad.

Queridos hermanos y hermanas, nos encontramos en Roma, donde en los comienzos de la Iglesia un sinfín de mártires confesaron su fe en Cristo hasta derramar su sangre. Tanto aquellos cristianos de la primera hora, como los que ayer han sido beatificados, no sólo han de suscitar en nosotros un mero sentimiento de admiración. Ellos no son simples héroes o personajes de una época lejana. Su palabra y sus gestos nos hablan a nosotros y nos impulsan a configurararnos cada vez más plenamente con Cristo, encontrando en Él la fuente de la que brota la auténtica comunión eclesial, para dar en la sociedad actual un testimonio coherente de nuestro amor y entrega a Dios y a nuestros hermanos.

Ellos nos ayudan con su ejemplo y su intercesión para que, en la hora presente, no nos dejemos vencer por el desaliento o la confusión, evitando la inercia o el lamento estéril. Porque éste es también, como lo fue el suyo, un tiempo de gracia, una ocasión propicia para compartir con los demás el gozo de ser discípulos de Cristo.

Con su vida y el testimonio de su muerte nos enseñan que la auténtica felicidad se halla en escuchar al Señor

y en poner en práctica su Palabra (cf. *Lc* 11,28). Por eso el servicio más precioso que podemos prestar hoy a nuestros hermanos es ayudarles a encontrarse con Cristo, que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (cf. *Jn* 14,6), el único que puede saciar las más nobles aspiraciones humanas.

Dios quiera que esta Beatificación suscite en España una fuerte llamada a reavivar la fe cristiana e intensificar la comunión eclesial, pidiendo al Señor que la sangre de estos mártires sea semilla fecunda de numerosas y santas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, así como una constante invitación a las familias, fundadas en el sacramento del Matrimonio, a que sean para sus hijos ejemplo y escuela del verdadero amor y “santuario” del gran don de la vida.

Finalmente, pidamos también al Señor que el ejemplo de santidad de los nuevos mártires alcance para la Iglesia en España y en las otras Naciones de las cuales algunos de ellos eran originarios, muchos frutos de auténtica vida cristiana: un amor que venza la tibieza, una ilusión que estimule la esperanza, un respeto que dé acogida a la verdad y una generosidad que abra el corazón a las necesidades de los más pobres del mundo.

Que la Virgen María, Reina de los Mártires, nos obtenga de su divino Hijo esta gracia que ahora, con total confianza, ponemos en sus manos de Madre. Amén



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANANOVIEMBRE

- Día 3: Misa de Acción de gracias con motivo de la Beatificación de los mártires españoles en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 6: Conferencia de D. Alberto Fernández, en el Campus Universitario de Ourense con el título: *¿Puede Dios dar sentido a la vida de un joven?*
- Días 5-7: VII Jornadas para rectores de Santuarios de las Diócesis de Galicia que se celebran en el Santuario de los Milagros.
Peregrinación de los rectores de los Santuarios de Galicia a Celanova con motivo del Año Jubilar de San Rosendo.
Conferencia “Los estados de vida y su espiritualidad en los escritos de Sor Isabel de la Trinidad” pronunciada por varios seminaristas y el rector del Santuario de los Milagros en el Liceo de Ourense.
- Día 8: Solemne Eucaristía de Clausura del Centenario de la muerte de la Beata Sor Isabel de la Trinidad en el Convento de las Carmelitas Descalzas.
- Día 9: Inicio del curso de Monitor de Tiempo Libre, organizado por la Delegación Episcopal de Juventud y Cáritas Diocesana.
- Día 10: Peregrinación a Celanova de los miembros de la Adoración nocturna de Galicia con ocasión del Año Jubilar de San Rosendo.
- Día 11: Solemnidad de San Martín de Tours, Patrono de la Catedral, de la Ciudad y de la Diócesis.
Inauguración Oficial de la XVII Exposición de San Martín organizada por la Sociedad Filatélica Numismática y Vitolfílica “Miño” en el Aula Cultural del Liceo.
- Día 12: Fiesta del Divino Maestro en el Seminario Mayor, Patrono del Instituto Teológico. Conferencia: *El tema fe y razón en la actualidad: Comentario a la lección magistral de Benedicto XVI en Ratisbona*; pronunciada por el profesor de Filosofía del I.T. Divino Maestro, Lic. D. José Iglesias Iglesias.
- Día 13: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 17: Cursillo “O domingo, día do Señor. (Recuperar o sentido do domingo)” en el Seminario Mayor, organizado por la Vicaría de Pastoral.
Peregrinación a Celanova de las Religiosas Franciscanas de la Provincia de Galicia con ocasión del Año Jubilar de San Rosendo.

Misa de Acción de gracias con motivo de la Beatificación de los mártires españoles en la iglesia de las Religiosas Clarisas de Allariz.

Día 24: Solemne Clausura del Año Jubilar de San Rosendo en Celenova.



Beati Misericordes